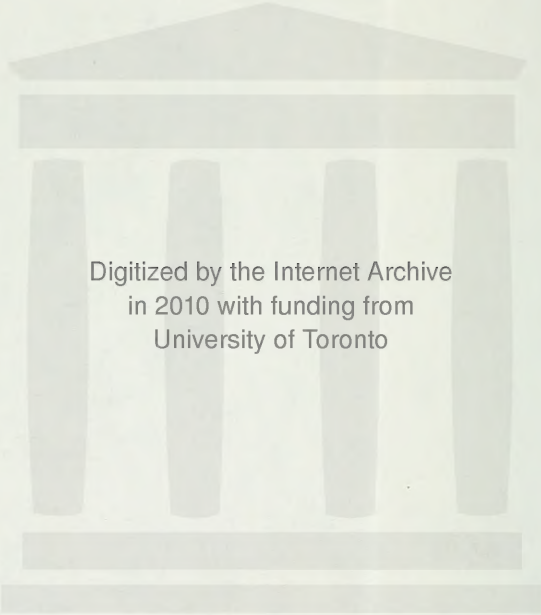




3 1761 07301923 4



Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
University of Toronto

761B

39

**DIAMANTES
SUD-AMERICANOS**

Derechos reservados para todos los países.

EN LA MISMA COLECCIÓN



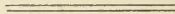
Publicado :

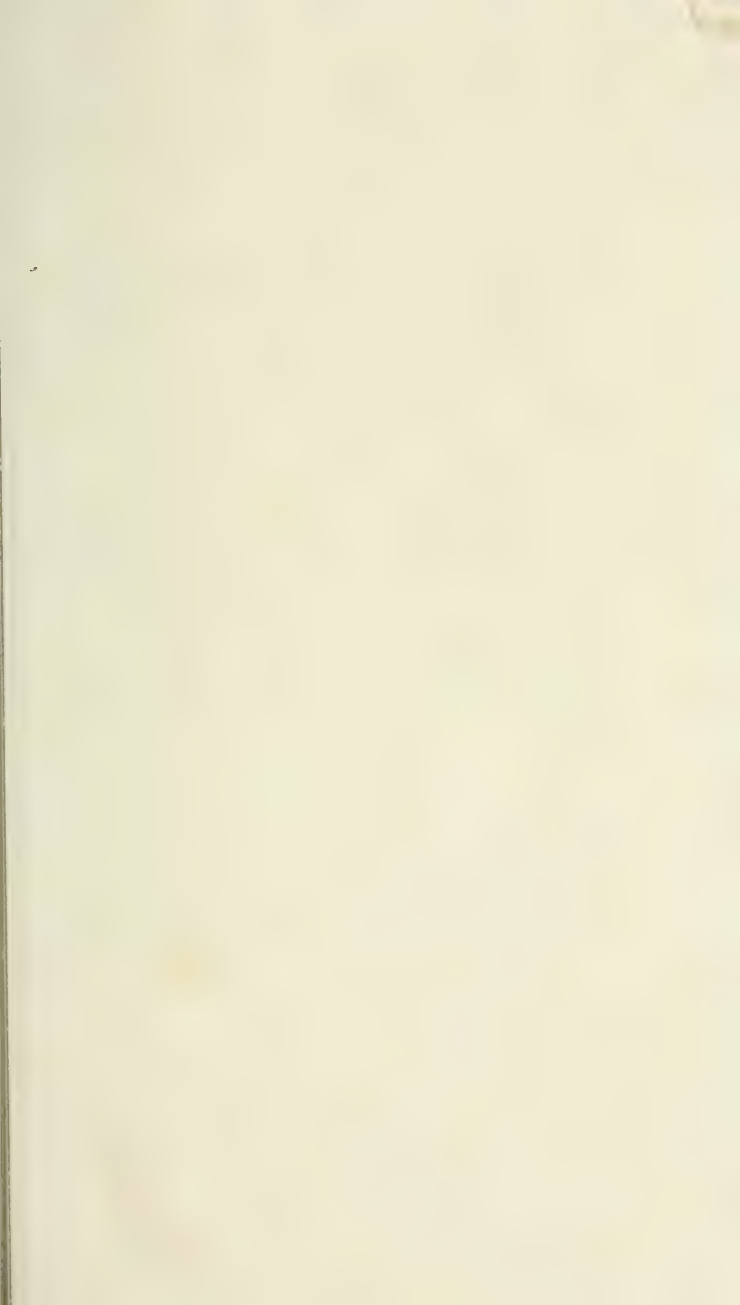
GÓMEZ CARRILLO. — Jerusalén y la Tierra Santa.

En preparación :

POMPEYO GENER. — Del pasado, del presente y del futuro.

LUIS RODRÍGUEZ-EMBIL. — De paso por la vida.







Joaquín de Lemoine

COLECCIÓN DE AUTORES HISPANO-AMERICANOS

JOAQUÍN DE LEMOINE



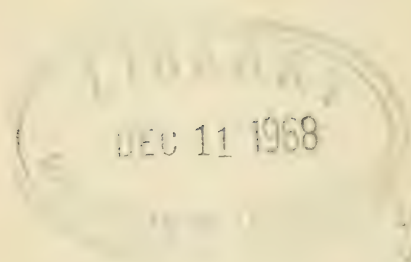
DIAMANTES
SUD-AMERICANOS



Sociedad de Ediciones

LOUIS-MICHAUD

168, *Boulevard Saint-Germain*



DEC 11 1968

40
4219
L4D5

DEDICATORIA

À Paul Margueritte

Permitidme, escritor eminente, apóstol de las ideas modernas, poner estas páginas literarias en vuestras manos que manejan con tanta maestría el acero ático del pensamiento humano.

Quiera usted recibirlas, caro Maestro, como una reverencia literaria de

EL AUTOR.



PRÓLOGO



HE aquí en este bello libro, un haz de estudios importantes que sintetizan una noble y benéfica labor de crítico y de propagandista. El autor es un viejo amigo de quien firma este Prólogo. Le conocí allá por los años de 1904 á 1905, cuando, adolescente casi, dirigía yo en Buenos Aires una humilde Revista literaria donde se daban cita algunos de los que han conquistado después un nombre en nuestras Letras.

Joaquín de Lemoine ocupaba entonces una situación honrosa como literato y representante Diplomático de su país. Yo hacía mis primeras armas. Después le he seguido con interés en las diversas encarnaciones de su espíritu fecundo y laborioso. Desde Bruselas, donde desempeña el cargo de Cónsul General, ha hecho en favor de

Bolivia, y por extensión, de la América Hispánica, una campaña honrosa y saludable de equilibrio y de rehabilitación, su pluma fácil y elegante ha removido todos los asuntos, tocado todos los temas, rozado todos los aspectos de la « vida continental ». Yo no sé si sus iniciativas han sido siempre igualmente acertadas. No cabe duda de que « yerran menos los que menos hacen », como decía Cánovas del Castillo. Pero la inquietud, la perseverancia, el noble intento, merecen algo más que una aprobación distraída.

Cuando Joaquín de Lemoine me manifestó el deseo de que yo pusiera aquí cuatro párrafos, acepté, con verdadero placer, porque nada merece más respeto que la labor múltiple y fecundante de estos valientes y esclarecidos « pionniers » de las Letras americanas.

Se trata pues de un libro muy interesante que merece ser leído con viva atención. En más de una página encontrará el lector la inquietud racial, el sentimiento latinoamericano, la generalización feliz que nos liberta de las limitaciones locales

y nos levanta por encima de las fronteras minúsculas á una concepción más amplia de la nacionalidad en América.

En momentos en que el Nuevo Mundo latino empieza á comprender la necesidad de agruparse alrededor de un recuerdo, de una tradición, amenazado como está por la expansión formidable de otro núcleo, esta tendencia bastaría para hacernos simpatizar con la obra y con el autor.

Los heroísmos históricos y las producciones literarias de poetas y prosadores del Nuevo Mundo, á que se refieren muchas páginas, son verdaderos « diamantes sudamericanos » que justifican el título original de este volumen y sintetizan la mente de su autor. Tiene, además, otros méritos salientes que cualquiera descubrirá sin que yo los indique.

El autor y el lector pueden conversar ahora solos.

¡La presentación está hecha!

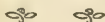
MANUEL UGARTE.



DIAMANTES
SUD-AMERICANOS



EPISODIO DE LA GUERRA GRANDE



PATRIOTISMO INFANTIL

I

QUÉ hermosa es la aurora ! ¡ Qué bellas son todas las alboradas ! ¿ Hay resplandor más simpático que el resplandor del alba del Amor, de la Patria ó de la Libertad ?

Es el lujo primaveral de la vida, es la primera sonrisa de la naturaleza, es el alma en flor — el alma del hombre, — de la familia, de la patria ó de la humanidad.

¿ Qué cosa más bella que una generación naciente, poética, inexperta, amable, noble y generosa, llena de fe, alentada con el fuego de la esperanza, mecida por la más dulce de las confianzas en el porvenir ?

« Amor, honestidad, pureza, hermosura, abnegación hasta el sacrificio » ¡ he ahí las palabras que rebozan como espuma entre los labios

agriados por las decepciones de la vida, al recordar la infancia de los sentimientos y la infancia de los hombres!

Al contemplarla, el corazón se abre y se dilata... ¡Cuánta alegre lozanía! ¡Cuánta savia vital! ¡Benditas generaciones que nacen, alimentadas de espíritu, sí, de espíritu juvenil, nutridas con el perfume del pasado, la ilusión del presente, y la esperanza del porvenir!...

¡Bárbaros-civilizados que van por el Sud, el Norte y el Levante, á conquistar á la ciudad eterna, á la Roma del porvenir, para iluminarla *a giorno*, no con los resplandores rojizos del incendio, sino con las claridades benignas del progreso, del amor y de la libertad!

Llegan á veces triunfantes.

Á veces caen muertos en el camino.

Y si los vivos arden de entusiasmo, parece que hasta los muertos conservan su calor vital...

¡Viajeros que pasan bulliciosos y contentos por el camino de la vida sin pensar para nada en las asperezas del camino, en la intensidad de sus peligros, en la magnitud de sus desventuras emergentes!... ¡Inconscientes sublimes! ¡Víctimas de la abnegación crédula! Hijos mimados de la fortuna á veces... Pero en todo caso, ricos de amor, ricos de voluntad; en todo caso, cabalgadores de nubes...

Plantas robustas que por superabundancia de savia, doblegan sus ramas bajo el peso de sus frutos, y entregan al suelo maternal en que nacieron, raíces, hojas, flores y frutos... devolviendo á esa tierra dulce, la vida, el germen, que esa tierra les dió.

¿Consultan al partir sus fuerzas? No; consultan sólo su corazón, por más que pase y repase silenciosa é invisible sobre sus cabezas, la sombra de la muerte trágica...

¡ Cuántas borrascas ! ¡ Cuántos naufragios !... Grecia, España, Roma, Irlanda, Paraguay, Servia, Polonia... Víctimas de la lucha, Corinto y Cartago. ¿Qué sois? Difuntos históricos.

Los furores del Océano vomitan aún sus espumas sobre la playa húmeda; las barcas rotas, y los mástiles partidos, están encallados en la arena : tendidas sobre esos despojos las ropas de los marineros; los pilotos chorreando agua, duermen sobre un timón destrozado...

II

He ahí las ideas que cruzaban por mi cabeza, cuando apoyado de codos sobre el alfeizar de un balcón del boulevard Montmartre y con

el recuerdo de Alemania lavado en el corazón, vi un espectáculo que describo en un libro mío de esta manera :

« Nada me ha sorprendido más en la vieja Europa, que la juventud de su patriotismo efervescente y suspicaz.

» Á la inversa de lo que pasa en América, pues ella lleva el verano en la fisonomía y el invierno en el corazón...

» Cuánta impresión cuando vi, días pasados en París, el 15 de julio, el gran día de la Revolución, mezclarse el Himno y la Elegía, el cántico fúnebre y la Marsellesa, y cubrirse al propio tiempo de flores la columna de la plaza de la Bastilla — emblema de la Libertad — y de negros crespones y enlutadas guirnaldas, la estatua de Estrasburgo — emblema de la conquista, — mientras un pueblo entero, mientras tres millones de gentes, sollozaban de dolor á la entrada de los Campos Elíseos.

» El mismo día se desplegó una gran Revista militar.

« Ese ejército bien uniformado y comandado por jefes de línea, se componía de niños de ojos azules y rubia cabellera, de alumnos de las escuelas públicas.

« Se les veía evolucionar fusil al hombro, y gritar con su voz tiple : *¡ Vive la France!...*

» En esos tiernos corazones, florece ya el

amor á la patria y el sentimiento de la revancha contra la Prusia... Los padres, desde que los mecieron en sus brazos, les inocularon en el corazón esas ideas... ¡Batallones de la esperanza! Soldados del porvenir, que arden de cívico entusiasmo al son de la Marsellesa, el más sagrado de los cantos, el más nacional de los himnos, — marcial por excelencia, — músico estruendo que resuena en el corazón humano, como el clarín de la Libertad recién reconquistada, en el corazón de un victorioso ejército. »

III

Destoquémonos la cabeza; agitemos al aire libre los sombreros, al contemplar á la Francia niña, á la Francia inocente, pura y desinteresada, vitoreando así la libertad en su efeméride más gloriosa, al resplandor del mediodía, arrastrando las hirvientes muchedumbres, en la gran fiesta cívica, á lo largo de los bulevares San Miguel, Sebastopol y Montmartre, desde Notre-Dame hasta el Louvre, las Tullerías y el Arco del Triunfo.

Legiones infantiles, el cielo os sonrío y la Francia os bendice; os mira con júbilo el pueblo desde balcones y azoteas; vanguardia del

honor, las espadas temblorosas de entusiasmo sagrado, las bayonetas relucientes, desplegada al aire la bandera tricolor... ¡tremolando al aliento del patriotismo!

Soldados nacidos ayer, héroes de mañana, cuánto habéis sacudido mi corazón y el corazón del pueblo, desfilando más tarde á los reflejos fantásticos de la iluminación, delante de un océano de gente, en medio de formidable silencio. Vuestros padres os miran con las lágrimas en los ojos, hijos mimados de la Francia, y esa madre grande, esa madre verdadera, — nodriza del progreso que amamanta la Libertad, — os abre los brazos, y llora también... ¡Recoged esas lágrimas; es el rocío del patriotismo! ¡No olvidéis jamás que esa madre os ha dado su lactancia nutritiva, su calor vivificante y su alimento espiritual! Sois sus hijos queridos, sus esperanzas y su corazón,... corazón nobilísimo y generoso...

IV

Pero no eres Francia la única que te has servido de esos tesoros de juventud, de esos gérmenes de vida nacional, de esas fuentes purísimas de la Libertad.

También aquí, en este pedazo paradisíaco del Nuevo Mundo, en la República Oriental del Uruguay, el patriotismo se ha mirado en esas fuentes, como en un espejo, — á esas fuentes de la vitalidad nacional, se han acercado los viejos guerreros para rejuvenecerse con su frescura...

En efecto, allá por los años de 1843, más ó menos, el rival del general Artigas, el verdadero fundador del gran Partido Colorado, el vencedor de Misiones, Rincón, Sarandí y Cagancha, el héroe de la Guerra Grande y del troyano sitio de nueve años, el immaculado general Rivera, formó el célebre Regimiento de *Guayaquices*, de más de doscientas plazas, compuesto de niños que, los que más, contaban catorce á quince abriles.

El general Rivera, que parecía haber hecho pacto con la victoria, organizó ese cuerpo militar con el principal objeto de perseguir á los vencidos.

Jinetes caballeros, en ágiles y escarceadores corceles, terribles en tragar distancias, peritísimos en aprisionar á los fugitivos, eran águilas por su ligereza, eran los cuervos de la derrota.

Desplegados en guerrilla sobre el campo de batalla, al toque incesante del clarín ó del trémulo son de las cajas de guerra, ó teñían

sus lanzas en la sangre de los enemigos, ó los aprisionaban arrancándolos de los caballos al golpe de sus « voleadoras », arma tan primitiva como eficaz que habrían envidiado las legiones de Atila, los Hunos y los Vándalos.

Eran los niños cosacos, no del desierto de Rusia, sino de la campaña oriental.

Existe á su respecto, el siguiente episodio feral y que bien vale la pena de que lo perpetúe la tradición.

Lo he recogido de los labios de un viejo guerrero de ese entonces, héroe de esas guerras, el veterano general Simón Martínez que vive hoy á la sombra dulce de la vida privada, cargado de laureles, cubierto con el polvo del olvido y de la ingratitud.

Una guerra parecida á la de las « Dos rosas », la guerra de los dos colores, cubría la República de desolación y muerte.

El espectro de la guerra civil, con sus órbitas huecas y oscuras, la boca sin labios y con dientes ostensibles, transcurría por todo el territorio, chorreando sangre de su segur.

La República entera era un inmenso campo de batalla.

Todo el pueblo estaba en armas. Dos banderas, la bandera blanca y la bandera colorada, flameaban frente á frente; la primera, símbolo de la dominación extranjera, en manos del

general Manuel Oribe, y la segunda, emblema de la Libertad y de la Independencia, en manos del invicto general Fructuoso Rivera, Presidente constitucional de la República.

Rivera, que no confiaba á otras manos su espada, dejó el poder, entregó la Presidencia á don Joaquín Suárez, Presidente del Senado, y desenvainó esa espada gloriosa que trazó sobre el territorio los itinerarios luminosos de la patria.

La Hada de la guerra frunció el ceño, y en su capricho voluble negó sus favores á Rivera.

Libró la batalla del Arroyo Grande, cuyo éxito le fué adverso.

Regresó á Montevideo, reorganizó sus fuerzas, y el sol de la victoria, tras pasajero eclipse, brilló sobre la frente del guerrero; libró la batalla de Solís, sepultó bajo el polvo de la derrota al general Ignacio Oribe, y los vasos de su caballo de batalla, ¡chapalearon sobre la sangre del vencido!

El pueblo heroico, el pueblo de los « treinta Cruzados de la Libertad » dividido en dos bandos como Inglaterra en *Wys* y *Torys*, como Verona en Montescos y Capuletos, el partido Blanco y el partido Colorado, estaban por todo punto encarnizados en lucha sin tregua, sangrienta y obstinada.

Se disipaba el humo de la batalla de Solís;

resonaban los últimos disparos; lanceros vencedores perseguían á los derrotados.

Los cosacos niños, los *guayaquices*, se encarnizaron en la persecución.

Cayó herido en la espina dorsal un jefe blanco de alta graduación, y arrastrándose entre gemidos, consiguió apoyar el dorso en un barranco para descansar su cuerpo.

Se retorció de dolor, la sangre corría por sus espaldas rotas, exhalaba lamentos heridos.

Lo distinguió uno de los *guayaquices*, — niño de once á doce años de edad, llamado en su cuerpo « el Canario. »

Verlo, arrojarle de su caballo, y lanzarse sobre el enemigo, cuchillo en mano, todo fué uno.

— ¡ Un blanco ! ¡ Un blanco ! exclamó el Canario asido con una mano del cabello del enemigo, — se esforzó por levantarle la cabeza, y con la otra le asestó sobre el cuello el filo de su cuchillo.

El jefe, casi inerme, trataba por toda defensa de inclinar la cabeza sobre el pecho, y el Canario se esforzaba por levantarla. En esa lucha, su cabeza tambaleaba.

En ese momento, pasó el general Rivera á gran galope de caballo, persiguiendo á los fugitivos, y, testigo intempestivo de ese cuadro

trágico, se detuvo un instante, y le dijo al Canario, en altas voces :

— Muchacho, monta á caballo, deja á ese pobre hombre; ¡ no se mata á un prisionero !

El Canario se cuadró y repuso :

— Mi general, el que no quiera ver lástimas, que no venga á la guerra.

Rivera sonrió, é hizo fierro á su caballo.

El Canario aprovechó de la coyuntura, asió nuevamente al jefe blanco, y le separó la cabeza del tronco, como Judith á Holofernes.

V

¡ Guayaquices ! ¡ Vanguardia de la honra nacional ! Cuerpos pequeños, y almas grandes; los últimos en edad, y los primeros en patriotismo; los más humildes en posición social, los más soberbios en valor; ciudadanos niños, ángeles armados, hijos de Dios; sí, porque no obedecisteis tan sólo al instinto de abajo, sino á la inspiración celeste de arriba...

¡ Niños ! Con razón los hombres de buen corazón os aman ! ¡ Con razón Jesucristo decía : « Dejad á los niños que vengan á mí ! ». Perfumáis la vida con vuestra inocencia, y el campo de batalla con vuestro heroísmo, á pesar de que

recién os desprendéis de la gota de leche, tibia aún, del amor maternal.

Pueblo, verdadero pueblo; pueblo inocente, flor del género humano, con razón Apeles estudiaba vuestros movimientos divinos.

Guayaquices, no cuento una leyenda fantástica, una balada alemana, sino un episodio de guerra.

Uno de vosotros, Camilo Rojas, os sobrevive aún y reside en el Durazno.

Todos los guerreros de ese entonces son testigos de vuestras hazañas, os vieron en las avanzadas, desplegados en guerrilla, descubriendo al enemigo, espionando sus movimientos detrás de las cumbres, detrás de los árboles, recatados en las sombras; persiguiéndolo en su derrota.

Montevideo, 1907.

LA RABONA

I

QUIÉN eres tú?... ¿Ángel ó demonio?
La grandeza y la pequeñez, la deslealtad y la fidelidad reunidas. Lo rastrero y lo noble han hecho transacción en ti. En tu corazón se han albergado amigablemente dos enemigos irreconciliables : lo bello y lo ridículo. Hay en tu fisonomía el lineamiento más correcto, y á la vez, los perfiles más toscos. Eres la culebra que se arrastra y el águila que vuela. La felicidad y la desgracia de un hombre. Y en el fondo de todo, la abnegación y el sacrificio.

¡ Paradoja humana !

En Colombia se llamaba *Guaricha*, y más generalmente, *Juana* ; en Bolivia y el Perú se la conocía con el nombre de *Rabona*. En Chile se llamaba *Colacha*.

Varias veces he puesto el daguerrotipo del pensamiento frente á ella, y, otras tantas, como la gota de azogue entre los dedos, se me ha

escapado la reproducción de su imagen. He tomado mi paleta y mis pinceles para bosquejarla en el lienzo de mis observaciones; pero he divisado en su fisonomía moral rasgos tan contradictorios, perfiles tan vagos, colorido tan chocante y, en fin, conjunto tan giratorio, tan movible y cambiante, que paleta y pinceles he arrojado más de una vez lejos de mí.

La Rabona es una mestiza, baja de estatura, de formas turgentes, facciones incorrectas, tez cobriza, cabellera de ébano, cortada al nivel de la nuca, y de tal modo desgredñada que suele cubrir su rostro pálido, ajado, como el velo de la viudedad, de la inocencia.

Atribuyen algunos su nombre original al corte de su cabello; otros, á que la acémila en que viaja es generalmente rabona; otros, en fin, qué se yo á qué.

Azul, acampanada y corta pollera de bayeta, rebociño rojo, sostenido en el hombro por un *topo* (prendedor) de bronce; pañuelo de vivísimo color envuelto en la cabeza á la manera de un turbante turco ó de *coiffure* de campesina napolitana; zapatilla rebajada. He ahí su traje.

Comienza á alborear una lluviosa mañana de verano. El ruido bélico de trompetas y atambores atruena el aire. Las muchedumbres en algazara acuden por las calles, como torrentes

caudalosos, á la plaza pública, en la que el ejército hace sus evoluciones preliminares para levantar el campo.

— ¿Qué sucede?

— ¡Qué ha de ser! ¿No véis aquella cabalgata de mujeres que cual caravana prófuga abandona aprisa la ciudad, levantando tras de sí una nube de polvo hasta que se pierde de vista á lo largo de aquel camino? ¿No las véis? Allá van cabalgadas en acémilas y asnos, llevando pendientes, tanto por detrás y por delante, como por uno y otro costado, útiles de cocina, comestibles, arreos harapientos de viaje, un niño de pechos á la espalda, un kepi en la cabeza, un fusil en la maleta, una forniture en la cintura ó una bayoneta en la mano.

Si el loco manchego las hubiese visto, habría cargado sobre ellas más que sobre los molinos de viento.

En Méjico suelen hacer sus peregrinaciones en los trenes del parque ó en los carros de la ambulancia. Su algazara las anuncia y las distingue; en seguida un enjambre de rostros risueños, demacrados, asoman á las ventanillas haciendo gestos, muecas y saludos. Es un colmenar con ruedas, pero que no da miel, sino hiel...

Hermafroditas que han engendrado la mala

organización de nuestras milicias; compañeras inseparables del soldado á quien están unidas por profano ayuntamiento. ¡Sarcasmo militar!

Han sido las primeras en saber la orden del día. ¿Á dónde van? Ni lo saben, ni les importa saberlo. Quizá marcha el gobierno en son de paz, ó tal vez en tren de guerra. Pero de lo que sí se curan es de tomar la delantera á las fuerzas militares, para esperar cada una su soldado respectivo en la jornada, con el desayuno formado de cuanto han podido plagiar en el camino. Rateras de oficio.

Acurrucadas en el suelo, la cabeza empolvada, forman abigarrados grupos en torno de fogatas. Allí, al reflejo del poema de las llamas, se entregan al arte de las ollas. Si se han demorado en la tarea, el soldado, junto con llegar, las castiga á golpes de sable, ó si han andado listas, les da por premio su enfurruñado silencio. Semeja á la negra esclava bajo el látigo del amo.

Al primer toque de corneta continúa el ejército su marcha. La mujer besa la mano de su adorado tormento, y sigue tras él.

En la jornada inmediata, ha acampado nuevamente el ejército para pasar la noche.

Aquí un pabellón de armas; allí el cuadro que forma una banda de música tocando un aire militar á la luz de unos cuantos faroles;

más allá un grupo de banderas. Un enjambre de carpas distribuídas sin simetría. Los soldados tendidos, de pie, sentados ó de cuclillas al calor de la llama. La Rabona sobre la gieba ó el estiércol atiza el fuego.

Los fogariles se apagan, y la obscuridad los reemplaza. Al toque del tambor batiente, el silencio desaloja al bullicio. La multitud (hombres y mujeres) revuelta, se refugia bajo las alas del sueño. Es un harem al aire libre, un serrallo sin eunucos...

Entre las sombras, hacia el extremo del campamento, rompe el silencio un grito de desesperación, un alarido trágico. Es un corrillo de soldados lleno de alarma. En medio, una mujer desmelenada, llorosa y mellada, gime bajo los golpes de un soldado feroz. Gotas de sangre se destilan de su rostro.

Alguien aparta á la víctima de las zarpas de ese salvaje enfurecido, y ella se pone de pie súbitamente y, tambaleando aún, exclama :

— ¡ Déjenos !... ¡ Hace bien !... ¡ Yo soy suya !

Napoleón quiso y con cuánta razón, borrar del vocabulario la palabra « imposible ». Sí, todo es posible en la vida. Una mujer besó la cuchilla que debía hacer volar su cabeza sobre el entarimado del patíbulo. El perro, más leal que los humanos, lame el pie del amo

cuya mano le azota. Pero, sin embargo, Byron no habría escrito sobre la tumba de su perro : « fué mi más fiel amigo... » sino sobre el sepulcro de una Rabona.

¡ Infortunada mujer ! Hija sin padres, hermana sin hermanos, mujer sin esposo, amante sin ser amada, y más tarde, viuda de un hombre vivo ; pero es esclava con amo. De ese amo que la dice :

— ¡ Acuéstate, ¡ levántate ! ¡ habla ! ¡ calla !
Y en premio de ello, si el rapto fué el principio de su amor, el abandono será el fin.

Pero, antes de que este fin llegue, la revuelca en el suelo bajo sus plantas, la arrastra de los cabellos, la insulta, y entretanto, perro fiel, vive uncido á su cadena ; sus hijos tienen la misma suerte : la deshonra, la abominación y el abandono. Esos hijos que bajo el toldo harapiento tuvieron un guiñapo por cuna, y un hoyo por sepultura : esos pequeñuelos que pasaron el uno como una carga sobre la espalda maternal, el otro tendido en su regazo, y éste, saboreando la amarga lactancia de su niñez.

Amar, sacrificar la vida en aras de ese amor, y vivir, sin embargo, orillando el abismo ; tener la felicidad movable y frágil como la tienda de uampaña en que reposan, hogar rústico y portátil, albergue nómada. Amar, y estar sujeta, co al comunismo de Escitia, pero sí á la pro-

miscuidad de Abisinia. Es como transplantar el paganismo y vivir á su venenosa sombra en pleno siglo XIX.

¿Y cómo no ha de ser así, si en ese contrato aleatorio, pactado con lesión enorme y en que cualquier vicio redhibitorio en la pobre mujer es causa de rescisión, un palo es el título de dominio, un golpe es el modo de adquirir?

¡ Oh! este moderno salvajismo de la espada en los países militarizados de la América del Sud, como Colombia, Méjico, la Argentina, el Ecuador, Perú, Bolivia, etc., va más allá del salvajismo antiguo.

En el Oeste del África pagaba el mandingo al padre el precio de la hija, en el Indostán y la China se permutaba á la mujer por una mercancía; en Babilonia había á precio fijo trata pública de mujeres. Casi en todas partes costaba algo el adquirir esa mercancía humana. Hoy mismo en Cuba la negra esclava es vendida por valor convencional. En los tiempos primitivos de la Grecia valía una zagala en el mercado, lo que una oveja. Nada más que una oveja. Pero, en fin, el precio no era una paliza.

En Roma, la mujer, como es sabido, era una cosa sobre la que tenía el dueño título traslaticio de dominio. Era por consiguiente vendida, revendida, vuelta á vender ó reivir-

dicada. Pero había siempre un adquirente. No era puesta sobre la calle, no era el adiós brutal. ¡ Ah! sí, vete, ¡ envuelta en tus guñapos y en el recuerdo de tu martirio!

— ¿Tiemblan las lágrimas en tus ojos? ¡ Que las enjuge el primero que pase...! ¡ Qué! ¿ Gimes? ¡ Silencio! ¿ Te detienes porque te duele la partida? ¡ Levántate y marcha!

¡ Triste adiós! El soldado ni siquiera se encarga de desgarrar su túnica y coronarla de flores, como hacían antes de la guerra púnica, en señal de recuerdo, los romanos con las matronas, al tiempo de despedirlas. ¿ Qué corona de flores pondría el soldado sobre la frente de esa pobre mujer, cuando durante la comunidad de su vida la ha coronado con las espinas del sufrimiento? ¿ Qué túnica va á desgarrar, si los andrajos que la cubren están desgarrados por sí?

¡ Mesalina en harapos!

Después de su partida, una noche, dos, tres, y aun es mucho, estará solo el soldado, bajo su tienda de campaña. Para él la vida es una orgía. Ha arrojado la copa en que libaba, ¡ mañana beberá en otra!... Y en esa tienda, verdadera gruta de Caprea, hay ya nuevamente una pareja amante.

Si el despotismo del soldado con la mujer era una bárbara injusticia, no es, sin embargo,

una anomalía. La familia es casi siempre el compendioso reflejo del Estado. La corrupción que las tiranías engendran va más allá de lo que generalmente se cree, y mucho más, si tienen el militarismo á su servicio. Penetra hasta el hogar...

Si el Jefe del Estado es un tirano con sus Generales, éstos lo son con los jefes de los cuerpos, los coroneles de los cuerpos con los oficiales, los oficiales con los soldados, y éstos con sus mujeres. ¡ Todo es solidario !

El soldado, por inasistencia á la lista ó por su llegada tardía al cuartel, es incomunicado con centinela de vista, azotado por la espada del oficial de guardia, extendido en el suelo, de bruces, y flagelado á carne viva, á dos cabos y á toque de corneta. La sangre brota y gotea en su torno. Culebrea en el suelo de dolor; grita hasta desgarrar sus entrañas y enronquecer su voz.

Víctima cómoda de tanta ferocidad; instrumento de la guerra sangrienta y obstinada; acostumbrado á matar durante el combate ó á asesinar al prisionero después de él, ¿qué suerte puede haber á la infeliz mujer que la crueldad de ese gran caprichoso, que se llama el Destino, ha puesto cerca de ella?

II

El «despotismo» y la «anarquía» son dos elementos insignes de desorganización social y de relajación de las costumbres. La anarquía de la nación trae consigo la anarquía de las familias, ya por la debilitación del principio de autoridad, ya, en fin, por que esa misma nación, ¿qué otra cosa es que el conjunto de esas familias? ¿No es el hogar una verdadera miniatura del poder público? Pues bien, ¿qué moralidad hay exigible en la soldadesca desenfundada, cuando es el instrumento del despotismo y de la anarquía, cuando tal vez, su misma ociosidad y libertinaje es la garantía de su obediencia á un poder vacilante que explota hasta la licencia para mantenerse de pie, para que esa misma soldadesca no dé el momento menos pensado el grito de rebelión? ¡Deleznable garantía!

Los persas á Cyrus, le llamaban su padre, porque para esclavizarlos les adormecía en la molicie. Los romanos empleaban también más la acción enervante de los placeres públicos que la acción coercitiva de las armas para subyugar al pueblo. Y la República de Venecia, dice

alguno, tal vez no habría durado tantos siglos, si hubiese expulsado á las cortesanas.

¡ Tristes vínculos por cierto !

Hace ya algunos días que un rumor popular sopla por todas partes, y sopla fuerte. El cielo de la política tiene cortinados de nubes. Las familias, llenas de pavor, han cerrado herméticamente las puertas de sus hogares. Las calles son desiertos. El sueño de la población es interrumpido á momentos por el tropel de la patrulla que recorre la ciudad para guardar el orden, ó por el grito periódico y monótono de los centinelas de guardia que gritan desde las puertas de sus cuarteles : ¡ Alerta !...

¡ Es la paz y el silencio de los sepulcros ! ¡ Es un cementerio de hombres vivos !

En medio de las sombras, detrás de las columnas, deslízase á paso de fantasma una encubierta y misteriosa mujer, y se desliza como una sombra misteriosa á lo largo de las galerías del palacio presidencial. Al llegar á sus puertas, el centinela grita : ¿ Quién vive ? y ella, por toda respuesta, murmura palabras imperceptibles y entrecortadas; se aproxima al oficial, le hace una señal misteriosa con la mano, no sin cuidar de taparse tanto que no deja ver sino un ojo de la cara. Cuchichea sigilosamente á su oído.

El oficial la anuncia al Presidente de la Re-

pública. Suben ambos las gradas de mármol del palacio. Su vestido es bohémico, y sin embargo, el Presidente sale á su encuentro á los salones de recepción; la halaga y la introduce, con la sonrisa en los labios, á su gabinete privado, en el que permanecen encerrados...

El tenebroso conciliábulo se prolonga; la agitación se produce en el cuerpo de Edecanes y en la oficialidad de la guarnición.

La mujer ha desaparecido como por encanto...

Unas horas después la detonación estrepitosa de una descarga cerrada de fusilería ha interrumpido el silencio de la noche y sacudido el sueño de la población, como una negra pesadilla.

Cuatro patíbulos se han levantado en la plaza pública. Cuatro cabezas ensangrentadas han rodado sobre el tablado del cadalso. Un padre ha quedado sin hijo, una esposa viuda, un hijo huérfano. Llanto y desolación por dondequiera. La tempestad política se ha disipado. Los conjurados, sin forma ni figura de juicio, han sido ejecutados al soplo de una delación. La autora fué esa mujer : una Rabona. Un puñado de escudos ha colmado el hueco de sus manos; y al siguiente día, los hace resonar prodigándolos en el vértigo de una bacanal. Es el precio de la sangre de cuatro víctimas.

¡ La delación constituida en sistema !

Cuando á Alcibiades se le reprochaba de haber corrompido á la mujer de Agís, contestaba : « He querido formar una nueva dinastía. » ¡ Oh ! Alcibiades, con esa especie de dinastía, formaréis probablemente, no la República de Platón, sino la República de Licurgo...

La delación, pues, de tal manera, llega á hacerse consuetudinaria, y, sobre todo, con un gobierno desconfiado y suspicaz, que ve por todas partes el espectro de la rebelión. Un chisme soplado á su oído, quizá á inspiración de la venganza ó de la especulación, ha forjado una víctima...

Así, la desconfianza á su vez se hace endémica en el pueblo, y los celos del poder hallan siempre pasto en que cebarse. Mientras cada ciudadano teme de la indiscreción hasta de su mirada, el tirano campea con aire triunfante, hollando bajo sus plantas la soberanía popular.

Eso pasó en Bolivia en los seis años de terror de la administración Melgarejo; de ese Tiberio que estaba en posesión de los recursos del militarismo, de los resortes secretos de esa máquina demoledora.

Deteníase en la calle para dar la mano á las Rabonas; iba á un cuartel para repartirles dinero, ó en los salones del palacio apuraba con ellas una copa de *champagne*.

Castilla en el Perú debió también su larga dominación á esa especie de espionaje femenino.

Pero, « quien á cuchillo mata á cuchillo muere ».

Una mujer con los brazos cruzados, la frente gacha y la mirada baja; humilde, inofensiva, traspassa el umbral del cuartel de húsares, y se aleja de él. Al pasar, éste y aquel soldado, la dirigen chuscadas obscenas. Ni ve ni oye, y' pasa.

Después de alejarse, alarga el paso varonil, suelta desenfadadamente los brazos, — relampaguea en sus ojos una mirada pérfida, y despliega ligeramente sus labios la vaguedad de una sonrisa siniestra...

Al dar vuelta la esquina se le aboca otra mujer que la espera impaciente. Secretean, accionan, y se separan, tomando distinto rumbo...

Una de ellas toca cautelosamente la puerta de una casa. El ordenanza que la esperaba sale como por resorte, la anuncia y la introduce.

El Coronel de la casa, con el kepi en la nuca, el semblante taciturno, paseábase diagonalmente en su aposento, no sin entablar un íntimo y silencioso diálogo, la cabeza y el corazón, la conveniencia y el temor... La ve, y con un movimiento de agradable sorpre-

sa, junto con introducirla, cierra las puertas...

Cuando el apagado murmullo de su conversación comienza á levantarse, alguien toca á la puerta. Heridos por la sorpresa, se paralizan y callan...

Los golpes se repiten. Oculta precipitadamente á la mujer en el fondo de su alcoba, y sale más precipitadamente todavía á abrir la puerta.

Es otra mujer de la misma clase. La escena clandestina se reproduce entre los tres, y termina con férvidos apretones de manos.

Cuando el silencio de la noche ha invadido la población, el mismo Coronel se precipita á caballo, pistola en mano, á la puerta de los « Húsares azules ». Asesta un tiro de revólver al centinela, que cae herido de muerte. Dando vivas á la Libertad y á su caudillo, vítores que la soldadesca contesta, fórmase el regimiento; bajo sus voces de mando, lo encabeza y marcha...

Un momento después, la fuerza insurrecta rodea el palacio del Presidente. Éste, que descansaba tranquilamente en brazos de Morfeo, salta de su lecho. Pone sobre las armas á los soldados que le custodian. Un fuego nutrido cae sobre su palacio. Ese palacio, lleno de pavor y confusión, envuelto en el humo de los fogo-

nazos de las descargas, semeja un castillo incendiado.

Un General acaba de morir en uno de los balcones; una bala ha pasado acariciando la mejilla del primer dignatario del Estado. Las espadas impotentes á la distancia, tiemblan en sus vainas.

Los fuegos ya intermitentes del combate se apagan, y con una que otra descarga, da su adiós la tormenta. El Presidente, bañada la frente con el tenue resplandor de la luna, sale cabizbajo de su palacio y toma uno de estos caminos : el del cadalso ó el de la proscripción. ¡ No hay otro !

Entretanto, un monstruo con un arco iris de seda sobre el pecho y charreteras al hombro, preséntase á la muchedumbre desde los balcones del palacio, y el pueblo, siempre esclavo del Dios-éxito, le aclama su Redentor político...

¡ En seguida una joven hechicera, viuda, enlutada y pálida, quema incienso al pie de su solio, y le lava los pies con perfumes, á la manera de la Samaritana, mientras el monstruo regoldándose en su sillón escarlata y bajo un dosel de terciopelo, se complace en desangrarla !...

¡ Esa viuda es la Libertad !

Los hilos de esa conspiración, tejida en una pestañada, han sido de las mismas Rabonas que

conjuraron la otra. Los halagos y transacciones del poder con la inmoralidad, no le han bastado. ¿Qué? Han sido la causa de su ruina.

El humo de ese combate no se ha disipado aún. Resuena el eco del cañón; corre á torrentes la sangre de vencedores y vencidos. Los cadáveres están calientes todavía. La muerte, con tardo y siniestro vuelo, cierne aún sus alas. Y una verdadera majada de mujeres invade el lugar de la acción, como bandadas de buitres, llenando el aire con sus clamores.

Una de ellas abraza risueña á su amado ileso y victorioso, la otra tiende sobre sus faldas á un soldado herido, bañado en sangre, y que se queja lastimeramente; ésta, con las histéricas convulsiones de la desesperación, besa la frente de un cadáver; aquélla, corre despavorida, loca, sin poder encontrar su compañero. En vano la oficialidad se esfuerza por apartarlas del peligro.

Al día siguiente, con un niño en los brazos y otro en la espalda, solloza desconsolada una mujer en el salón del hospital, á la cabecera de un moribundo, cubriendo con sus lágrimas el rostro de su hijo. Otra, sentada en el umbral, con la cabeza entrambas manos, gime salvajemente.

También en la puerta del prisionero, á la pálida luz de un quinqué, hay otra madre que

presenta de rodillas á su hijo, un tierno niño, para implorar piedad, para que se le permita, por última vez, reclinar la cabeza sobre un seno querido.

Una joven lívida, desfallecida por el dolor, acompaña por la calle un convoy fúnebre : con las descoloridas flores que adornan ese féretro, juega la helada brisa, la brisa de la muerte, y flotando tristemente por el aire las hojas de esas flores, acarician, al pasar, el rostro de esa mujer. ¡ Primavera del dolor !

Allí, á la luz crepuscular, al pie de aquella cruz, en el rincón del cementerio, hay una sombra. Es una pobre mujer que con la cabeza caída sobre el pecho, parece adormecida por el sufrimiento, entregada en melancólico éxtasis al culto del amor.

Recargado de sombras es el cuadro, pero exacto. Y, sin embargo, extraordinaria contradicción, cuando un soldado es dueño del corazón de una de esas mujeres, y es destronado por la muerte, otro soldado se constituye inmediatamente en heredero, y ella junto con haber recibido llorosa el último suspiro del uno, va á dar risueña su primera caricia al otro. ¡ Primicia de un nuevo amor ! Adora al sol que nace. Manón Lescot indígena.

Y esa lealtad infiel es tan grande, que si el primero perteneció á tal escuadrón, el se-

gundo tiene fatalmente que ser del mismo : fué de los húsares rojos el uno, será de los húsares rojos el otro, para que éste no sea sino una amante continuación de aquél.

Espíritu de cuerpo, y espíritu bien marcado.

— ¡ Insolente ! ¿ De cuándo acá tu escuadrón es más aguerrido que mi regimiento ? dice una Rabona.

— ¡ Pues la insolente eres tú ! ¿ No has visto, envidiosa, cuál de ambos dió la victoria en el último combate ? contesta otra.

— ¡ Bah !... ¡ Bah !... ya verás la disciplina de los dos cuerpos en la próxima parada. ¿ Dónde hay un jefe como el mío ?

Imagínanse ellas que participan de la gloria guerrera y de la pericia en la táctica militar.

Pero en esas y otras, la cuestión se arrecia de tal modo que, en medio de los denuestos más groseros, de los apóstrofes más insultantes, los puños reemplazan á las palabras, y una de esas dos híbridas contendoras cae en tierra, siendo pestañas, vestidos y cabellos los trofeos de la victoria.

Respirando constantemente la Rabona la atmósfera de la política nublada con el humo de la guerra, siente inocularse en su alma el fuego de la vida civil y el calor de la pasión. El reposo la asfixia. Envuelta en las oleadas de la anarquía, cae á veces en la arena. Y ha

cruzado por el mundo, como ave de paso, una Emilia Manin, desconocida; una María Antoineta, ignorada.

Otras veces levanta el flujo y reflujo de la política hasta las alturas, hasta los palaciegos complots á esa mujer, como al hongo levanta la tormenta.

III

Ya sabemos dónde va : veamos ahora de dónde viene.

Caminaba un día adolescente, con mi libro inseparable en una mano y la escopeta en la otra, por un valle querido de mi suelo nativo.

El lucero de la mañana comenzaba á hacer su guiñada luminosa desde el firmamento azul. Los árboles seculares, las plantas silvestres y las flores campesinas bordaban esa pradera como alfombra de Smyrna. Esa pradera que empezaba á surcar el arado del labrador, se inundaba con el murmullo de la brisa embalsamada, con el rumor del río, con el balido matutino de las ovejas, con el canoro bullicio de los pájaros que saludaban alborozados á la aurora.

La melodía no aprendida de uno de esos músicos del aire, de uno de esos cánticos con alas que cuelgan sus nidos en el follaje de los árboles, embelesaban á una campesinita de quince abriles, fresca como una rosa de primavera, morena como las uvas, encendida como una cereza. Sentada á la orilla de la fuente, ángel peregrino, se lavaba las manos y el rostro.

— ¡ Chist !... la dije al acercarme, y volvió el rostro con tan ruborosa sorpresa, que todo fué verme, sonrojarse é inclinar la cabeza.

Suele también la paloma esconder bajo el ala la esquiva cabecita.

— ¿ Qué haces aquí ?...

Por toda respuesta se puso resueltamente en actitud de partir. Pero una de las flores que adornaban al descuido su cabello, cayó á la orilla del arroyo; y cuando la corriente comenzaba á llevársela, me doblegué de improviso para recogerla.

— Devuélvamela, me dijo.

— ¡ Bah !... ¿ mirabas resignada que la corriente se la llevara para siempre lejos de ti, y sin embargo, me la reclamas con impaciencia? Por ventura, para ti, ¿ soy menos que la corriente?

— Es que ella no podría ni devolvérmela, ni detenerse...

En efecto :

« En el mundo, río abajo,
Río abajo toda va,
Río arriba, río arriba,
Nunca el agua correrá. »

— ¿Y qué es eso que llevas en la mano?
agregó.

— Un libro...

— Y...

— Mira, ¿sabes para qué sirve?

— Iba á preguntártelo.

— Niña, de negros ojos, aquí, en este libro,
se aprende á amar á Dios, á darle gracias cuando
gozamos, y á pedirle consuelos cuando llora-
mos. Niña del valle, ¿tú no sabes llorar?

— Sí, cuando mi padre me prohíbe ir á la
viña.

¡ Valle de lágrimas por fin !

— ¿Y á qué Dios se aprende á amar allí?
repuso : ¿al mismo Dios que está crucificado
en la capillita de la aldea?

— Sí, pero...

Iba á contestarle y á devolverle su rosa sal-
vada de las aguas, rogándole que la pusiera á
los pies de un crucifijo, pero al agitarla en la
mano, voló la flor, y la onda me arrebató esa
esperanza...

Fijó en mí una mirada entre risueña y ma-

liciosa, dió vuelta rápidamente, y por toda despedida se echó á correr, dando al aire una canción campestre.

El carro del tiempo, entretanto, arrastrado por sus etéreos caballos, había pasado de ligero, dejando por huella más de un año tras de sí.

Por esos mismos valles y en uno de tantos torbellinos políticos, pasa una fuerza militar en campaña. Armas á discreción y á paso redoblado sigue su marcha. Al son del armonioso estruendo de la música militar, se pierde de vista en medio de las nubes de polvo que levanta su paso acompasado.

Tócóme verla de cerca.

Casi ya inútil, es decir, que una balumba de mujeres van detrás. Á caballo las unas, á pie las otras. Mirábanse todas como preguntándose :

— ¿Qué hará éste aquí?...

Una de ellas, pálida, andrajosa, turgente, llevaba un niño en los brazos. Miróme, dió un ¡ay!... y se detuvo.

Era la campesina de que hablábamos. Esa mariposa del valle había sufrido una horrible crisálida.

Era una Rabona entre tantas.

Uno de los soldados de la división que pasó por ahí, en tiempo atrás, la divisó, vagando

en la enramada, como gitana encantadora, y, más que por fuerza, cargó con ella.

La corriente devastadora del militarismo había arrastrado consigo aquella flor. Flor sin perfume ya... flor coronada de espinas...

« En el mundo, río abajo,
Río abajo toda va,
Río arriba, río arriba,
Nunca el agua correrá... »

El árabe ayudado de su caravana, roba á viva fuerza á la mujer, la doblega como á una caña sobre sus brazos y poniéndola sobre la grupa de su caballo, vuela como un gamo del desierto.

¡ Árabes con espada !

La vivandera que pone su venta cerca á los campamentos ó á los cuarteles, la sirvienta de la casa que ha salido á la calle en las horas de la noche, suelen correr la misma suerte.

¡ Ya sabemos de dónde viene !

Santiago de Chile, Junio 10 de 1877.

EL POSTILLÓN

I

No es por cierto el perfil de una figura grandiosa, ni son los rasgos que perfilan la fisonomía moral y material del Postillón, de aquellos que necesitarían el colorido delicadísimo y puro del pincel de Van Dick ó de Rubens. Es, al contrario, un ser humilde, *sui generis*, que tiene el desierto por patria y la choza por hogar. Tipo característico de una raza primitiva, tipo clásico del indio americano.

¿Queréis conocerlo? Su tez es cobriza, sus facciones irregularmente abultadas, cabello negro y recogido en una sola trenza que cae á lo largo de sus formidables espaldas, como la cabeza chinesca; mirada siempre baja como la del cerdo, y barba negra, despoblada y cerdosa, si es que la tiene, lo que es muy raro. ¡Qué aspecto tan sombrío y taciturno! Parece un esclavo, cuya manumisión acaba de romper

las cadenas de la servidumbre, pero no ha borrado aún el sello de su opresión servil, que resalta en su mirada tímida, en su frente inclinada, en su silencio profundo y en su continente, recatado por el miedo. Rivaliza con el paria, el siervo ó el esclavo.

Ciertamente, tan difícil es que su mirada se levante, como el que se desplieguen sus labios para proferir una sola palabra.

La sumisión es lo más resaltante de su carácter. Máquina humana que obedece las órdenes de su señor como movido por un resorte, y las obedece de ordinario, gacho y callado, sin dar otra respuesta que un asentivo movimiento de cabeza. ¿Véis un hombre que pasa con doblegada cerviz? Ese es el Postillón.

Parece condenado por la naturaleza á no mirar el cielo, á vivir mudo. Se diría ignora que ese cuadro azul, que llamamos firmamento, lo ha desplegado la mano de Dios delante de los ojos del hombre para que el hombre lo contemple. Sí; parece ignorar todavía que ese cuadro, cuyo marco es el infinito, cuyas sombras son las sombras de la naturaleza, cuya luz es el resplandor de esa polvareda de astros, como dice Lamartine; que ese cuadro, en fin, cuyo autor es Dios, tenemos todos el derecho de contemplarlo, á la inversa de los cuadros de los artistas que se encuentran en las

abadias, los castillos, los museos y los palacios.

— «Alza los ojos arriba, porque arriba está Dios»; me han dado ganas de decirle al Postillón, cuantas veces lo he encontrado en mi camino. ¡Habla! ¡Habla! por que la palabra es un don sublime, por que tienes el derecho del verbo y la libertad del pensamiento, ¡como todos los hombres! ¡Sal del silencio, que es tu refugio de siempre!

¿Cuál es el aspecto del Postillón? Un gorro blanco y cónico, chaqueta y calzón corto, de burdo tejido de lana, debido á su propia labor; sandalias de cuero (hojotas) y un tosco cayado que le sirve de sostén, forman su indumentaria habitual.

¿Sabéis cuál es su oficio? Es el *cicerone* indígena; es la brújula obligada del viajero del Alto y Bajo Perú.

Introducirse en esas frías altiplanicies ó abrasados yermos del territorio de Bolivia, sin llevar por guía á ese compañero inseparable y silencioso del viajero, era ir perdido. Conocedor diestrísimo de esos vericuetos y encrucijadas, con nombre de caminos, que cruzaban las quebradas circundadas de gigantescas y áridas montañas, los desiertos desamparados, los valles profundos, era muchas veces, era casi siempre, el áncora de salvación de las penali-

dades, de la desesperación y quizá de la muerte del viajero, que, en esos mundos de Dios, no era sino un peregrino.

Sensible, no sé si en su espíritu ó en sus instintos, al vuelo silencioso del tiempo, era un reloj viviente que indica con precisión las horas, sin más que fijarse á la ligera, en el rostro del tiempo. ó en la primera sombra que se proyecta durante el día, ó en el aspecto del cielo durante la noche. ¡ Qué consuelo le prestaba al fatigado caminante, señalándole el número de leguas que le restan para llegar á su jornada, después de haber sacado en los dedos de la mano la cuenta exacta del tiempo y de la distancia !

Indudablemente, la fuerza de la costumbre le sugiere un sexto sentido de observación, y la fuerza de los instintos suple en él á la posesión de los principios y á la luz de los conocimientos. Es el astrónomo instintivo que, sin más telescopio que su experta y avisada mirada, lee á primera vista en el firmamento como en una página escrita, si la tempestad vendrá para precaverse de ella, ó si la tempestad se alejará para continuar la marcha.

Terribles borrascas, que sacuden la naturaleza, devastan con sus rayos, inundan con sus torrentes fluviales, é iluminan intermitentemente el espacio, como un incendio univer-

sal, con su amarillento resplandor. Tempestades de que sólo los trópicos son testigos.

En pleno desierto, en las altas horas de la noche, en medio de esas regiones en las que se diría han establecido su dominio absoluto el silencio y la soledad, escúchase, á lo lejos, un son triste, prolongado y monótono, que parece un gemido arrancado al dolor en el fondo de una caverna, un alarido salvaje que interrumpe el silencio sepulcral de esas inmensas soledades : sus ecos se repercuten melancólicamente de montaña en montaña. ¿Es el viento que gime en el desierto? ¿Es el quejido de esa naturaleza esqueletada? No. Es el *pututo* del Postillón, que se anuncia á extraordinaria distancia con ese instrumento original. Su silueta se destaca en lejana perspectiva, bañada por el resplandor de la luna ó por la luz de un relámpago fugaz, ya arribando á la cumbre de una cuesta empinada, ya orillando un abismo, ya faldeando una montaña.

Lleva generalmente el indio, colgado sobre la espalda su *pututo*, que es un cuerno labrado ó sencillo, cerrado por la base y con un agujero en el vértice. Utiliza el *pututo* para llevar dentro de él aguardiente ó chicha de maíz, para aplacar su sed en las áridas serranías, que, á considerables distancias, no ofrecen en veces ni una gota de agua.

No es ese el objeto principal de este instrumento peculiar. El indio toca en él por un agujero abierto en una de sus extremidades, que le sirve de embocadura, semejante á la flauta. Pero ni lo toca caprichosamente, ni es un instrumento musical, como la *quena*, por ejemplo. Su sonido anuncia á lo lejos á los indios posaderos la aproximación del viajero, y apenas ellos lo escuchan, cuando el Postillón de la posta inmediata prepara su arreo de viaje para reemplazar al Postillón que llega. Otro Postillón le espera para sustituirle. Al encontrarse, se dirigen una expresión especial de salutación y despedida, y mientras el uno cae al suelo de cansancio, el otro parte como un centinela avanzado á la vanguardia del arreo que conduce y de la caravana que dirige. Con su traje original, con su aspecto típico, asido de la brida de una bestia delantera que lleva un cencerro pendiente del pescuezo (cencerro cuyo sonido están acostumbrados á seguir los caminantes de la arrea y que en la obscuridad de la noche es el señalador constante que marca al viajero la dirección de su ruta en medio de esas vastas soledades), el Postillón parte de su jornada. Á guisa de giba lleva un pequeño bulto terciado sobre la espalda, la concavidad de la boca llena de las nutritivas hojas de la coca, con cuyo jugo se alimenta.

Marcha á trote largo y acompasado sin pedirles á sus piernas, mientras llega á su destino, un instante de reposo, ni desviar su mirada de la dirección de sus pasos.

Hasta los animales tropiezan, el indio pisa firme. Las bestias se detienen con la fatiga, el indio marcha; la acémila de posta se despereza, el indio trota impasible sin cambiar de actitud, sin volver el rostro, sin levantar la mirada. Ni su semblante cambia, ni su respiración se altera. Semeja un hombre paralizado al que no le ha quedado otro movimiento que el movimiento perpetuo de las piernas, ó un autómatas de cuerda que no se detiene mientras la cuerda dura.

Poco importan los obstáculos del tránsito. Cruza el bosque, vence la cuesta, atraviesa el río con maravillosa rapidez. Rey de su voluntad, esclavo de su deber, abandona hasta la vitalidad del pensamiento y de los sentidos para no llevar en sí otro elemento de vida que la impulsión que avanza. ¡Vamos! es la voluntad andando. ¡Qué bien le vendría el exclamar como el poeta!:

« Un cielo gris, un horizonte obscuro,
Y... ¡andar!... ¡andar!... »

II

En los vaivenes militares de la guerra, desempeñaba también el Postillón su importante papel. Durante las campañas llevaron consigo los ejércitos de la guerra de la Independencia. Postillones que encaminaban al centinela perdido ó á la vanguardia de las tropas. ¿Oís el eco del *pututo* del Postillón? Es que el ejército se aproxima hacia la vanguardia, ó que ésta va á replegarse sobre el grueso del ejército, ó que un Postillón con una orden militar, hace evolucionar las fuerzas propias, ó anuncia las evoluciones del enemigo.

Es guía, cicerone, telégrafo; el más rústico, pero el más rápido corneta de órdenes, á cuyo primer toque están siempre atentas la soldadesca y la oficialidad, y, sobre todo, las que forman la guardia del campamento.

Era, pues, el mensajero clandestino, el espía que, resguardado detrás de los peñascos, de las encrucijadas del camino, ó de la arboleda del bosque, acecha los menores movimientos del enemigo, observa sus posiciones, cuenta su número. Ve sin ser visto, se desliza por sendas

extraviadas, por sobre las cumbres de las montañas, como el águila del desierto, para no ser sorprendido. Llevaba ocultas las cartas de conspiración, política no dentro el vientre de una liebre como la que Harpago mandó á Ciro, pero sí dentro de sus propios vestidos.

Si es sorprendido, prefiere morir antes que revelar los secretos que posee ó los encargos que ha recibido. Se agotan contra él las amenazas, se apura el martirio. ¡ Todo es inútil ! El indio calla, y muere. Extraordinaria fidelidad por quienes no conoce, ó al menos, por quienes nada le importan.

Atribúyese ésto á que si las torturas que se le imponen para arrancarle una revelación son fuertes, las que le esperarían por su infidelidad serían mayores. Así es que el Postillón prefiere siempre el martirio que se impone, al martirio eventual. Sufre aún el sacrificio de la vida, porque en su temor espera tal vez una muerte nueva y más terrible todavía, y prefiere, como todos los mortales, morir una sola vez.

Cuántas veces un pobre Postillón, tan listo y dócil para cumplir las órdenes de uno de los beligerantes, ha sido abandonado por las marchas forzadas, ha caído víctima de las más crueles vejaciones. No se ahorra sacrificio para obtener datos y revelaciones relativas á los con-

trarios. El indio, tímido á veces, hace lo que puede, dice lo que sabe, da lo que tiene, hinca la rodilla y pide perdón y clama lastimeramente. ¡ Pero todo es en vano ! El soldado, y, sobre todo, el soldado español, se cebaba en el vejamiento de la humanidad, en martirizar la debilidad. Ni sus lágrimas le importan, ni sus lamentos le conmueven. « Quizá un nuevo martirio le arranque un nuevo secreto » decía el militar, y prolongaba el suplicio, hasta convertir, muchas veces, en un cadáver á su víctima.

Todo lo cual, sea dicho de paso, marca el carácter servil y melancólico del descendiente de Manco-Capac, que se trasluce en sus costumbres, en su vida íntima, en su rostro, en su poesía y en su música gemebunda. El *manchay-puito* es una música tan desgarradora, tan fúnebre, que es imposible escucharla, sin llorar ó sin estremecerse. Y es un hecho que alguno llegó á perder la razón al oír, en cierta situación delicada del alma, los sollozos de esa música plañidera.

Compañero de viaje de todos los momentos, profeta de las tempestades del cielo, auxiliar de las tempestades políticas, señalador infalible del tiempo y de la distancia, timonero inteligente que conduce al puerto, esclavo que acompaña á su señor durante su travesía, y cumple

rápido y servil sus órdenes, por la exigua remuneración de diez centavos por legua, llegaba el señor á quererle, cuando no era un militar de tantos que trataban con más benignidad á la bestia que cabalgan, que al Postillón que les conduce, con el que no tenían otro lenguaje que los golpes de su espada.

III

Cuando en la época de la conquista necesitó Atahualpa un indio para impartir ciertas órdenes urgentes á una tribu inmediata, ordenó le trajeran á la brevedad posible un Postillón de los más afamados en tragar distancias.

Cuando el indio se presentó al Monarca, éste le ordenó en tono imperativo que en el término de tantas horas fuése á un villorrio vecino, distante algunas leguas del lugar.

El indio oyó de rodillas para escuchar con respetuoso silencio las órdenes é instrucciones de su jefe. Se levantó, hizo un ademán reverencial de despedida, y partió como un gamo.

Unas horas después, momentos antes de los prefijados para su regreso, llegó el Postillón, se afrontó al cacique, pálido, convulso, jadeante,

con la voz que se le ahogaba en la garganta, el rostro empapado de traspiración.

Atahualpa entonces, antes de recibir su primera palabra, y como concediéndole una honorífica recompensa á su asombrosa actividad, le ordenó, desde lo alto de su trono, con estas precisas palabras, que tomara asiento á sus pies : *Tiai, guanacu.* (Siéntate, guanaco.)

Así lo hizo, pero cuando un momento después le interrogaba acerca de su misión, el Postillón no contestaba, porque el Postillón había muerto...

¡ Que pronto llega al término el que se apresura demasiado !

Desde entonces el villorrio en que aconteció el hecho que mencionamos, tomó por nombre, que hasta el presente conserva, la frase *quichua* que acabamos de transcribir.

Santiago de Chile. (Junio, 10 de 1877.)

¡ COURAGE ! ¡ COURAGE !

I

EN un café de Bruselas, frente por frente, una mesa de mármol de por medio, departía, ha mucho tiempo, con Luis López Méndez, Cónsul General de Venezuela en Bélgica y una de las más bellas inteligencias de la patria de Bolívar y Sucre, de esa cuna clásica de la libertad de la América del Sur.

Nuestra plática tornaba en todo sentido y chisporroteaba á más y mejor, como esas ruedas de los fuegos de Bengala que derraman en sus giros rapidísimos lluvia intermitente y copiosa de perlas, rubís, brillantes, esmeraldas, centellas y lágrimas...

Dos americanos que han tenido la gran desgracia de cultivar el espíritu, dos almas jóvenes, devotos fidelísimos del Arte y amantes apasionados del progreso de nuestra América — menos virgen ya de lo que la pintan sus poetas y menos avanzada en civilización de lo

que suponen sus escritores, — dos personas, digo, en condiciones tales, era fuerza que hicieran excursiones espirituales sobre ese suelo lejano, nativo y dulce, que más que el « Nuevo Mundo » debería llamarse el « Mundo del Porvenir... » Sobre él se proyectó el resplandor de nuestros recuerdos. Al son de la palabra vibrante del notable literato López Méndez, me parecía ver de cerca, aquella tierra exuberante y hospitalaria; la contemplaba con la eterna primavera en el rostro, el verano tropical en el corazón, y, jadeante, sedienta de civilización europea, bajo el sol de calor tórrido.

Su emancipación política, su época prehistórica, las penumbras de su presente, las claridades de su porvenir, los defectos de su literatura, los elementos de su vitalidad, nos suministraban fuente fecunda y fresca, en el calor de la conversación.

Caíamos en perfecto acuerdo en los tópicos que van seguidamente, amontonados á granel.

II

Nuestra América del Sur, ha andado de prisa, y por eso mismo sus pies infantiles han dado

tantos tropezones y caídas; ha caminado mucho, pero no ha llegado á la altura á que ella se antoja. La instrucción pública, los hábitos sociales, las costumbres democráticas, las bases del *Self-Government*, el mecanismo administrativo, la aplicación de las leyes, el comercio, etc., son embriones, que ya están, no obstante, en la época de la crisálida. No puede ser la juventud nacional, una eterna disculpa. En igual tiempo, hizo más que nosotros el Norte de esa misma América. Y no digamos nada de las industrias y el arte. Su cuna misma no está fabricada aún. ¿Por qué? ¿Es inferior la intelectualidad americana á la europea? ¡ Por cierto que no !

Ese suelo fecundo que rinde productos tropicales, exóticos en Europa, produce también inteligencias tropicales y sustanciosas. ¿Cuál es, pues, entonces la causa? Hay, desde luego, mucho de cierto, en aquello de la pereza hereditaria y atávica, legada por los árabes, hijos del ensueño oriental, á los españoles, favoritos de las caballerescas fantasmagorías, y refractarios á la labor; aficionados al fruto que está maduro, al alcance de la mano, y enemigos de los frutos que están al alcance del trabajo y que se rinden sólo al precio del sudor de la frente.

Pero no es esa la causa principal, porque

ella está muy amortiguada con la mezcla de otras razas. La prueba es que en América hay más actividad moral que en España.

También es cierto que hemos derrochado mucho tiempo, nuestros recursos, nuestra sangre, en querellas civiles; y por eso, nacidos en un lecho de plata y oro, nos vemos ateridos de frío y de miseria; estamos en la playa de un mar de riquezas.

Pero en vez de vagar al azar sobre terrenos múltiples, para proseguir nuestra tesis, detengámonos sobre un punto concreto y saliente. Sí, detengámonos en las Letras, y demos la siguiente forma al problema planteado, antes de buscar su solución.

¿Por qué en igualdad de nivel intelectual de razas, la Francia produce literatos cuyos nombres nadie ignora, mientras nadie sospecha la existencia de los nuestros, fuera de los muros del hogar nacional, pues sus famas están guardadas, ahí, en familia y como *en conserva*, sin marca de factura?

Desde luego, el idioma, ¡ah! ¡el idioma! ¡vehículo de oro del pensamiento humano, fisonomía visible de la inteligencia! En efecto, el que escribe en castellano, es para ser leído en nuestras Repúblicas. El que escribe en francés, tiene por público el mundo. Por eso los pensamientos de aquél, son como billetes de

curso forzoso que tienen circulación local, y los de éste, como las libras esterlinas, que tienen curso universal. Moneda de níquel, moneda de oro.

Además de eso, mientras los sudamericanos escribimos en los bajíos apartadísimos de nuestra vida social, el literato francés arroja sus páginas en esa cumbre altísima, en la sima de ese Sinaí lleno de resplandores que se llama París. — París es una campana de cristal, infinitamente acústica, donde la voz del espíritu resuena en todos los confines del globo, mientras entre nosotros, esa voz se apaga y muere sin eco. He ahí el secreto de por qué aquella Atenas moderna se ha convertido en el numen del crédito literario, en la inmensa pila bautismal donde se consagra el renombre de los artistas y de los literatos. Cuando ellos han encorvado allí el cráneo para recibir el agua y el óleo santos de la gloria, pueden estar seguros que sus nombres han vencido todas las fronteras, y de que en alas de la prensa recorrerán todas las naciones. He ahí también explicado cómo y por qué un coloso de la oratoria peruana, como Luciano Benjamín Cisneros, por ejemplo, cuya palabra arrancaríá, estoy seguro, borrascosos aplausos á todos los bancos de la Cámara francesa, si subiera á la tribuna francesa, sólo es conocido en el Perú. Ahí está la

causa de que mientras la pluma maestra y ática de González Prada y la pluma de Andrés Avelino Aramburú, el Girardín peruano, levantarían polvaredas de oro en París, me es dable preguntarme con razón : ¿sábe alguien quiénes son Cisneros, González Prada y Aramburú, algo más allá de las fronteras peruanas? Es triste, pero es la verdad.

III

No es eso todo. Hay algo más, que mi pluma vacila y desfallece en apuntar, porque hay verdades que nacen, como el hombre, entre dolores...

En Europa, la inteligencia está en gimnástica desde que nace, su cuna está cubierta con las flores del estímulo, y desde que da sus primeros pasos infantiles y vacilantes, todas las manos se extienden para apoyarla, para evitar sus caídas, para que marche; todos le dicen : ¡adelante! ¡Por eso sube, por eso llega á la cumbre, mientras nosotros caemos en la falda, vencidos y muertos!

Y plegue á Dios que no haya miles que quieran adherir toneladas de plomo á los talones del que comienza su ascensión, para arrojarlo

con mano impía, con los resortes paralizados de la conciencia, al Leteo del olvido, y sumergirlo en sus ondas... ¿Qué inteligencia que se pone en tren de marcha, no ha sido víctima de una tentativa de esos « homicidios morales »? Es que la legislación humana, no ha asignado aún penas á sus autores y cómplices. ¡ Esa legislación es trunca ! Cansado estoy de ver en América, manos afanosas que arrojan puñados de sombras sobre la luz de las inteligencias... Por eso hay allí tantos mudos... que hablan rara vez; tantos sordos... que no quieren oír el mérito ajeno...

En condiciones tales, francamente — ¡ escritor, romped vuestra pluma, y arrojadla á los pies de la muchedumbre ! ¡ Pintor, dejad en blanco vuestro lienzo, y desgarradlo en jirones ! Pero, detrás de nosotros vendrá la obscuridad tenebrosa en cuyo seno caerá en ruinas la efigie monumental de las glorias nacionales que se levanta en otras partes tan majestuosamente...

Y qué mucho, si hasta nuestros héroes son lapidados, víctimas, ó por lo menos mordidos. La sombra ensangrentada de Sucre, coronada de aureola de gloria, se cierne aún sobre la cumbre de la montaña de Berruecos, donde cayó el héroe sobre el fango, roto el cráneo por el plomo pérfido y traidor... Los restos de Bolívar

han sido roídos por publicistas americanos. ¡ Sá-tiros de profesión ! ¡ Zoilos letrados !

En todo eso pensaba, por la ley del contraste, cuando pasé ha poco tiempo por delante de la tumba de Gambetta en París. Está allí, en piedra, en actitud de perorar al pueblo en nombre de la Libertad, ante el invasor extranjero. Todos los años el pueblo francés hace peregrinaciones patrióticas á la casa de ese grande hombre, á Ville d'Avray. En Ville d'Avray se le ha erigido otro monumento, con piedras arrancadas de la Alsacia y de la Lorena; le rodean las almas de Metz y Estrasburgo; y su figura se yergue, reclinada en el altar de la patria, le custodian á sus costados las efigies de la Alsacia y la Lorena, que dejan caer sobre él una mirada eterna y melancólica...

¡ Decidme, por Dios ! ¿ no es ese el retrato de la Francia ? ¿ No encierra esa estatua el alma de esa gran nación ? Pero es que hace eso, porque es grande, y es grande, porque hace eso... Si esa piedra sagrada hablara, gritaría : *¡ la gloria de un francés, es la gloria de la Francia. !* Un país que premia á sus servidores, tiene la conciencia del deber, la noción de la dignidad y la predestinación de la grandeza...

Si Gambetta hubiera nacido en una República Americana, sería ignorado, ó habría sido víctima, porque allí el mérito sufre los asaltos

de la envidia, y por lo menos el castigo de la indiferencia ó la conspiración del silencio. Y cuando arranca aplausos á su paso, cuando la imparcialidad arroja flores en su camino, el egoísmo sañudo y celoso, deja caer de sus labios imbéciles, de su cara de cariátide glacial, esta frase sacramental de plomo : ¡ eso es *bombo*, ese es *bombero*! Ah! es que cuando el corazón humano se torna en nido dulce que da cariñosa hospitalidad al microbio de la envidia, ¡ no hay Monsieur Pasteur que valga! — Qué bien dice el italiano :

*« A dispetto dei malini, il sol risplendi,
Qui d'invidia vive, disperato muore. »*

Apenas repetí tan sabio aforismo, cuando el señor López Méndez me recitó, á propósito, los siguientes versos traducidos de Víctor Hugo, por el inspirado bardo venezolano Gutiérrez Coll :

Cuando con tierna voz hablas de « gloria »,
Ya ves, como sonrío tristemente,
Si es para ti verdad tan dulce historia,
Para mí, bien alcanzo que ella miente.

Pasa pronto la gloria aquí en la vida;
Afanosa la envidia la derrumba,
La envidia sin piedad que sólo olvida
¡ Al mirarnos dormidos en la tumba !

IV

Tras esos versos nos vinieron reflexiones en tropel que pasaban menos por la cabeza que por el corazón. Entonces mi hábil é ilustrado interlocutor, me refirió el siguiente episodio interesante y conmovedor, en el que, si la forma es mía, suyo es el fondo; suyo el pincel y mío el colorido :

La escena pasaba en París. Las corrientes humanas afluían por el bulevar Montmartre al teatro de « Variétés ». En los carteles rojos de la puerta del teatro, se leía en grandes caracteres negros : *Une première*. Ello en jerga parisiense significa que es el estreno de una artista ó de una pieza. El teatro estaba colmado de gente. Prorrumpió la orquesta, y como la música se prolongase, el público, impacientado, murmuró, pidiendo que comenzara el espectáculo. Al bullicio siguió la calma momentánea; pero, aquel murmullo se tornó en estruendo. La ansiedad del público brillaba en todos los ojos y vibraba en la atmósfera. La música calló. En medio de un silencio profundo, el telón onduló ligeramente, y se sintió en todos los espectadores un movimiento, así como de es-

tremecimiento, como una masa humana movida por un solo resorte. Un rumor vago y febril cundió en la sala. Esa situación de un mundo suspenso se prolongó algo. El público volvió á estallar : era una epidemia nerviosa, y cuando todos latían con un solo corazón, cuando todas las miradas se clavaron en el telón, el telón hizo un nuevo oleaje, y se levantó por fin.

Era la *première* de una hermosa artista, que estaba en la flor de la juventud y de la belleza. Todos con el alma en los ojos, la contemplaban con vívida ansiedad. Su cabeza coronada de perlas, se erguía sobre un escote ebúrneo, sobre un talle de contornos esbeltos y puros. Su caballera cubría su frente á manera de cortinas de seda de metálicos reflejos, como dos alas crespas y oscuras sobre un fondo de armiño. Sus ojos, estrellas de azabache, brillaban con resplandores trágicos. Sus brazos albísimos y voluptuosamente turgentes, tenían los codos hoyuelados y terminaban en puños finos é infantiles, y las manos nacaradas, diminutas, cruzadas de redes azules, como una carta geográfica, manos de Vestal griega, parecían hechas sólo para sostener el cirio encendido del templo delante de una Divinidad. Su voz derramaba torrentes de notas aperladas, lo mismo que si un ruseñor invisible se hubiese posado

en la granada entreabierto de sus labios. Avanzó cantando, á paso altivo, y las luces del tramo de la escena estrellaron sus reflejos sobre su seno levantado como la coraza de ópalo de guerrera mitológica.

Pero la tiranía del silencio se prolongaba. Ni un solo aplauso. ¡ Una artista en esos momentos, es una heroína ! Las tablas del teatro pueden ser, su trono ó su cadalso : ¡ reina ó víctima ! Su voz languideció de angustia, sus manos se movían más lentamente, á la manera de las hojas de una camelia desfallecida. ¡ Pobre mujer ! Rifaba la felicidad, la esperanza, el porvenir, la síntesis de sus ilusiones, la gloria ¡ y acaso la vida ! En tanto, el silencio del público era natural, porque los públicos ilustrados estudian y observan antes de pronunciar el veredicto artístico y solemne. Entretanto, aquellas notas que caían como perlas trémulas sobre el cristal, revelaban que la heroína de esa noche, tenía en tal momento la muerte en el alma... Los espectadores se agitaron, los semblantes encendidos, las manos crispadas, devorando á la artista con la mirada.

De diferentes puntos y al propio tiempo, ¡ maravilla del espiritismo ! exacerbado, de la inteligencia del corazón, se desprendió de la platea, este grito redentor de aliento y de esperanza :

— ¡ *Courage !... ¡ Courage !...*

Al son de ese grito generoso y noble, que cayó sobre las tablas cual lluvia divina derramada del cielo, parecía que una linfa luminosa alumbró interiormente á la artista, transparentándose en su rostro. ¿No habéis visto nunca recobrar su resplandor eléctrico á una lámpara de porcelana sonrosada?

¡ Courage ! ¡ Courage ! repitieron otros, y la diva encantadora recobró bríos, estallaron truenos de aplauso general. Y aquel célico ruiñeñor lanzó un torrente de notas aladas y rítmicas. ¡ Qué notas tan cristalinas y aterciope-ladas !

Entusiasmo delirante, aplausos locos, lluvia de guirnaldas, ramilletes de flores y joyas de oro, caracterizaban esa fiesta del espíritu, esa consagración del talento artístico.

La escena estaba en todo el teatro. ¡ Todos eran actores en ese drama feliz !

La heroína, coronada de arrebol de gloria, era acariciada por la mirada del público y las brisas balsámicas de la alegría y del triunfo. Y el soplo de esas brisas parecía agitar no sólo su corazón, sino también los pliegues azules y las flores plateadas de su vestido de muselina de la India.

Las Hadas la bautizaron esa noche con el perfume de la felicidad y de la gloria, y un grito de generosidad, inteligente, le puso sobre

su cabeza la corona de la sanción del triunfo.

Terminado el espectáculo, partían de la puerta del teatro, á la claridad de la luna, carruajes colmados de flores y joyas heráldicas.

La pobre *bourgeoise* pasó á la aristocracia artística de París. Fué de entonces el encanto de ese mundo lleno de encantos, — la Princesa de las tablas, la favorita de la prensa. Su garganta de plata, se convirtió en mina de oro. ¡Era una desgraciada feliz!

¡Cuán grandes serán las Repúblicas americanas, el día en que, lejos de oprimir con la indiferencia ó la emulación á las inteligencias que se levantan, les digan: ¡*Courage!* ¡*Courage!*

Lima, 1885.

« PÁGINAS LIBRES »

Por Manuel Gonzáles Prada.

DESPUÉS de los desastres sufridos en la guerra del Pacífico, todas las sombras de Rembrandt se acumularon sobre el Perú. Fué el cuadro más obscuro desde su independencia. Renuncio á pintarlo, porque es muy conocido. Empero, resurge de sus cenizas como un inmenso Fénix. ¿Por qué? ¿Será Dios el autor de ese renacimiento? ¿Serán las manos rudas del pueblo? ¿Será la fuerza espontánea de su rica naturaleza?

Dios dicta leyes, pero no las aplica. El pueblo sin dirección, es una masa inerte que sólo vibra á impulsos de inteligencias superiores. La naturaleza es una masa estéril cuando no hay quien fecunde sus entrañas, y por eso hay pueblos que duermen famélicos sobre lechos de plata.

¿Dónde está la causa de esa reviviscencia?

En el núcleo intelectual que se formó como última reserva, — núcleo que es en el cerebro de los pueblos, lo que el genio en el cráneo de los hombres, — y que me permitiré llamar « la suprema potencia colectiva ». Los hombres de ese núcleo son vencedores, como los soldados y políticos fueron vencidos. Tras las espadas rotas de los milites que prodigaron con infortunio la sangre de sus venas, avanzaron compactos los talentos, manejando plumas enteras, derrochando esa tinta, que es la sangre de sus ideas.

Hacendistas, letrados, literatos y pensadores, acudieron á la reedificación y aumentaron la producción de las aduanas y la producción de las ideas, — vigorizando al propio tiempo el nervio y el pensamiento de la nación.

No exclamaron como el mimado de las Musas : *Hôte á qui peut chanter pendant que Rome brûle !* ; Vergüenza á quien puede cantar mientras se quema Roma ! Porque no siempre Roma arde... Hay intervalos de incendio en que se echan de menos las claridades de la idea... ¡ Hemos visto á guerreros que, como los héroes de las antiguas leyendas escandinavas, como los paisanos suizos á la orilla de sus lagos, caen, sonríen y mueren !... Tras los que así cayeron, se levantaron los hombres de cerebros superiores, y por eso después de haber surcado el Perú

el Cabo de Hornos teñido de sangre, echa anclas en el Cabo de la Buena Esperanza...

La juventud, sobre todo, ha hecho grande papel en esa grande evolución. El país comprendió que los hombres caducos, con sus miradas turbias, sus cerebros trasnochados, sus corazones tan arrugados como sus frentes, sus piernas tan vacilantes como sus iniciativas, no eran aptos á la impulsión vigorosa del progreso, porque su inteligencia tiene los movimientos morosos de la tortuga, porque son cuños viejos que sólo pueden sellar moneda feble.

Y, sobre todo, porque impulsan hacia atrás, « como las antiguas estatuas que servían para guiar á los viajeros, y hoy mismo desde hace miles de años continúan señalando con el dedo inmóvil caminos que ya no existen »...

Entre los progresistas ha sobresalido González Prada. « Los hombres de genio, dice él, son cordilleras nevadas; los imitadores no pasan de riachuelos alimentados con los deshielos de la cumbre. » Él es la más alta cordillera nevada del Perú, aunque ocultando en sus entrañas un volcán, y con la frente hacia el porvenir...

No quiere, en efecto, entender nada del pasado retrógrado. Quiere que el Perú emprenda una cruzada contra el espíritu decrepito, una

guerra contra todo lo que sea retroceso en la ciencia, el arte y la literatura. Piensa que no deben fundirse las ideas en moldes gastados; que debe seguirse la evolución contemporánea, para que cada uno viva en la conciencia de su propio siglo. Tiene razón, porque *modernizarse es progresar*.

No quiere que en la prosa reine « la mala tradición, ese « monstruo engendrado por las falsificaciones agridulces de la historia y las caricaturas microscópicas de la novela ». Opina que las ideas deben nacer y vivir en su medio ambiente y no en un oxígeno exótico, porque, « ingerir, dice, en un escrito moderno una frase antigua, equivale á incrustar en la frente de un vivo, el ojo cristalizado de una momia ». Recomienda sobre todo el modernismo á la juventud, porque ella « debe, impaciente, abrirse camino para enarbolar la bandera roja en los desmantelados torreones de la literatura nacional. Ella debe iluminar los senderos del porvenir, y con tal de que sus antorchas iluminen, poco importa si queman la mano que las enciende y las agita ».

Sus *Páginas libres*, más que tales, son « páginas inspiradas ».

Su *Conferencia en el Ateneo de Lima*, sobre las irradiaciones de la literatura universal; su

Discurso en el palacio de la exposición de la misma ciudad, sobre sociología peruana; su *Discurso en el teatro Olimpo*, sobre progresos, proyecciones y esperanzas del *Círculo Literario* de Lima, son páginas arrancadas á Tácito. Han hecho admirar su pluma, aunque yo, más que su pluma de diamante, admiro su alma templada en la fragua del acero dulce.

Confieso con ingenuidad que, en su género, no he visto nada de índole semejante á su oración fúnebre sobre la tumba de su adorado amigo Luis Marques, fundador de *Círculo Literario*, al que tiene la honra de pertenecer el que esto escribe.

¿Llora como Jeremías, se queja como Job, se lamenta como Byron? Ni una lágrima, ni un lamento cobarde. Abarca con estoicismo frío como los nichos fúnebres, los dos extremos de la humana existencia. Se inclina sobre ese cadáver para dudar, como Hamlet. Parece que en ese momento van á cantar los sepultureros y rodar en el suelo el cráneo de un nuevo Yorick, como en el cementerio de Dinamarca...

« Los hombres de hoy, exclama, no sabemos, no queremos llorar; cuando las lágrimas pugnan por subir á los ojos, hacemos un supremo esfuerzo para retenerlas en lo más íntimo del corazón... » Se afronta, como Hamlet, á la

muerte, y como Hamlet, la apostrofa con altivez. Su despedida final del amigo, es el adiós del filósofo. — « Tú sabes ya, le dice, si la Naturaleza es amiga bondadosa que nos acoge en su seno, ó madre sin entrañas que guarda sólo para sí la salud, la juventud y la eternidad... »

Su artículo *Grau*, con ser hermoso, es inferior al héroe y al talento de su autor. Valiente siempre, increpa á su patria los errores cometidos en términos que estremecen; reseña después las proezas del Huáscar y los rasgos biográficos del marino peruano. Piensa que en lucha tan desigual, su destino era morir, — y que cumplió su misión. Para salvar la honra nacional, todos debían desear... ¿qué...? ¡que muriera!

Su *Discurso en el Politeama* con ocasión de que los niños hacían recolección patriótica de dinero, es digno de González Prada. Su corazón tiene llagas; su alma está agriada con las adversidades de la patria. « La fiesta que presenciamos, dice, tiene mucho de patriotismo y algo de ironía : el niño quiere rescatar con el oro, lo que el hombre no supo defender con el hierro. Los viejos debían temblar ante los niños. » Increpa á su patria por sus faltas en la guerra, con la solemnidad con que llegaban desde

el destierro á la República florentina los acantos patéticos del Homero italiano, del gran poeta proscrito por los gibelinos, cuando vagaba como una sombra por el Tirol, — el Dante.

Su corazón chorrea hiel y odio contra el enemigo de su patria. No escribe, se ve, por el placer de escribir, sino para lanzar al Perú anatemas que cautericen sus heridas, porque su patria y su alma están igualmente desgarradas, porque la desgracia del Perú fué su desgracia suprema; lo sacude, desesperado, para despertarlo de su letargo cataléptico; le da al oído gritos de alarma que conmueven sus entrañas; le señala con robusto brazo el camino de su rehabilitación, con amargos dolores, con santas esperanzas, pero sin lágrimas histéricas...

Las reflexiones anteriores comentan bien su artículo *Perú y Chile*. Para dar de él cabal idea, tendría que reproducirlo íntegramente, pues cada frase es un monumento.

« *El 15 de julio* ». En esa fecha fueron enterrados los restos de dos grandes héroes : Bolognosi y Grau. Siempre superior á toda situación, propendiendo que cada acontecimiento sea una página de luz en el libro de la experiencia, exclama : « Nos haríamos dignos de Bolognosi y Grau, si en vez de limitarnos á enterrar montones de polvo y huesos, sepultáramos hoy to-

das nuestras miserias y todos nuestros vicios...»
« Cuando *el 2 de Mayo* conducíamos los cadáveres de nuestros guerreros, destrozados por las bombas españolas, no parecíamos una muchedumbre de sombras escoltando una caravana de ataúdes... Estos muertos, si nos honran y nos vindican, también nos acusan... No olvidemos que las Repúblicas regidas por el espíritu de *vagas teorías*, son como mujeres jóvenes y ardorosas, condenadas á las estériles caricias de un viejo impotente...

» Abramos los ojos, si no queremos que la generación naciente sea mañana lo que nosotros somos hoy : enterradores de muertos y lamentadores de infortunios... Hoy celebramos una ceremonia provisional. Los funerales de Atila fueron batallas sangrientas... »

« Francisco de Paula González Vigil ». Consagra interesantes y dilatadas páginas á la memoria de este sabio peruano.

Ocúpase en seguida de la instrucción laica, dándole la preferencia.

Con el título de *Propaganda y ataque*, estudia la idiosincrasia atávica de su país, lo induce á la lucha franca de las ideas; al progreso léxico; á la pulverización de lo que él llama « los ídolos de la rutina »; á curar « la con-

gestión de las palabras y la anemia de ideas »; á arrojar lejos á los que hablan como Sancho Panza, con idiotismos, dicharachos y refranes, ó á lo Don Quijote, en clausulones altisonantes y enrevesados... »

Viene seguidamente la biografía de Víctor Hugo, con motivo de su muerte, los rasgos principales de su vida y el inventario estimativo de sus obras; traza su paralelismo antitético con otros genios; delinea su influencia social en el orbe; deifica su magnificencia literaria, y opina que la sucesión de los siglos agrandará su figura ante los ojos de la posteridad; que su muerte fué una simple transfiguración, y que su catafalco es el Arco de Triunfo. Á decir verdad, este ensayo concerniente al héroe de « La Leyenda de los Siglos », revela erudición, pero no está á la altura del autor como vuelo é impregnación literaria; no brilla ninguno de los bólidos que pasan quemando y alumbrando el horizonte casi siempre sombrío de su libro. Si en gracia de otras obras ha podido pontificar en el templo de la gloria, la que se refiere á Hugo, sólo le da derecho para sentarse en el atrio de ese templo.

Después de Hugo, tócale el turno á Renán. Librepensador, atraviesa, entonando la Mar-

sellesa de la libertad absoluta del pensamiento, con la bandera roja sobre el pecho; atraviesa la brecha abierta por Renán en las tradiciones extranaturales, y opina que mientras sus adversarios atacaban á Renán, él era un térmita infatigable y silencioso que seguía carcomiendo el madero del Calvario.

No lo carcome, empero, tanto que digamos, porque todo el que haya leído la *Vida de Jesús*, notará que mientras Renán niega la Divinidad del Nazareno, las piernas le flaquean ante esa Divinidad, al punto de que combate á la cruz, y se postra ante ella... Envuelta en el almíbar de su incomparable estilo, da á beber, es verdad, la ponzoña de su incredulidad en la choza pajiza del campesino y en el palacio de mármol del magnate. Cierto que, al leerlo, la conciencia se torna en un campo de batalla en el que la «incredulidad» y la «fe» se disputan su imperio. Pero, ¿cómo no ver que mientras Renán sacude con nerviosa mano el árbol de la Redención, salpican sobre su frente y paralizan los resortes de su conciencia, las gotas de sangre que caen del Mártir Divino que en él está pendiente?...

« Si Jesús no fué Dios, merecía serlo », dice Renán. ¡ Ah ! ¡ no puede merecer la omnipotencia sino el que la tiene !... ¡ No es digno de ser Dios, sino el que lo es !...

À esas confesiones del vencido, llama González Prada « causar á la fe el mismo daño que puñal escondido en ramo de flores, ó veneno en copa de oro ».

El mismo Renán se quejaba en su decrepitud « de haberse dedicado á investigaciones que nunca lograrían imponerse ». El mismo González Prada dice que « Renán costeó el continente científico á manera de un Américo Vespucio, pero no penetró en él como Hernán Cortés ». He ahí justamente por qué no merece Renán inducir á Haine á que éste coloque á Jesús entre los *Dioses desterrados*.

« *Valera* » es el título y tema del capítulo siguiente. Elogia algunas de sus obras, sobre todo, su traducción de von Shack, pero critica con acrimonia otras y especialmente sus éxtasis y meticulosidades místicas.

Tras de Valera viene Castelar. Político, lo pinta como la veleta batida por el viento; orador, como torrente estruendoso de cascabeles huecos; escritor, como « magnífica y abigarrada procesión de pensamientos desordenados y rapsódicos »; personaje político, como un coloso, pero coloso con pies de arcilla...

« *Los fragmentos de Luzbel* » le dan tema para

juzgar las obras de Núñez de Arce. Se revela en este trabajo, filósofo, erudito, crítico de la alta escuela. Modernista consumado en la forma, da á los clásicos *ad prodandum* las supremacía en el fondo, y reconoce que hay y debe haber en la literatura moderna tanta impregnación de ciencia como de arte. Opina que la pluma va más allá que el mármol y la tela, que la palabra supera á los cuadros y las estatuas, porque las artes plásticas representan un momento dado, mientras que la poesía abarca *ese momento* y su continuación... « Un cuadro, dice, es como una fotografía instantánea; una estatua, es una escena petrificada; un poema, el desenvolvimiento sucesivo de figuras en diferentes posiciones y bajo diversa luz », aunque otorga ciertas ventajas innegables á la plasticidad sobre la idea.

Al propio tiempo que se espacia en luminosas teorías, hace el examen analítico de las producciones de Núñez de Arce, emitiendo conceptos que le son adversos, criticando ripios y señalando errores. Piensa que sus personajes, generalmente, se tornan diminutos ante la inmensidad del escenario, y que en « el Idilio » acontece lo contrario : la talla de los personajes domina el paisaje « en ese poema tan único en la literatura española, que para citar algo parecido se necesita recurrir al *Hermann y Doro-*

tea de Goethe ó á la *Evangelina* de Longfellow. »

El autor hace seguidamente « *Notas acerca del idioma* ». Ensalza la claridad *accesible* como condición suprema del talento. « *Los inaccesibles*, dice, disimulan el vacío del fondo con la tenebrosidad de la forma. Tienen la profundidad del pozo que no da agua ». Los franceses profesan que « lo claro es francés », que lo obscuro « no es humano ni divino ». Los griegos tenían igual teoría y por eso son maestros en *la transferencia*. -- « En el buen decir, como en los bellos edificios, agrega, hay amplia luz y vastas comunicaciones, no intrincados laberintos, ni lóbregos y angostos vericuetos ». Se extiende sobre este tema con criterio magistral y peritísimo.

Según su opinión, el idioma, ese instrumento de oro del pensamiento humano, tiene que progresar como todos los instrumentos que fabrican todas las cosas. Á ideas, nociones y cosas nuevas, palabras nuevas. El neologismo es la ley del progreso. Huye, empero, de la exageración. Anatematiza á los anticuarios, semejantes á ropavejeros que revisten á hombres jóvenes y gallardos con indumentarias apolilladas y raídas, como á los que so color de *decadentismo* « torturan los vocablos nuevos para sacarles una agudeza, como el loco que se agujereaba el cráneo para extraerse la paloma del Espíritu Santo ». Aquéllos « se apegan á lo re-

trógrado y viejo, como el sable oxidado se adhiere á la vaina »; y éstos se esconden en la obscuridad, « porque no saben amalgamar la frescura del lenguaje con la substancia medular del pensamiento ».

Unos y otros, en efecto, son cómicos que en la escena literaria se atavían con coronas de cropel y cetros de leño dorado para arrellenarse en un trono de cartón pintarrajeado, henchidos de conquistar la gloria de una noche y hacer tronar el aplauso de los estultos...

Consagra seguidamente páginas bellísimas á la « *Revolución francesa* ». Preferiría reproducirlas íntegras, porque el fragmentarlas, aun á título de comentario, me sería doloroso. Disculpa los errores de ese acontecimiento magno, y atribuye á esa efeméride la maternidad del progreso moderno y de la propensión universal á la libertad.

« *La muerte y la vida* » es la última tesis del último capítulo. Hay tanta profundidad en su filosofía sobre el principio y el término de la existencia, que se siente el vértigo del abismo, del abismo del misterio. Parece que la filosofía delante del autor, es una esfinge que aún no ha abierto los labios y nada ha dicho tampoco durante la sucesión de generaciones y siglos,

sobre todo en lo que atañe á la existencia de Dios y la inmortalidad del alma. Sin embargo, se iergue aquél en la tiniebla; y, superior á la vida, «el recién nacido, dice, es masa de carne que dormita con ojos abiertos como si no hubiera concluído de sacudir la somnolencia de la nada... » Superior á la muerte, sale á su encuentro y fija los ojos en el espectro hambriento, lleno del sentimiento del infinito. Como dominado por astros apagados, como pisando flores marchitas y alas rotas, presta el oído á la eternidad, y, ¡nada!... ¡nada!... ¡nada!... Los que se fueron son mudos... Los que se fueron son sordos... Aves que vuelan para no volver; vencidos de la última derrota; sibilas amortajadas; viven incubando un misterio...

Toca con mano ruda las puertas de las sepulturas para apostrofar á los muertos, y se retira sin respuesta, altivo y mustio, diciéndose, al parecer, como el pensador italiano : « Si la vida es un mal, ¿por qué Dios nos la ha dado?... Si la vida es un bien, ¿por qué Dios nos la quita?... »

Se aleja, por fin, sin terror y sin repugnancia de esos domicilios fúnebres, afirmando que pasará el miedo, cuando á las tumbas — calabozos que encierran una noche perpetua — reemplacen las cremaciones. Quizá. La cremación es la luz. Los persas colocaban á los muer-

tos sobre los mausoleos; en el Canadá, los colgaban de las ramas de los árboles; los egipcios amontonaban en sus templos poblaciones de momias lujosamente ataviadas, en actitudes que no revelan el espíritu de la vida, pero sí el alma de la muerte. Los etruscos, los celtas y los antiguos galos, encendían fogatas sobre las piedras tumulares. Nosotros no les dejamos más que las ráfagas de luz, glaciales y lívidas, que se irradian del fondo de los nichos, como los reflejos lejanos del otro mundo...

Distínguese á primera vista en *Páginas libres*, que el autor suele extremar la acerbidad; que sopa su pluma en veneno y sarcasmo para herir; que tiene embestidas, rugidos y carcajadas de Mefistófeles, precisamente cuando se esperarían sólo lágrimas y dolor. Pero no se puede juzgar á un escritor alejándole del espíritu de su época, como no se puede contemplar un cuadro arrancándolo de su marco y substrayéndolo de la luz. Es preciso no olvidar que González Prada escribía cuando su patria amada se revolcaba en la sangre y en la desesperación; cuando, allí, las *pasiones, conquistadoras*, se paseaban lamiéndose las garras ensangrentadas, como las hienas en medio de las malezas, los escombros y los sepulcros abandonados...

No terminaré este trabajo relativo á González

Prada, sin indicar sus semblanzas con Rabelais. Ambos exteriorizaron su talento á la edad de cincuenta años; son parecidos en el vigor del fondo y la novedad de la forma innovadora; los dos dan vuelta desdeñosa al pasado, y se afrontan al porvenir, y se sumergen en él para arrancarle la luz que ilumina sus respectivos caminos. Surgieron en una época de Renacimiento de sus patrias, desempeñaron papel semejante en la historia de la literatura de Francia el uno, del Perú el otro. Hubo un instante en que, en cada uno de estos países, tenían las gentes puestos los ojos sobre estos dos hombres. *Gargantúa* es á la literatura francesa, lo que *Páginas libres* á la literatura peruana. Enemigos ambos de la « tradición », estéticos de la aurora, podría cada uno decir de su libro, lo que Montesquieu del suyo : « es un hijo sin madre... »

Lima, 1885.



« LOS TRES DIAMANTES »

Tres poemas de Leopoldo Díaz

TRES poemas en un volumen de lujosa edición, han visto la luz pública : *Islas de oro*, *La leyenda blanca*, y *Belphegor*, tres diamantes en un engaste de oro de altos quilates.

No me propongo examinar larga y analíticamente su valor intrínseco, sus aristas nítidas, sus aguas puras, sus resplandores policromos, pues dejo esa tarea á los joyeros del arte, vale decir, á escritores menos humildes que yo, por lo mismo que merecen brillar en una diadema imperial, por lo mismo que son fabricación de lujosa joyería y no pedrería falsa de bazar alemán.

Esbozar al vuelo rápido de la pluma, las impresiones que ese libro me ha producido y las reflexiones que su lectura me sugirió, es todo lo que me propongo, sin entrar en juicios críticos de la obra, ni en estudios biográficos de su autor.

Desde luego, lanzar un libro de versos á la faz de este hemisferio metalizado, es algo heroico que revela, por lo menos, la vocación del arte y la conciencia de las propias fuerzas, porque, indudablemente, es curiosa y triste al propio tiempo, la vitalidad de la civilización moderna en nuestra América hispana, preocupada sólo de los precios del trigo de Australia, de la cotización de las lanas en Amberes, del vino de Mendoza, del azúcar de Tucumán, del servicio de la deuda pública, de los vaivenes bursátiles, del agio del oro, del intercambio comercial. El vértigo del tiempo, la neurósis mercantil, la vorágine de los negocios, monopolizan toda la atención pública, matan la idea y lapidan el corazón... Nada significa un artista ó un literato de menos en la humanidad, ni un libro de más en la bibliografía.

Aquel libro, que es un rayo de civilización para un país, un laurel para su autor, pasa, rápidamente, después de unos cuantos sueltos de gacetilla, al cementerio, no de la ciudad — que sería menos mal — sino al cementerio del olvido. ¡Qué importa que haya consumido la flor de una existencia! ¡sus más hermosos días! ¡Qué importa que sea la más perfumada emanación del talento! ¡Qué importa que sea un bloque de mármol para el edificio sagrado!

Aquel artista ó aquel literato, recibe el balazo invisible de la muerte, da un quejido, y, lívido, con la mano en la herida, se va; sí, se va, para ya no volver... Sus últimos y trémulos adioses, se han apagado en los estruendos de las multitudes bursátiles. Unas tarjetas enlutadas que pocos leen; una pompa fúnebre que nadie mira; una banal guirnalda necrológica que se marchita en seguida, y, otra vez... ¡el cementerio del olvido!

Ayer, lleno de vida, de lozanía, de gracia, de verbo, de fuego, de ilusiones, de esperanzas y de amor, y hoy, tendido para siempre sobre un lecho de piedra bendita... ¡pero, olvidada! ¡Qué importa que cada minuto de su existencia intelectual, represente para la patria un siglo de gloria! ¡Qué importa que ese Tántalo convirtiera en oro todo lo que tocaba la punta de su pincel ó de su pluma! ¡Se ahogaron para siempre en la algazara de las muchedumbres, los quejidos de su agonía!

Y no se diga que en Europa pasa lo mismo. Sería una blasfemia. Allí dominan la sociedad, los millonarios de la inteligencia y no los millonarios del bolsillo. Éstos forman la escolta de aquéllos. El oro sirve para arrojarlo á sus pies: todos lo invierten en comprar sus obras. Todos les acuerdan el puesto de honor, y no

hay un solo endinerao que piense siquiera en disputarles ese puesto.

Por eso brillan tantas constelaciones intelectuales; por eso, París, sólo París, inunda el mundo todos los días con las obras maestras de la ciencia, del arte y de las letras; por eso el estímulo devora algunas existencias, en la mitad del camino, con su fiebre divina...

No, en Europa no pasa lo mismo. Hemos visto lo que acaba de acontecer en la fiesta más esplendorosa de la metrópoli del mundo, con motivo de la recepción del Tsar de Rusia. Los balcones, cubiertos de banderas, vomitaban diluvios de flores sobre esas cabezas coronadas; tronaban los cañones; el pueblo hervía de entusiasmo y sollozaba de patriotismo; el mundo oficial, recamado de oro, formaba en el cortejo; doscientos mil infantes evolucionaban al son de la Marsellesa; veinte mil caballeros *les sabres au clair*, hacían temblar con sus cargas el suelo de Chalons; pero los *endineraos* se confundían en las calles en los aluviones turbios del populacho, y los talentos — artistas y literatos — formaban la vanguardia de una nación entera. Los artistas presentaban sus cuadros y los poetas recitaban sus versos delante de los Emperadores. Esas cabezas coronadas de oro, se inclinaban reverentes ante esas frentes enguirnaldadas de mirtos y cen-

tellas. José María Heredia decía al Emperador : « los poetas tenemos el derecho de tutear á los Reyes » : « *Car les poètes seuls peuvent tutoyer les rois !* » Y después de pedir permiso al Monarca ruso, besó la mano Real de la Tsarina. La Tsarina le extendió la mano, y sonrió de fruición y de orgullo...

Consuela el corazón y alienta la esperanza en el buen sentido de la humanidad, el ver que esos grandes magnates, van atrás, y las palmas académicas, adelante, aun en las fiestas esencialmente políticas. Á la verdad, que es enorgullecedor y risueño para la civilización, el que los letrados del palacio *Mazarín*, fueran á la vanguardia de los prohombres de los palacios del *Eliseo* y del *Quai d'Orsay*.

Estas reverencias á la inteligencia, á Dios gracias, son de todos los tiempos. Cuando el Ticiano, al retratar á Carlos V, dejó caer su pincel, aquella Majestad coronada, se inclinó hasta el suelo para recogerlo, y se lo devolvió al artista diciéndole : « El Rey tiene el orgullo de recoger este pincel, porque con él váis á immortalizarme. »

Convengamos; en Europa no pasa lo que aquí. Ahí tenéis la última victoria gloriosa, la Odisea reciente del « desnudo » antiguo en el último cuadro de Puvis de Chavannes, el célebre autor de *Marsellesa*, *Bosque sagrado*, *Santa*

Genoveva, La inspiración cristiana, La visión antigua, etc., etc. Me refiero al grupo de las « vírgenes caldeas » contemplando el curso de los astros, cubiertas sólo con gasas tan diáfanas como aires tejidos que caprichosos ondean — esas figuras, que apenas pisan la tierra, para tomar impulsos de vuelo hacia el cielo, — con miradas misteriosas y escudriñadoras de los arcanos del porvenir y del firmamento. ¡ Poema de las revelaciones supremas, atrayente como el abismo que esconde el secreto de la inmortalidad ! ¡ Conquista de un astro ideal ! Descubrimiento del alma... Del alma de la *Helena* invisible, que es el aliento de todos los siglos, y que surgió, cual bruma de plata, de entre los cerros áridos y azules de Grecia, así como surgió *Lucía de Lamermour* de entre las montañas soñolientas de Escocia.

La prensa francesa ha colmado esa obra de aplausos. Armand Silvestre ha hecho su apología. El gobierno de Francia acaba de pagar por ella *medio millón de francos*, para nacionalizarla en el Louvre. M. Félix Faure, en un banquete que ofreció á los artistas, colocó á su autor frente á él, en el puesto de honor. ¡ El poder y el talento *vis-á-vis* en el festín de la gloria !

Así se estimula allí *el arte*, mientras entre nosotros se obstruyen con la indiferencia y la

crítica, sus prístinos pasos infantiles... Se desgarró con mano impía el velo de la cuna de ese expósito infortunado, de ese nuevo *Child-Harold* que peregrina en la América.

Y cuando así las cosas, pone sobre ellas un espíritu superior y cultísimo, puente de flores para que sobre ese puente pasen triunfantes el espíritu del Arte, la embriaguez de la luz, el amor de lo bello, la pasión del ideal, la religión de la idea, la inspiración del poeta, es justo el aplauso, y es merecido, porque cuando, á pesar de todo, no desfallece, ese espíritu revela la energía de la convicción y la virtud de la constancia. Y en casos tan adversos, nunca fué más cierto el dicho de Buffón de que : *la constancia es la mitad del Genio*.

¿Y quién es ese espíritu fino? Leopoldo Díaz, en cuyas obras hay muchos reflejos del autor : sencillo y neto en su lenguaje, transparente en su estilo oral, correcto en sus formas, delicado en sus maneras, elegante en su traje. Bello rostro aquilino encuadrado en barba negra tallada á lo Francisco I; ojos vivaces; modalidad nerviosa; dulce expresión. Parece plantado para siempre y con amor, en los veinticinco años. Arbusto que nunca se convierte en árbol; follaje vestido de flores, Primavera sin otoño.

No conozco su biblioteca, pero sospecho que

entre sus libros hay hojas marchitas, flores secas, billetes azules, rizos dorados, cintas ajadas, reliquias del recuerdo, restos de ilusión, perfumes del pasado, y quién sabe si algunos diamantes trémulos, desprendidos de soñadores ojos...

En la « *Isla de la fortuna* » van naves aventureras, en pos del vellocino, y á su entrada, vela un dragón. Allá, una torre azul que esconde el tesoro, cubierta de una orgía de piedras preciosas, cuyo resplandor contemplan las sirenas como un incendio sobre el mar... Llena está la torre encantada de flores raras, de vagos perfumes, de músicas suaves, rodeada de estanques violáceos, de nieblas blancas como legiones de cisnes. Los que allí fueron, sedientos de ambición, ávidos de riqueza, guiados por « la aguja trémula de la ilusión », oyen este cántico triste de las sirenas sobre un florido peñón :

— « ¡ Ay! de la nave, en la bruma — Que va cortando la espuma — Como flecha de cristal; — ¡ Ay! de los nautas audaces — en los dominios fugaces — ¡ de la quimera inmortal! »

Á la « *Isla de la gloria* » se dirigen unas sombras humanas, por entre escollos, en pos de un laurel, de la palma del triunfo, como quien va á la región eterna. ¿ Quiénes son? ¿ Poetas, artistas, soñadores ó sacerdotes de la Idea? —

« Visionarios de intensa mirada, de labios febriles y de frente pálida ». ¿Quiénes son? « Soñadores... que vibran al roce gentil de lo bello — como eólias arpas — al beso invisible de celestes ráfagas ». — Músicas celestes los reciben en esa patria isleña de las Hadas, los amores y los ensueños — tierra dulce que duerme á la sombra dulce de los laureles. Pero, ¡ ay Dios ! ¡ Pobres visionarios !

« Vestidos con albas — túnicas de nieve — huyen sus falaces quimeras forjadas — en horas de fiebre — dejando en sus almas — heridas por siempre — el absinto negro de los desencantos — y el Hastío, hermano del Odio y la Muerte. »

« *La leyenda blanca* » es la Reina de las Leyendas de Díaz. Reina blanca como los hielos árticos. Tiene alcázares de marfil, tormentas que rugen, osos blancos, jinetes de las nubes, aullidos extraños, auroras boreales, escombros gigantes, fosfóricos relámpagos, pedazos de nieblas fugitivas, montañas desprendidas cual bajeles náufragos, como que el polo Norte es la *mise en scène* de ese romance. Invoca á todos los elementos de esa naturaleza salvaje, y así termina su invocación : « La leyenda taciturna referidme — la leyenda taciturna de los hielos. » — Allí se alza un palacio flotante y siniestro, donde, en medio de un silencio mor-

tal, se iergue un Monarca sombrío de pieles blancas y de blancas barbas, coronado por una víbora de acero.

La Princesa de ese alcázar, pálida como el lirio, tiene pupilas de ágata, paso de vestal, y parece hecha « con el ala de todos los cisnes, — con el alma de todos los besos »... « Ama, y sueña con un Príncipe lejano ». Ella, á su vez, es una visión polar, la imagen triste de todos los ensueños y de todos los amores. — Pasa coronada de nenúfares por la selva encantada, esa Princesa Yolanda, pulsando el arpa. En lo alto del palacio, sueña con el Príncipe adorado que habita y reina en la región de los ensueños, en los últimos confines del piélago, cuyos habitantes son hijos de la bruma... Los guerreros en la batalla fulguran sus espadas, y caen como espigas doradas en el surco... La Princesa, entretanto, ve llegar al Regio amante en rapidísimo trineo, que, como un cisne, se desliza sobre los témpanos helados. Ella adereza de algas marinas su cabeza, y él se arroja á sus pies.

En el palacio iluminado se oyen músicas extrañas, — es la noche de las bodas. Él se iergue como un ídolo en su trono, y su cetro es la lámina de una resplandeciente espada. Ella, « luce fúlgida diadema — que sobre un áspid de acero, cierra una sola esmeralda ».

¡ No todo es dicha ! El oso blanco del polo, tiembla y gime, sus ojos brotan llamas fosfóricas y lágrimas hirvientes, y da roncros bramidos, afilando sus zarpas en las rocas... ¡ Otelos blanco del polo ártico ! ¡ Concibe la venganza !... en la muerte de su Desdémona; hunde por doquier sus garras; sus furias son las « de un demonio encadenado — en el fondo del infierno !... » Entre ásperos crugidos, voces trémulas, y gritos trágicos, el palacio se derrumba... El oso tendido sobre el tímpano está « amargando el mar salobre con el nitro de sus lágrimas... » Por fin, el alma de las nieves sube al espacio, y esta alma no es otra que :

« Un gran ángel, con las alas luminosas extendidas ».

« Un gran ángel, todo blanco... todo blanco... todo blanco... »

He ahí la leyenda. Es una especie de derroche lujoso de inspiración oriental, caldeada por el sol de la Arabia siriana, — algo como la inspiración de un poeta en cuyas venas circula la sangre de un sarraceno, que descansa en la soledad bajo la estrella de hojas de la palmera, cuidando la caravana de camellos, cerca de la tienda nómada, junto el oasis, tocado de turbante blanco, vestido de beduino que sueña con las esmeraldas de los ojos de su *Hurí* y que improvisa como un rapsoda del

desierto los cánticos ordenados por el Kalifa.

Llegamos al fin : *Belphegor*. Hay en este poema, extraordinario aticismo; mezcla brumosa del simbolismo rústico de Regnier y de la vaga melancolía de los cantos de *Osiam*.

Sin embargo, debo advertir que no he encontrado justificado el título. «*Delphegor*» fué el ídolo de los Mohabitas y de los Amonitas en la Teogonía siria, ó sea el sol, que lo fué también de los Incas. También en otra tradición, era el espíritu sátiro encarnado en el hombre; algo como el primer ejemplar de *Roberto el Diablo*.

No es, según el argumento, ni lo uno ni lo otro. Es un Belphegor fantástico, es la luz que batalla con la obscuridad, como en el *Excelsior*. No comprendo, por consiguiente, por qué y para qué se localiza el poema en Escandinavia. Ésto me parece lo mismo que atribuir á la zona frígida un bosque de tamarindos, plátanos, algarrobos y dátiles, con sus frutos tropicales y sus follajes inmensos.

Sea de ello lo que fuere, Leopoldo Díaz ha llegado á puerto seguro á fuerza de navegar; ha llegado al *Cabo de Buena Esperanza*, á fuerza de cruzar el *Cabo de Hornos*. Y así navega,

navega, y sigue navegando, en su bajel curul,
de pie, junto al timón, con la bandera de He-
redia, al que imita, flameando en los mástiles,
y entonando á la benigna claridad de las es-
trellas, los cánticos del amor y de la gloria...

Buenos Aires, 1897.



« LA GUERRA TERRESTRE ANTE EL DERECHO INTERNACIONAL »

Bruselas, diciembre de 1910.

*Señor Eduardo Díez de Medina, Profesor de
Derecho Internacional en el Colegio Militar.*

LA PAZ.

I

Muy estimable compatriota y amigo :

Llegó á mis manos su interesante libro cuyo título encabeza estas líneas, así como su carta gentil en la que me pide usted mi opinión á su respecto. Podría excusarme de hacerlo, porque si usted ha hecho ese sólido edificio, el ilustrado doctor José Santos Quinteros, acompaña esa obra de un prólogo magnífico, al que no hay nada que agregar, pues lo ha dicho todo con perfiles tan puros y sencillos, que es como el frontispicio griego de aquel edificio elegante.

No comprendo nada más útil y más práctico, que el enseñar á nuestros jóvenes militares las reglas á que deben sujetarse para hacer la guerra; y en caso de ella, conservar la neutralidad propia y saber respetar la ajena. Nada más importante en una época en la que todos los ciudadanos viven con el fusil al hombro, en la que es fatal y angustiosamente urgente, prepararse á la guerra para asegurar la paz.

¡ Dichoso usted que desde la cátedra de nuestra Escuela Militar puede estar en contacto espiritual con los jóvenes milites, los soldados de la esperanza entregados á la profesión que les enseña á desafiar la muerte, para rendir por la patria la vida! Porque será el plantel de los héroes de mañana, será nuestro San-Cyr, el glorioso hogar militar de Francia, de donde salieron todos los grandes jefes del Gran Ejército de esa gran nación, después de haberlo habitado en fraternal comunión de ideas. Esa Escuela ha dado á la patria, más de treinta mil oficiales, cinco Mariscales, y más de mil doscientos Generales. En todas las batallas, en todas partes en donde estuvo comprometido el honor de la Francia, la sangre de los Sancirianos se derramó sin ahorro.

Esos jóvenes oficiales que han constituido siempre la primavera de la patria, fueron arra-

sados en grandes hecatombes en 1870. Los oficiales inferiores hicieron de soldados rasos. Todos partieron á la campaña, á morir contentos por la patria, como los paisanos de Guillermo Tell á las orillas de sus lagos.

El ejército al que se incorporan, es por ahora diminuto, pero no importa, si nuestros Gobiernos lo hacen grande, á medida que se desarrolla la musculatura económica del país. No importa, si detrás de él, hay un pueblo que se educa, consciente del deber, en cuyo corazón bulle el amor á Bolivia...

Fueron legiones indisciplinadas y heroicas, las que en 1810 lucharon sin tregua durante 15 años y nos dejaron la herencia testamentaria de la libertad... Diminuto, relativamente, fué también el ejército francés antes de la Revolución, de esa nodriza que amamanta en sus senos fecundos los « Derechos del hombre » con la lactancia de la libertad. No obstante, ese ejército llevó por doquier su bandera triunfante, — resistió, vencedor, á las coaliciones armadas de las naciones, dilató las fronteras de la Patria, y la cubrió de gloria...

Cierto es que tuvo á su cabeza el más grande genio de la guerra; cierto es que contó con Generales de primer orden, salidos la mayor parte de entre los muros de aquella escuela del patriotismo, la escuela de San Cyr, Generales de

la talla de Hoche, de Ney, de Kléber, Marceau, Desaix, Massena, Jourdan, Moreau, Lecourbe, La Tour d'Auvergne, y tantos otros. Pero es más cierto todavía, que fué necesario improvisar legiones, para acudir por todas partes, para hacer frente á tantos ejércitos enemigos á la vez. Es que detrás de esas huestes ciegas de amor á su bandera, estaba un gran pueblo, el genio heroico de la Francia, lleno de la intuición del deber, saturado de espíritu militar, con bríos incontrastables, con la fiebre ardiente del patriotismo, desbordante de entusiasmo, de abnegación, capaz de desafiar y de dominar un continente, como en efecto lo hizo.

¿Qué debemos hacer para seguir ese ejemplo? Educar nuestro pueblo; ultimar esfuerzos para instruirlo; encarnarle el amor al orden y el respeto de las instituciones; difundir en todas las escuelas, los colegios, las universidades, nociones militares y ejercicios de tiro. Una hora diaria, consagrada en todas las aulas, no es nada como labor, pero es mucho, es todo, para formar una nación respetable y respetada, capaz de contener toda invasión en las fronteras sagradas, para no perder una sola pulgada de territorio. Esos ejercicios escolares de milicia, sirven de higiene, de disciplina del espíritu, de desarrollo de las energías juveniles. Han servido en Francia de cimiento fecundo de debe-

res, en los tiernos hijos hacia la madre patria.

Nuestros batallones infantiles de hoy, agritados con tantas desmembraciones de nuestro amado suelo maternal, serán el ejército formidable de mañana que entonará con alegría el himno de la victoria y el salmo de la redención...

Quizá, por afinidad de ideas, me extravió del tema de estas páginas, que consiste en juzgar su bello libro. Es que contemplo á usted con envidia y desde lejos, irradiando las claridades de su inteligencia y el fuego sagrado de su patriotismo; probando, de lo alto de la cátedra, á los jóvenes soldados del porvenir, congregados en esas aulas, que las naciones anarquizadas, van derecho á su disolución; para probarles con la Historia en la mano, que la Fuerza ha primado siempre sobre el Derecho en las relaciones de los pueblos, y que hoy esa doctrina ha sido canonizada en teoría y sancionada en la práctica, desde la guerra franco-alemana de 1870. Que tiene infinita razón nuestro egregio publicista doctor José Santos Quinteros al decir en el prólogo de su libro : « La guerra es un Estado inevitable en la vida de las naciones. Para borrarla de la humanidad, habría que cambiar la naturaleza humana, cosa por cierto imposible. »

Vieja es ya la historia y gastado el ejemplo de Polonia, que por su anarquía crónica, llegó á un estado de clorótica debilidad, al punto de abrir las entradas de la patria á la invasión extranjera; al punto de caer esa víctima lívida sobre las riberas del Báltico, despedazada por Prusia, Austria y Rusia. Todos conocen el último grito de la desesperación de su último General, de Kosciusko, en la batalla de Maciejowitz : *¡Finis Polonial!* Pero no todos saben que un soldado raso le contestó : « Sí, Polonia ha muerto, pero yo soy polaco !... » Y cayó con esa sublime despedida de la vida, bajo el plomo enemigo.

Dos lecciones se desprenden de ahí para los efebos que llevan la espada del soldado en el Colegio militar. El triunfo perdurable de la fuerza bruta sobre la justicia internacional, y el que los ciudadanos desunidos, forman elementos nacionales moralmente heterogéneos y materialmente deleznable, que no resisten al primer empuje recio del invasor extranjero, como un cuerpo sin cohesión atomística, se deshace al primer choque de otro cuerpo más sólido.

Más antiguo es, al respecto, el ejemplo de Roma, el *Alma Mater* de la civilización universal, la señora legendaria del mundo clásico, víctima de sus luchas intestinas, de patricios

y plebeyos, de monarquistas y republicanos, simbolizadas en Mario y Sila. Víctima del despotismo de sus Césares, típicamente personificados en Tiberio, Nerón y Calígula. Dominadora del mundo con la idea y con la espada, sonaron las horas negras de su decadencia y de su ruina, hasta dejar abiertas las doce puertas romanas á byzantinos y bárbaros que al resplandor tornasolado del incendio, la dejaron muribunda entre cenizas y escombros...

Igualmente antigua, y no menos elocuente, es la lección de la historia de Grecia, de esa península clásica del Arte y la Poesía, que surgió, sin rival, hasta ahora, de las ondas verdosas del mar Egeo, saturada de espíritu heroico, llegando en su intrepidez aventurera, hasta las cumbres de los tiempos homéricos en que los « helenos » iban á los Santuarios á jurar el « morir por la libertad ». Entonces se dilató el sentimiento de la unidad nacional, al calor patriótico de las *guerras médicas*, y si sigue en ese camino glorioso, sería hoy la dominadora de los Balkanes. Pero, discordias interiores, emulaciones de los Estados — Esparta, Atenas y Thebas — hicieron caer á la nación épica hasta resignarse á la servidumbre y gastar sus energías en adular á sus grandes magnates... Hoy mismo, la anarquía latente de sus hijos, torna crónica su anemia nacional, excita

la codicia otomana, y hace problemática su independencia...

Pero dejemos de remontarnos á esas épocas entreocultas en las brumas de un pasado remoto. ¿Qué mejor prueba de que la falta de cohesión patriótica de un pueblo, lo hace el pasto succulento de la conquista? ¿Qué mejor ejemplo de que estamos bajo el reinado del Éxito y de la Fuerza, que el espectáculo trágico que presenta la Corea? El Japón codiciaba esa presa sabrosa desde la época de la conquista de la Galia por los romanos. Pero tenía el contrapeso de Rusia. Vencido el Imperio Moscovita, el Japón, modernizado, se lanzó sobre aquella nación agonizante, masacró en un año 16.000 coreanos en Seoul, y el Marqués de Ito con las bayonetas sobre el pecho de los sobrevivientes, les arrancó el tratado de 17 de noviembre de 1905, por el que reconocían la soberanía del Nipón...

Las naciones europeas se cruzaron de brazos, sordas á los clamores heridos del Emperador coreano, y á los quejidos de un pueblo mártir...

Entre los sentimientos humanitarios y la necesidad de las buenas relaciones con el pueblo guerrero y vencedor del Celeste Imperio y del Imperio Eslavo, las cancillerías no titubearon ni un momento... Se inclinaron silenciosas ante los

argumentos atronadores de los cañones japoneses...

Más reciente es todavía la triste suerte de la Bosnia y la Herzegovinia, que acaba de destrozar el equilibrio balcánico. Su enexión violenta, intempestiva, al Austria, ha sitiado geográficamente á Servia, y ha oprimido la autonomía de Montenegro. Sin embargo, su *souveraineté* estaba garantida por el tratado de Berlín, tratado que sin aviso previo á las naciones signatarias, ha sido despedazado impunemente.

Inglaterra pelea con los boers en guerra troyana que supera á la leyenda, y Europa guarda silencio...

Rusia á despecho de tratados formales, estrangula á Finlandia; y ese pueblo romántico de pescadores, que pescan al claro de la luna, según la expresión de Edmond Rostand, y que Pierre Loti lo pinta con ático pincel, es ahora un ciervo encadenado á los escalones del trono Moscovita.

; Y así va el mundo! Los tratados, son títulos del más fuerte, y son sombras fugitivas para los débiles...

Enseñar en tales condiciones humanas á los jóvenes militares las « reglas de la guerra Terrestre ante el Derecho Internacional », es una obra digna de entusiasta apluso. Contribuye á que vean flotar sobre sus cabezas la bandera de

la victoria, á la que han consagrado la vida en las aulas de un Colegio, entre los muros de un cuartel, y sobre los campos de batalla.

Me veo en el deber de manifestar á usted que respecto al capítulo II sobre la neutralidad, estamos en desacuerdo de apreciaciones sobre ciertos puntos. Así, por ejemplo, «sobre el deber del Estado neutral, de impedir toda exportación ó tránsito de armas y elementos de guerra destinados á los beligerantes por mar y tierra».

Esta teoría implica la adopción de la « neutralidad prohibitiva » que puede ser nefasta para ciertas naciones como Bolivia, Servia y Suiza, en contraposición de la « neutralidad permisiva », que es la expresión más acabada de la equidad. Consiste la segunda en permitir con paridad absoluta á los beligerantes, de recibir dichas armas y elementos por cualquiera de las naciones vecinas, siempre que los envíos sean hechos por particulares, y no por los Gobiernos; y la primera consiste en que todos los neutrales están inhibidos de permitir en su territorio el transporte de elementos bélicos para cualesquiera de los beligerantes.

Antes de penetrar en el asunto á fondo y directamente, permítame no olvidar que, como dice Fiore, « Las reglas del Derecho Internacional son más uniformes y universalmente

practicadas en tiempo de paz que en tiempo de guerra » (pág. 104, t. I). Lo que vale decir, que cuando ella estalla, esas reglas pierden su eficacia. En efecto, los pueblos antiguos, beligerantes y neutrales, tenían la franqueza de esclavizar al vencido para apoderarse de sus despojos. Hoy por hoy, le abaten, aun los neutrales, con el desconocimiento ó la relajación de los principios jurídicos que le favorecen, y con la aplicación severa de los que le son adversos. La injusticia, así, erigida en sistema, puede producir el aniquilamiento del vencido, su extinción nacional... Vale decir, que esos principios, en su aplicación, tienen valor para los fuertes, y laxitud para los débiles. ¡ Ah ! ¡ La moral internacional es una sombra fugitiva en la guerra ! ¡ Tuvimos de ello amargas lecciones en la guerra del Pacífico !...

Para combatir la « neutralidad prohibitiva », pongámonos en el caso de guerra de una nación mediterránea con otra nación marítima. Todas las ventajas y facilidades son para esta última, porque no debe olvidarse que la alta mar no puede entrar en el dominio de ninguna potencia, — que murió la teoría del *Mare clausum* de Selden, patrocinada por Cronwell y Carlos II de Inglaterra; que esas aguas marítimas sirven *au large* al que puede dominarlas con sus barcos de guerra, izando su propio

pabellón; que esta libertad de tránsito marítimo de armamentos, sólo está limitada en la realidad, por las fuerzas navales del beligerante que puede apresarlas; que este recurso es imposible á la nación terrestre que carece de medios marítimos, ofensivos, — que, si el transporte de elementos bélicos lo realiza la potencia marítima sin tocar puertos intermedios y neutros, y haciendo desembarques en sus puertos propios, ese desembarque goza de absoluta impunidad, pues su adversario está en la imposibilidad de contrarrestarlo.

Esa libertad del mar, fuera de los límites territoriales, llega al grado de que ningún navío de guerra ó mercante, tiene el derecho de detener á un buque extranjero, con ningún motivo (Ortolán, cap. II), con la única excepción de los barcos piratas. Esa libertad llegó en la guerra ruso-japonesa, el extremo de que los navíos de Rusia exigieron y obtuvieron carbón en los puertos neutrales, como derecho legítimo, para regresar á su punto de partida.

Se dirá que las « naves neutrales » no pueden trasportar elementos bélicos para ninguno de los contendientes. Pero es que la nación marítima, como se ve, en el caso anterior, no necesita de ellas, y aun esta pobre restricción en favor de la nación mediterránea, está limitada por el « contrabando de guerra, » que ella

no puede evitar ni reprimir. El principio triunfante de que « el pabellón cubre la mercadería á bordo », ha dado mil veces lugar á que cubra también el abuso, es decir, el « contrabando ».

Entretanto, la nación mediterránea está « bloqueada por tierra », si se me permite la frase, bloqueada por sus vecinos, en torno de su territorio, en nombre de la « neutralidad prohibitiva »...

Si la guerra no podrá jamás ser eliminada, ni lo ha sido nunca, sea entre civilizados ó entre bárbaros; si ella existirá mientras perdure la injusticia humana, injusticia que reclama la protesta armada; si no hay otro medio de asegurar en vezes la libertad y la independencia de los Estados; si en los siglos XIX y XX, las naciones todas, se han preparado y se preparan más que nunca para la guerra, al punto de que la fiebre álgida de los armamentos las llevará seguramente á la bancarrota financiera; si hay tratadistas sostenedores de que la guerra es un elemento de progreso, y aun los hay, como de Maistre, que la consideran de Derecho Divino, estudiar sus reglas y enseñarlas, como usted lo hace, en las universidades y en los colegios militares, es un deber sagrado de los pueblos celosos de su vida.

En efecto, Portalis la considera como un

medio reparador, como la reguladora de la duración de los Imperios y de la prosperidad de las naciones. (Colección de las sesiones de la Academia de Ciencias Morales, pág. 45). Prudhon vá más lejos. Afirma que « la guerra es el juicio de Dios, » y viene de fuente religiosa. (*La Guerra y La Paz*, pág. 130). — La Fontaine exclamó : *La raison du plus fort est toujours la meilleure...*

II

Desde los tiempos de Hugo Grotius, autor, puede decirse, de la concepción jurídica de la neutralidad, ha sido difícil fijar taxativamente los deberes y derechos de los neutros, y por eso subsisten, oscilaciones, incertidumbres y controversias. Pero lo que queda establecido, y se desprende de los mismos principios que usted establece y de las opiniones autorizadas que usted menciona, es que la neutralidad no consiste en la « pasividad absoluta », sino en la « abstención de actos que pueden ser favorables á uno de los beligerantes, con perjuicio del otro. » Tanto la adopción como la negación del « dejar hacer, dejar pasar », aplicado con igualdad por los neutrales, constituye una neutra-

lidad completa, que puede ser, respectivamente, positiva ó negativa.

Toda la cuestión reposa, según Bynkershoek, en que « los neutrales se mantengan en un pie de perfecta igualdad ». Hübner les prescribe la entera inacción é imparcialidad, pero no el derecho « prohibitivo » de armarse, derecho trascendente y activo. Azuni, les determina la condición de abstenerse en absoluto de tomar parte en actos hostiles. Calvo, de acuerdo con los anteriores, hace consistir la neutralidad, no en « prohibiciones imperativas », sino, exclusivamente, « en la no participación en la lucha trabada entre otras naciones », Philimore, no hace consistir tampoco la « imparcialidad » que constituye la « neutralidad », en conceder ó negar el derecho de armarse á los combatientes, sino en la abstención de actos que pudieran ser favorables al uno, y perjudiciales al otro. Klüber impone á los neutra una conducta perfectamente igual respecto á los beligerantes, siendo esa *igualdad* la única condición positiva, sin « estatuir prohibiciones » que en la práctica implican la « desigualdad », y pueden ser la victoria de uno de los contendientes y la derrota del otro, como probé anteriormente.

Cabe ahora esta pregunta. Si las condiciones precedentes de imparcialidad y de igualdad de

conducta de los Gobiernos ajenos á la lucha, son observadas con rigorismo y aplicadas con buena fe, en el sentido de « permitir » á los beligerantes la recepción de armamentos, ¿en qué sufre la neutralidad más impecable?.. La « prohibición », como la « permisión », siendo absolutas, son la fuente pura del mismo derecho legítimo.

¡ No, la neutralidad no es la muerte, como cree el vulgo. ! No sólo hay la « neutralidad permisiva », sino la « neutralidad *defensiva* », la que se arma para hacerse respetar, para entrar en acción, si es preciso. Bélgica, cuya neutralidad está garantizada por su tratado de 1831 con Francia, Inglaterra, Austria, Prusia y Rusia, ha declarado que en caso de guerra entre estas potencias, atacará á la primera que invada su territorio. Lo mismo puede asegurarse respecto de Suiza, cuya neutralidad fué establecida entre aquellos Estados en el tratado de Viena del mismo año.

Holanda, cuya neutralidad está también garantizada por tratados internacionales, se prepara á fortificar el puerto de Flessingue, con objeto de defenderse en caso de guerra entre otras naciones, y de hacer respetar su neutralidad.

Grotius, el padre del Derecho de Gentes, va más lejos aún. Acuerda á los neutrales lo que

él llama el « derecho natural » de significar sus simpatías á un beligerante. Más aún, les reconoce el derecho inmanente de facilitar á los adversarios sus vías de comunicación, y concluye diciendo que no se les puede impedir el pasaje sin violar las leyes naturales, en la paz como en la guerra. Naturalmente, esta teoría demasiado avanzada, no es aceptada por otros tratadistas.

Vattel, establece como principio que : « lo que hace una nación usando de su derecho y únicamente en vista de su propio bien, sin parcialidad, sin designio de favorecer á una potencia con perjuicio de otra, no puede ser considerado como contrario á la neutralidad ».

II

Pero, generalizando menos, y concretando más, respecto al derecho de que un neutral pueda suministrar armas á un beligerante, casi todos los tratadistas están tan conformes en que no puede ni debe hacerlo, como lo están en que no puede prohibir á los particulares el hacer comercio de armas y municiones en favor de uno ó de todos los beligerantes.

Esta cuestión fué controvertida entre las go-

biernos de Inglaterra y Rusia, con motivo de la guerra franco-alemana de 1870, y más vivamente aún, entre Inglaterra y Norte-América en 1861.

Pasquale Fiore dice al respecto : « La venta (de armas) es, en efecto, considerada como un acto de comercio, que no puede perder su naturaleza por efecto de la declaración de guerra ».

Es pues evidente que la venta no puede implicar por sí misma ninguna violación de los deberes de la neutralidad, ni comprometer la responsabilidad de un Gobierno, cuando se trata de un hecho de particulares, sin cooperación del Gobierno ». Recuerda después que el beligerante damnificado, tiene el derecho de confiscar, de capturar todo contrabando de guerra.

IV

Entrando ahora en la jurisprudencia práctica para probar que la « neutralidad prohibitiva » produce un resultado diametralmente opuesto, completamente desigual para los beligerantes cuando el uno goza de la inmensa facilidad de los mares libres, de naves y puertos propios para armarse; y el otro está circundado, como Bolivia, Suiza y Servia, de territorios terrestres

sin acceso al mar, no necesito buscar ejemplos de más allá.

Cuando la guerra del Pacífico, en vísperas de librarse la batalla decisiva, la más técnica, las más heroica, la del Alto de la Alianza, un armamento boliviano fué detenido en Salta por el Gobierno Argentino, invocando el principio de la « neutralidad prohibitiva ». Inútil fué que nuestro Diplomático ilustrado, pero encogido, Antonio Quijarro, presentara, « reclamaciones » luminosas al Ministerio de Relaciones Exteriores de la República Argentina, en el sentido de la « permisión de tránsito de armas á ambos beligerantes », pues ellas iban á dormir un sueño perdurable en los legajos sepulcrales de la cancillería Argentina, vale decir, bajo la lápida del olvido. — Chile, entretanto, representado por el experto Diplomático José Manuel Balmaceda, recibía en sus puertos, libremente, buques desbordantes de armas, sin oposición alguna...

Los acontecimientos bélicos se precipitaban. Aquella batalla, dirigida por el diez veces ilustre general Campero, fué el triunfo de nuestra gloria, pero la derrota de nuestras armas. Todos los historiadores, incluso los chilenos, rindieron homenaje al valor boliviano, y todos están conformes en que si hubiésemos contado con un refuerzo más, la solución era axiomática en nuestro favor. Los Generales chilenos, con

el desierto atrás y el enemigo vencedor adelante, habrían firmado la paz sobre las cajas de guerra, como los combatientes en la batalla de Solferino.

Tan grande fué la diferencia numérica de tropas entre bolivianos y chilenos, no por falta de hombres de nuestra parte, sino por falta de armas que, como digo en un libro mío, Baquedano, General en jefe del ejército chileno, se presentó sobre el campo, con la victoria amarrada al arzón de su caballo de batalla. La consecuencia de esa derrota, debida á la imposición de la « neutralidad prohibitiva », fué la pérdida de todos nuestros puertos marítimos...

Convengamos, pues, mi distinguido amigo, en que la « neutralidad prohibitiva » impuesta por una nación, puede tener en la práctica, los alcances de su alianza con uno de los beligerantes, y que puede causar la muerte del otro...

Quiera usted aceptar los sentimientos amistosos de su devotísimo servidor atento.

JOAQUÍN DE LEMOINE.

« ARTISTAS Y MODELOS »

Conferencia dada en el Ateneo de Buenos Aires.

DEDICATORIA.

Señor Doctor Manuel Carlés :

Nos cupo en suerte acercar nuestras inteligencias en un mismo proceso, en defensa de la misma víctima. Tuve entonces ocasión de apreciar el poder de su talento y la magnitud de su ilustración profesional, que tanta notoriedad han adquirido, con justicia, en el Foro Argentino.

En homenaje de ese recuerdo, dedico á usted estas páginas sinceras.

J. DE L.

Buenos Aires, agosto 2 de 1879.

Distinguido Doctor :

La dedicatoria de su interesante Conferencia, estimula mi actividad profesional, ya que mi modestia intelectual no puede aceptar los laureles con que usted ha querido enaltecerla.

Para justificar el motivo de la gentil dedicatoria, recuerda usted el caso judicial célebre de la niña homicida por defender el honor, en el que usted, desde la tribuna del periodismo, hizo la defensa oficiosa más brillante que pudo imaginar la mente que con igual maestría deleita con la belleza y aplica los dictados de la moral y de la ley.

¡ Gracias, ilustre artista !

Dichoso usted que posee talento para ser útil al desvalido y fantasía para recrear con las soberenas manifestaciones del espíritu : el ideal.

Saludo á usted con mi mejor saludo.

MANUEL CARLÉS.

PRESENTACIÓN

POR EL DOCTOR CARLOS VEGA BELGRANO

Señoras y Señores :

Un día llegó á Hamburgo, lugar de mi re

sidencia entonces, un hombre joven que hablaba con calor de América y de cosas de arte. Ese hombre era el doctor Joaquín de Lemoine, que va á ocupar dentro de breves momentos la tribuna del Ateneo.

Joaquín de Lemoine es nacido en Bolivia, y desciende de héroes. Se hizo abogado en Chile. Es historiador. Fué periodista en el Río de la Plata, y Diplomático en varias naciones.

El General Mitre ha hecho resaltar con elocuencia los méritos de Joaquín de Lemoine como historiador. Hoy nos va á hablar de Lemoine sobre el « modelo », al que tanta fruición deben los artistas y tanta gloria el Arte.

¿Qué nos dirá de él?

No lo sé.

No conozco su conferencia. Nos hablará, acaso, de la virgen que sirvió de modelo al escultor de Tanagra; acaso de la divina Monna Lisa, ó de las nobles de Viena que enceguedieron con sus carnaciones á Macquart.

Escuchemos, señoras y señores, con simpatía la palabra de Joaquín de Lemoine.

He dicho.

Señoras y Señores :

Agradezco de lo más hondo las palabras inmerecidas con que acaba de favorecerme el

ilustrado señor Vega-Belgrano y la gentileza con que me extiende la mano para presentarme á su auditorio en el estrado del Ateneo.

Confieso que estoy sin zozobra, porque la experiencia propia en actos análogos me ha demostrado muchas veces que la indulgencia está siempre en razón directa de la cultura social, y porque no vengo á enseñar á nadie, mucho más que hay entre vosotros quienes pudieran enseñarme á mí en materia de arte.

Y no pretendo enseñar, porque ni el conferenciante es un pedagogo, ni la conferencia es un curso didáctico, ni la tribuna literaria es una cátedra...

Si he rehuído, intencionalmente, de penetrar en la historia de la plasticidad, en el espíritu del arte y en su influencia social desde las obras clásicas y los tiempos prehistóricos hasta nuestros días, es porque ya hay mucho, muchísimo escrito sobre tal tema. Además, si hubiese pretendido estudiar el arte bajo todas sus fases, habría terminado por escribir un libro en vez de una conferencia... Si he preferido caracterizar un tipo social, es por lo mismo que no ha sido objeto de ninguna conferencia anterior, por lo mismo que no conozco ningún trabajo especial á su respecto.

Nociones claras, observaciones personales, impresiones propias, dignidad en el lenguaje y

estilo que lleve la marca de factura de su autor, es todo lo que puede exigirse, y es todo lo que traigo...

« ARTISTAS Y MODELOS »

¡ Conocer París ! ¡ He ahí algo que muchos imaginan y que no todos han realizado ! ¡ Cuántos viajeros sud americanos vuelven de París sin conocerlo ! ¿ Qué han visto de él ? París exterior, París *boulevardier*; los cafés *Julien*, *Mazzarin*, *Madrid*, *Américain*, *Wetzel*, *Tortoni*, *Deumolard*, avisperos de mujeres airadas, que hormiguean y abundan en estudiados abandonos y vivacidades forzadas, en medio de una atmósfera afrodisíaca de polvos de arroz y de perfumes acres.

¿ Qué han visto ? *Folies-Bergère*, *Le Moulin-Rouge*, *Eldorado*, *Le Musée Grévin*, *Le Jardin d'Hiver*, *Bullier*, *Le Chinois*, *Longchamp*, los torbellinos del bulevar, los remolinos femeniles de la *brasserie* y otras cosas por el estilo.

En tanto, París literario, París benéfico, París religioso, filantrópico, social, industrial, comercial, financiero, político, oficial y artístico, ha pasado apenas por su visual en lejana

penumbra como los cuadros cinematógrafos de Edison.

* * *

Tal era el tema de amplia y chispeante conversación de un grupo de amigos que, en traje de frac, cenábamos en torno de una mesa al regreso de *La Comédie*, en el aristocrático « Café Paris », de la *Avenida de la Ópera*.

Uno de ellos, pintor, volviéndose á mí :

— Todo está bien; — tu pasión por las letras te ha arrastrado; te has puesto al corriente del movimiento literario y periodístico : has devorado las obras de moralistas, poetas y novelistas; conoces esa reversión esplendorosa al pasado que se llama « decadentismo »; yo sé que tu posición oficial te ha llevado á los estrados de la aristocracia; que el gobierno francés ha gastado dos *millones de francos* en festejarlos á ustedes los delegados al « Congreso Internacional Telegráfico », y que se les ha dado bailes en el Eliseo, en los palacios de los Ministerios, banquetes en el Hotel Continental, en Versalles, en la *Torre Eiffel*, en el *Hotel de Ville*, excursiones al *Havre* y á *Rouen*, á través del Sena, en vaporcitos triunfales y cubiertos de banderas; funciones de gala en los principales teatros de París. Yo sé todo eso, y

muchísimo más que eso; pero sé también que no conoces París artístico.

Sin afirmar ni negar, contestéle por la boca de la herida de mi amor propio. Le hablé de algunos maestros antiguos y modernos de la pintura y la escultura, de mis visitas al *Louvre*, al *último Salón*, al departamento de *Los Rehusados* en el *Palacio de la Industria*, de la *Escuela de Bellas Artes*, de mi intimidad nerviosa con algunos cuadros; de mis delectaciones artísticas, de las escuelas italiana, española, holandesa y flamenca, de las obras de *Van Dyck*, y *Rubens*, de la escuela alemana, de la escuela idealista de *Munich* y de *Dusseldorf*; de la fidelidad de los artistas modernos al viejo culto de la desnudez gloriosa, en la que la admiración mata al deseo y la adoración de la humanidad postrada, mata á las codicias de la concupiscencia. Habléle de esos muertos desnudos, pero muertos que son Dioses; del predominio de lo obscuro; de los triunfos de la claridad; de la lucha de los colores; de la gramática del dibujo; del rojo azulado; del blanco plateado de los holandeses; del obscuro exagerado de los españoles; del colorido caliente de los flamencos; de las mezclas brillantes de colores de los venecianos; de esa resurrección feliz que se llama el *Renacimiento*, grandiosa evolución que en la pintura ha resucitado lo na-

tural, poniendo á la luz los arcanos de la belleza, los secretos de las formas, y las tonalidades deliciosas; que ha penetrado los misterios carnales poniendo los sentidos del artista al servicio de sus facultades, haciendo del culto de la belleza, un culto de respeto y adoraciones... Díjeles que ese Lázaro luminoso del *Renacimiento*, volvía, como en lo antiguo, á hacer de una tela, de un bloque informe de mármol y de arcilla, la perfección de las Divinidades y las divinidades de la perfección, bebiendo sediento en la fuente de la naturaleza, al punto de que en la escultura brillaban los ojos, sonreía la fisonomía, palpitaba la vida, circulaba sangre invisible por invisibles venas; al punto de que faltaba sólo que alguien le dijera como Miguel Ángel á su Moisés : ¡ Habla ! ¡ Habla !...

Mis amigos aplaudieron. El artista, después de un silencio mohino, repuso :

— ¡ Eres un neófito !... Te espero mañana en mi *atelier*. Vente temprano. Los artistas somos obreros matinales.

*
* *

Al siguiente día tomaba un *fiacre*, en la puerta del *Hotel Belle-Vue*, avenida de la Ópera, y atravesando de prisa el gran *boulevard*, llegué á la *rue Chabrol*, número 16.

Una angosta y empinada escalera de ma-

dera. ¡ Seis pisos de ascensión,.. ¡ Uff!... Llegué fatigado y jadeante, y toqué. Salió mi amigo artista á recibirme con la paleta en la mano, un pincel en la boca y un saco de dril salpicado de manchas multicolores de pintura; las mangas remangadas.

Una sala grande y pictural, los muros tapiados de cuadros al óleo, entre los que descolaban los retratos de la Reina-Madre de Italia y de *Paul de Casagnac*, célebre redactor de *l'Autorité*; fotografías desparramadas por el suelo, pomitos de zinc con pintura, cofres, espátulas de marfil, brochas gordas, pinceles finos, palillos de tiza, trapos pintarrajeados, caballetes, vestidos antiguos pendientes de perchas, lienzos en blanco, esbozos inconclusos, algunos muebles humildes. ¡ Qué desorden ! ¡ Qué abandono ! He ahí el pobre *atelier* de mi noble amigo.

— La señorita Olga Wilinsky, me dijo, señalándome con la mano á su *poseuse*; y agregó : — déjame indicar algunos rasgos, y seré todo tuyo.

Olga, en la flor de la juventud y de la hermosura, era una violinista austriaca que fué á París, contratada en una orquesta ambulante de *cafés-concerts*.

Por una desinteligencia con el empresario, quedó en la calle, y cuando estaba en vísperas de

faire le trottoir, se contrató como *poseuse* por dos horas diarias, á tres francos la hora.

De pie, desnuda, frente á un espejo, la cabellera mojada, en actitud de secarse con una sábana, recién salida del baño. Desparramadas á sus pies piedras preciosas, arenas irisadas, flores salvajes, conchas rosadas, ovas verdosas, algas marinas. Hojas acuáticas enredadas al descuido entre su cabello; gotas de agua, como perlas líquidas, como diamantes trémulos, se desprendían de sus extremidades, rociando á su redor. Alta, esbelta, de rostro oval, nariz fina y amorosamente dilatada, labios como granadas en flor, sonrientes en sus extremidades, con expresión de orgullo y anidando sonrisas malignas. Su frente pequeña, de gracia infinita y de resplandor ideal; sus perfiles cleopátricos de belleza pagana, su suelta cabellera, pesada, metálica, viviente, chaparrón de azabache, y sus carnes mórbidas, pero no exuberantes, disputaban al ópalo su blancura.

¡ Bañista de alabastro sonrosado, linfa enaguinaldada, Diosa de las aguas ! Esas aguas tristes — cuyas ondas tienen quejidos y cuyas gotas parecen lágrimas, — esas aguas tristes de ya no acariciar con sus húmedas ternuras, de no dar ya sus besos mojados, lentos y tibios á ese cuerpo juvenil vestido sólo de voluptuosidades divinas, á esa visión fresca y encantadora para

quien el traje sería una profanación, — náyade desnuda que en dulce soledad debiera ser vestida solamente con las delectaciones artísticas, la caricias celestes de los Dioses, el perfume de las anémonas, ó las blondas de Venus, tejidas de espuma, — vestida así, sólo así, para no dejar temblorosa y estremecida su epidermis de nardo.

El artista, sentado sobre un taburete, se inclinaba sobre su lienzo ó se aproximaba á su modelo. Tarareando una canción, picaba con la punta de su pincel cada uno de los diferentes colores, azul, verde, oro, negro, y los embadurnaba en la paleta polícroma en mezcolanza, misteriosa para mí, y con manos crispadas y nerviosas, los trasmitía á la tela. Parecía borrar lo que había pintado, y rehacer lo que había borrado. Ya deslizaba el pincel en línea perpendicular, ya seguía con suavidad los contornos trazados, ya atenuaba el tono, ya calentaba el colorido, ya borraba con la yema del dedo meñique las coloraciones intensas, ya secaba sus pinceles en el extremo de su saco.

En el semblante de Olga se reflejaba el deseo de verse bien reproducida y el vivo interés de que su imagen fuera el símbolo de la alianza del talento y la belleza, el timbre de su vanidad, el precio de sus fatigas. Él la con-

templó en todos sus detalles, le extendió sobre un hombro desnudo un copo de su cabello.

Esos contactos tan inconscientes para el hombre, tan espirituales para el pintor, tan sancionados por el arte, no parecían insensibles á la *poseuse* novel, poco avezada á ellos. Se purpuraban sus mejillas; su desnudez la estremecía. Heridas á fondo sus líneas vírgenes por los halagos del arte y de la luz, inclinaba con candor sus pupilas, agachaba dulcemente su cabeza, sin la audacia de la mujer primera antes de tomar en el Paraíso las hojas de viña; sin el valor de las Diosas de la antigüedad pagana que se paseaban sin pudor á la sombra de los bosques sacros. Se esforzaba por cubrirse, y habría huído como la virginal Galatea huía de los pastores y escondía su castidad detrás de los sauces y de las sombras.

¡ El desnudo ! Ídolo antiguo, idilio mitológico, lirio carnal, flor de ensueños paganos, esplendor supremo, revelación castísima ! Venus, virgen surgida de la sonrisa espumosa de las aguas, habitarás siempre en el Olimpo : siempre la humanidad te adorará de rodillas... ¡ No estás desnuda !... ¡ El incienso del culto será tu manto ! ¡ Tu pudor será siempre cubierto con el velo de la inmortalidad !

Por algo la antigüedad generosa ha prestado su alma á los siglos sobrevivientes, al punto de

que los grandes maestros, en vez de mirar á su redor, viven contemplando un pasado vigente y remoto, un mundo clásico. Todos ellos, desde que dejan el caballete de la escuela, son atenienses y orientales, que llenos de videncias íntimas y de claridades antiguas, persisten con valor en la idea, visten sus figuras actuales con dalmáticas antiquísimas ó las presentan desnudas, friolentas, con el frío de tantos siglos...

* * *

En literatura germina también una tendencia semejante, bautizada con el perfume del pasado. Unos y otros tienen su residencia en Atenas y Grecia, su domicilio intelectual en el Partenón. Respiran la atmósfera espiritual de la meseta de Acrópolis, y, ¡quién los hace bajar de esas alturas! Se embarcan en el Pireo, en esquifes de oro, con velas formadas no de lonas, sino de celajes, soplando á popa un huracán de ideas...

Bogan con remos de marfil, y cruzan á la aurora — á la aurora de las edades, — un mar de añil, como el Mediterráneo en sus días de tempestad. Cruzan el océano sin fondo y sin riberas de la fantasía helénica, coronadas sus frentes de rosas y de tuyas, rociadas sus cabezas con los diamantes trémulos de la mañana de la

historia. Por los horizontes de ese océano, sacude sus alas y extiende el vuelo el alma de lo infinito...

¿Á dónde van esos héroes del idilio, esos hijos de la armonía? Á derramar *flores eternas* sobre la cuna de la humanidad. ¿Á dónde van? Á desembarcar en un Paraíso mitológico, un paraíso sin proscritos, en cuya puerta siempre abierta les espera Teócrito, no con la espada bíblica de fuego del Arcángel, sino con la cítara de marfil en la mano.

Las abejas de oro del Himeto circundan sus frentes; las Musas les hacen bajo sus alas recepción cariñosa y los arrullan con los conciertos de sus salmos filhelénicos.

Esa es su dicha : séres retrospectivos, el presente y el porvenir son páginas en blanco, viven cubiertos con el polvo sagrado de los tiempos étnicos, y colorean su inspiración con los reflejos prismáticos del pasado.

* * *

El artista trazó nuevas líneas con ojos centellantes. Vaciló, y, reanimado, dió algunos toques con ágil celeridad, de resultados felices. Se levantó, y, de pie, dibujó nuevos rasgos.

El rostro encendido, hirió el suelo con la

planta y exclamó : « ¡He triunfado!... » Y volviéndose á mí con aire de alegría :

— ¿Conocías estos arcanos de mi oficio? ¿Comprendías estos embates á los inconvenientes? ¡Ya ves el gran papel que hacen estas señoritas en el mundo ideal para modelar el pensamiento! ¿Comprendes ahora cuánto se identifican con nosotros y penetran al fondo de nuestra alma...?

Acabé de persuadirme que hay mucho en la vida que se aprende con los ojos, estudiando en el libro de la realidad. Vi impresionado á un hombre cuya frente sudaba agua, y cuya alma sudaba sangre... Imposible una labor más compleja y sutil para el artista, más ininteligible para el profano.

Empapó sus pinceles en agua de jabón, y los limpió con esmero; guardó todos sus utensilios, mientras yo procuraba descubrir la originalidad del concepto, el mérito de los detalles, las finezas ocultas, la intensidad del sentimiento, siquiera las apariencias de un ser viviente; ¡vamos! un relámpago en esa obscuridad...

* * *

Al siguiente día volví á ver á mi amigo. Platicamos largamente sobre la vida artística de París. Me reveló horizontes ocultos á mis ojos.

Me instruyó de la vida privada de los artistas; me probó la nobleza con que viven en comunión íntima, transparentando uno á otro sus intimidades, sin que ninguno las traicione con la censura ó con la indiscreción. Conocí sus penurias, sus triunfos, sus opulencias, sus derroches, sus ensayos. Me indicó obras sobre arte que devoré. Me presentó después á muchos artistas en un *Café del bulevar de los Italianos*.

Admiré entonces esas almas nobles, esos corazones sanísimos, esas imaginaciones redentoras de muertos antiguos, espejos límpidos que reproducen también imágenes nuevas. Conocí muchos de ellos en el *Café de la Régence* y en otros cuyo nombre no recuerdo, en el *bulevard Clichy*. Me hizo recorrer el campo vasto de las nociones especulativas, en el que los artistas estudian, trabajan, gozan, sufren y exteriorizan sus almas con todo lo que ellas atesoran, abusando muchas veces de la continuidad en las sensaciones, porque es preciso sentir mucho para ejecutar bien.

— No creas, me decía, que mis colegas arrastran una existencia disipada, no. El trabajo los absorbe, el éxito tiene imposiciones sagradas, y, antes de obtenerlo, tienen mucho que batallar. La fortuna ó la miseria, la gloria ó la obscuridad, son sus perspectivas. Imposible hacerte comprender cuánto el amor propio es

una tortura y un incentivo á la vez. Cierto es que gustan mucho de la vida de Café, pero el Café es su Club. Y los verás, con sus fisonomías pálidas y sus cabezas *rafaelizadas*, en torno de una mesa, bebiendo poco, charlataneando mucho, siempre sobre su tema favorito : la crónica artística. — ¿Vamos? agregó; voy á presentarte á un pintor.

— ¿Es notable? repuse.

— Es y no es. Tiene un talento indiscutible; sus cuadros para mí son magníficos, pero no ha ganado la victoria definitiva; tiene genio, pero no ha recibido aún el bautismo de la gloria. Estudia y trabaja mucho. Heredero de una gran fortuna, reúne todos los elementos. Él se cree á la altura de *Bouguereau*, de *Carolus Duran* ó de *Gervex*, pero dos cuadros suyos no han sido admitidos en el Salón, en ese Salón que cuesta 80,000 francos anuales al gobierno francés; si bien te aseguro que son bastante reproductivos. El *Jury* quiso mandarlos á la *Sala de los Rehusados*, y él con legítimo orgullo los retiró, porque no es esa la puerta de la fama. Eso dió lugar á hacer de su nombre el pararrayos de las polémicas. La opinión está muy dividida en París : he oído elogios ardientes y críticas acerbas. El hecho es que tiene admirable facilidad de ejecución, que vende aquí sus cuadros de mil á dos mil fran-

cos cada uno, y, muy fuerte en el estilo holandés, hace todos los veranos exhibición de sus obras en *Rotterdam* y *Amsterdam*, y le pagan de cuatro á cinco mil francos por cada uno. Es mucho; es el camino de *Meissonier*, que gana ochenta mil francos por cuadro.

— ¿Gana mucho?

— Entre su renta personal y su trabajo, tiene más de cien mil francos anuales.

*
* * *

Un momento después tomamos en un *coupé* rumbo á la *rue de Hautefeuille*. Al pasar por la *rue de Helder*, cerca del *boulevard de los Italianos*, mi amigo me señaló una casa avisándome que allí vivía un escultor distinguido, y que pronto lo veríamos.

— ¡Otra ascensión de seis pisos!

— No, los escultores viven en el primer piso, y los pintores en el último.

— ¿Tendrán estos artistas gastos fuertes?

— Sí, nuestro oficio es caro.

— ¿Cómo así?

— El *outillage* es enorme y costoso. Desde luego, el alquiler de un buen *atelier* es caro, porque la construcción es generalmente especial.

— ¿Te acuerdas, agregó, de aquel cuadro de

Paul de Casagnac, de cuerpo entero, que viste en mi *atelier*? Pues me comió 100 francos en pinturas y 200 en el marco. ¡Figúrate lo que será para un pintor que tiene mucho trabajo! — ¡Oh! y eso no es todo. Los paisajes no se hacen en el *atelier*; es preciso viajar, y viajar con una batería de estuches, cajas, taburetes, trípodes, paraguas, pinceles, paletas; ¡vamos! con un *atelier* portátil. — ¿Y las *poseuses*? — Las hay que cuestan poco; cinco francos por sesión, pero las hay que hacen pagar carísimo sus perfecciones. ¡Ah! esos maniquís con articulaciones y á veces con corazón... cuestan mucho, á tanto la hora, en unas cuatro mil horas de trabajo al año. Y se las paga al contado.

— ¿Maniquís? — le dije. — Sí, pero maniquí que ríe y llora; con tristezas y alegrías, arrebatos y laxsitudes. Autómata con personalidad, y personalidad transcendente. Sirena misteriosa que adormece en sus redes el alma soñadora del artista, lo suspende sobre el abismo de las inspiraciones, y lo lleva muchas veces de la mano por sendas perfumadas al altar, para ofrendar los blancos azahares sobre sus blancas aras... Tú sabes que ésto se ha visto con frecuencia, sobre todo en Italia.

Así hablábamos *chemin faisant*, cuando el *coupé* se detuvo. Eran las ocho de una mañana estival.

Bajamos. Edificio lujoso. Ancha escalera de roble alfombrada de granate en toda su latitud; pasamanos con gruesos cordones y borlas enormes; muros de amarfilado estuque con listones dorados; en medio de la escalera, una gran lámpara turca de bronce esmaltado; en su cuspide una anchurosa mampara de cristal cubierta por un cortinado solferino de felpa de seda, recogido á los lados por cadenas de metal y pendiente de dos lanzas cruzadas. Más allá, el vestíbulo con pavimento de mosaico, espejos incrustados en los muros, jarrones de plantas tropicales, muebles de paja, tapizados. Al centro, un ascensor elegante. Nos metimos en él; el maquinista tocó el resorte, y en una pestañada llegamos al quinto piso. Toqué el botón eléctrico y la puerta se abrió instantánea por el mecanismo del aire comprimido. Un sirviente de frac, guante blanco y calzón corto, nos hizo entrar y nos pidió que esperáramos un momento.

Quedamos solos largo rato en esa mezquita del arte, en esa basílica del lujo. Á paso de fantasma, con aire de ladrón, lo recorrí todo, respirando una atmósfera espiritual, viendo en cada objeto una ilusión ó una esperanza modeladas; en cada obra de arte, el reflejo de un rayo de gloria.

¡Qué lejos me encontré de América en ese

instante!... Me sentí desterrado de este mundo á un planeta ideal...

Era aquello un verdadero museo, un bazar de objetos de arte y de lujo

Los muebles obstruían el paso, y los adornos cubrían los muros y pendían del techo de hilos elásticos. Muebles florentinos tapizados de resedá; espejos venecianos; jarrones chinos; terracotas, esmaltes; cerámicas; figuras de *biscuit* en conchas de nácar; pasteles; acuarelas; marinas; bosquejos; paisajes; cotas de malla; escudos nobiliarios; armaduras; yelmos; caríátides; platos de bronce con grabados árabes; búcaros del Japón; vasos de Sevres; biombos de transparencia elísea en forma de hojas tropicales; vidrieras cromáticas de estilo suizo; medallones romanos en alto relieve; *bibelots* esmaltados; estilos de plata; medallas de marfil de Siracusa; indumentarias antiguas; Revistas con ilustraciones iluminadas; cuadros de sombras tímidas, de coloridos tiernos y de luz misteriosa. El costado que da á la calle, es de vidrieras nevadas, cubiertas de cortinas corredizas y azules que opacan la claridad tamizada

Indudablemente, esos *ateliers* en los torbellinos estrepitosos de la gran ciudad, son los oasis de la soledad y del silencio, rincones de cielo, girones del Paraíso, especie de islas de

Robinsón colgadas en el aire... Allí viven los artistas á la sombra, sedientos de luz... En sus cerebros hay un drama, en sus corazones un poema : la lucha obstinada entre el pincel y el ideal, entre el artista y la *poseuse*, entre la realización y la gloria. Batallas sombrías; amarguras tragadas en silencio; esperanzas que no decaen; desengaños arrostrados con orgullo; penas sin pusilánimes quejidos; heridas del corazón abiertas por el dardo invisible, que desangran á ocultas; almas enfermas que contagian su fiebre al organismo. He ahí el fondo de esos talleres.

Y, ¡ ay ! cuántas veces á esa luz mortecina, un legionario de menos en las filas gloriosas, apartándose temprano, lívido, con la mano en la herida de aquel dardo oculto, con un silencio que es al propio tiempo el orgullo de la vida y el pudor de la muerte; orgullo que atisba detrás de la sombra, que ve, ebrio de ira, apagarse uno á uno los rayos de una existencia...

¿Qué otro fin queréis esperar cuando el espíritu está en perpetua tensión, cuando el esfuerzo mental no tiene tregua, las fuerzas no tienen descanso, los nervios vibran sin cesar, y la fosforescencia del cerebro entra en la penumbra de neurosis?

El taller, teatro de un amor apasionado, ha

hecho de la mujer, modelo de ayer, la amada de hoy, la esposa de mañana. Murió ahí la inocencia... pero nació la felicidad. Ella que había entrado todos los días al fondo de los ensueños, al fondo del alma del artista, iluminando su cerebro, afiebrando su mente día á día, desde el alba hasta la tarde, sin despertar los sentidos del artista que dormían el sueño sagrado del ideal, inflamó al fin su corazón, se coronó de azahares, y conoció las delicias de la maternidad...

Ella comenzó por descubrir los secretos de un alma, y él por estudiar los misterios de la belleza de su cuerpo. Los dos cuerpos y las dos almas formaron más tarde un solo sér. Después de haberse unificado en el taller en las mismas esperanzas y en las mismas angustias, se confunden en el hogar en la misma doméstica felicidad.

Á la pintura sucedió la realidad. Antes dibujaban cuadros, y después, formaban cuadros vivos. La belleza y el genio, aliados, conquistaron la gloria y formaron la fortuna. Á los sobresaltos de la esperanza inacabada, sucedió la realidad completa. Tras la lucha porfiada, se pronunció la victoria. Pero, entretanto, ¡cuántas torturas! ¡Cuántas batallas íntimas contra la mediocridad! ¡Cuántas satiriasis de la esperanza, y cuántas parálisis de la volun-

tad ! ¡ Ah ! ¡ Dios mío ! El profano no comprende las crisis de nervios, las angustias de la incertidumbre, las agonías de la pasión creadora, unas veces heroica, otras cobarde.

Aquí, el semblante enrojecido del pintor, la cabellera despeinada, los ojos relampagueando, el lápiz trémulo en su mano, la blasfemia en sus labios, y, allí, sobre el caballete, un cuadro descolorido, inconcluso, como el cadáver mutilado de una persona amada... La esposa-modelo le contempla y le consuela con las lágrimas temblando discretas entre sus párpados, en medio de un silencio profundo, ante el horizonte lejano é infinito del Arte, en el caos interior de las inspiraciones germinarias, entre el desastre y la victoria. El pan y la gloria, quizá la vida y la muerte, están en juego, para dar á un lienzo la identidad de la verdad, el soplo de la vida.

En cambio, esos *ateliers* son la morada de la inspiración, el domicilio legal del genio; sí, del genio, embebido de encantos misteriosos, de rumor de alas, de seducciones secretas, de cielos de lapislázuli, de bellezas fascinadoras, de ensueños que flotan en la atmósfera, de ilusiones vivas que mueren, de muertas esperanzas que resucitan, de espíritus invisibles que cruzan el aire, de alegres resplandores de aurora, ó de crepúsculos vespertinos que acarician

y bañan el semblante de los cuadros y de los bustos.

En todo eso pensaba, cuando apareció el artista, alto, esbelto, delgado y joven, de barba larga, sedosa y rubia, de rostro hebreo : diríase un Nazareno. Tras venias y cortesías, pidió una disculpa por el retardo.

— ¿El señor de Lemoine es pintor?

— No, señor, pero soy un humilde conscripto de las Letras americanas, y trato de acercarme aquí á las fuentes del arte.

La conversación se prolongó mucho y diversificó bastante.

Mirando su reloj :

— ¡Vamos! ¡son más de las ocho!

¡La *poseuse* no ha llegado! Á veces estas madonas demoran y nos causan perjuicios graves; los recuerdos de la víspera se debilitan ó el hilo de la inspiración se rompe...

Se aproximó á un cuadro inconcluso, y volviéndose á nosotros :

— Permitan un momento; voy á dar una pincelada.

Dirigiéndose á mi compañero, sin apartar la vista del cuadro y señalándolo con el pincel :

— ¿No le parece, señor, que es preciso suavizar esta media tinta y aclarar esta luz intermedia? Yo creo que así el contraste será mayor y más sensible el relieve. ¡Ah! ¡estos

golpes de luz son la piedra de toque! Quedó largo tiempo silencioso y pensativo.

Corrió algo la cortina azul de la vidriera, y agitó su pincel con rapidez asombrosa; aplastó algunos granos; lo arrojó sobre una *étagère*, atenuó de súbito un contorno, esfumó una sombra con extrema lentitud.

— ¡Perdonen! nos dijo, temía que la idea se me fuera... En tanto, la *poseuse* no viene.

— ¿Es linda? le dije.

— Un tipo de belleza.

— ¿Cómo la obtuvo usted?

— De la manera más casual. Iba á los *Campos Elíseos*, á *Ambassadeurs*, para oír en su *debut* á una cantatriz de cuya hermosura se ocupaba mucho el *Gil Blas*, y al llegar al *Arco del Triunfo* divisé á la luz de un farol una mujer humilde que llevaba de la mano á una niña bellísima, hija suya. Las hablé, y me contestaron quejándose de su miseria; venían de *Tarbes*, los Altos Pirineos, y no encontraron trabajo; les faltaba pan y abrigo. Al siguiente día debían ser despedidas de un *cabaret*, dejando su equipaje en rehenes. Les brindé dos luses de oro, les prometí que su situación cambiaría y diles cita para el día siguiente. Tenía entonces 16 años, y hoy cuenta 18. Casi siempre es la pobreza el origen de ese oficio.

— ¿De dónde son generalmente? repuse.

— Muchachas rusas, austriacas, italianas y provincianas, que vienen vislumbradas por los resplandores de París, en ebullición sus cabezas y sus corazones con las novelas de nuestros grandes escritores. Á muchas las tomamos también en el *Faubourg Saint-Germain* y en la *Chaussée d'Antin*.

Invitónos á pasear el interior de su *atelier*. Un gabinete de *toilette* primorosamente ornamentado. Después una vasta galería con cuadros en toda su longitud, y una mampara paralela de vidrios de colores; persianas transparentes; lámparas chinescas con pantallas de blondas de seda, muebles moriscos; gobelinos, panoplias de metal, armas salvajes, instrumentos primitivos de música, flores de porcelana, diseños al lápiz; un estante de madera de rosa; estuches de sándalo; candelabros de *gouttière* sobre una chimenea de ónix; bustos de yeso; barbelianos, tapices de Esmirna; en el centro un gran foco de luz eléctrica.

— Aquí trabajo de noche, nos dijo; aquí he sepultado algunos años de mi vida.

En ese momento resonó prolongado y trémulo el timbre eléctrico. Eran las nueve de la mañana.

— ¡ Debe ser la *poscuse* ! ¿ Vamos ? nos dijo, y regresamos al salón primero. Nunca había visto una hermosura más típica. Dios estuvo

de buen humor al lanzar ese ángel al mundo.

— Está usted en retardo, señorita. Desvistase, pronto, le dijo.

Sacóse ella una á una sus vestiduras, y quedó como la Eva paradisiaca de la leyenda bíblica. Carne sedosa y nacarada, primavera de la carne. Nuca divinamente contorneada, senos rígidos en los que retoñaban dos botones de rosa. El artista la devoraba con los ojos, pero no miraba más que el ideal... Descolgó una túnica carmelita de mangas medio cortas y algo escotada, tomó un par de sandalias, y entregó todo al modelo, que quedó al instante revestida. Acomodóle sobre la frente dos alas de cabello, le bajó el *chignon*, y le puso sobre el frontal una cinta dorada. La colocó después junto á una fuente, con un ánfora antigua sobre el hombro izquierdo; le modificó la actitud de la cabeza, del brazo derecho y de los pies.

— ¿La reconocen? nos dijo.

Sí; Rebeca en la fuente, le contesté.

— Cuadro bíblico. ¡Cuadro viviente! Estatura regular; cintura serpentina; cabeza de virgen ateniense; cabellera crespa y rubia como de filigrana de oro viejo; labios menudos y sanguíneos, ojos dulces, claros, serenos; blancura de cuya intensidad brotan redes azules. En un gineceo de bellezas griegas, habría ganado el primer premio. Praxíteles la habría desnudado

para hacer su Venus. La epidermis de todo su cuerpo tenía los orientes de la perla.

Después de tres horas, un ser humano y divino apareció poco á poco en esa especie de tela mágica, como pasando de la obscuridad á la luz. El pincel á veces temblaba entre sus dedos. Quedó largo rato inmóvil y pensativo y triste. Abrió la ventana, cerró una cortina azul, y se lanzó sobre el lienzo, y como obedeciendo á una crisis de nervios, continuó su labor. En la locura de crear, en el delirio del triunfo, se veía alternarse su brío y su desfallecimiento. El artista arrojó su pincel sobre un recipiente de agua, se reclinó fatigado sobre un canapé con el donaire de un patricio del arte, contempló su cuadro con toda el alma, y exclamó : — « Dios nos envía sus rayos ! »

Descubrió, contempló y volvió á cubrir con un tul verde un cuadro antiguo, á su juicio muy valioso, comprado en el Hotel Drouot y que lo estaba limpiando y rejuveneciendo por el sistema de *Pettenkhofer*.

Después de felicitaciones al artista y de mutuas gentilezas, partimos mi amigo y yo. Llevaba dentro de mí un mundo de impresiones y recuerdos.

* * *

Aquellos « rayos mandados por Dios » me

embargaron; á su resplandor celeste atribuía el autor todo el secreto de su éxito, toda la victoria de su psicología estética...

¿Iría tan lejos el escultor si en su taller hubiesen sólo instrumentos, arcilla y trozos de mármol? ¿Iría el pintor tan arriba si sólo tuviese en el suyo instrumentos pictóricos? ¿La abeja de oro dormida en sus cerebros no ha despertado al calor de *la belleza real*? ¿Los relámpagos de los ojos de una mujer no han iluminado su espíritu? ¿Los contornos del cuadro, los relieves del mármol, no son modelados sobre la plasticidad de aquellas formas humanas? ¿La visión interior del espíritu no es la imitación fidelísima de esa visión material? ¿No hay en ese lienzo las mismas facciones, los mismos perfiles, la misma expresión, el mismo aire, la misma sonrisa, que el artista ha tenido bajo sus ojos? ¿Ha hecho algo más que reproducir el modelo? Apartad de su visual inspirada esa mira, esa imagen, y veréis que la cámara óscura de su cerebro queda vacía, que los resplandores de esa paleta se apagan...

Y si eso no fuese cierto, que el autor de la Venus hotentota delinie la silueta de la Venus de Milo. Que un pintor egipcio, sirio ó cosaco que no ha visto más que el desierto, dibuje los bosques tropicales de Bolivia, los espejismos del mar Adriático ó los resplandores del Vesubio.

¡Cómo olvidar que la fiebre divina de las meditaciones abrasa la cabeza del artista junto á esa mujer; que las brasas de esos ojos calientan su espíritu y queman su sangre, — y nunca en los fondos, siempre en las cimas sociales, en la altura del *atelier*, ese Sinaí cuyos resplandores alumbran la civilización!

En el período álgido de esa fiebre, el gran escultor Simart llegó en una pesadilla á delirar con que sus estatuas se inclinaban para estrangularlo, en venganza de su propia imperfección... ¡Dios mío! ¡hasta las estatuas cometen injusticias!

Convengamos que el artista debiera compartir su gloria con las pobres beldades cuyas manos seráficas le abrieron la puerta del santuario desde los tiempos de *Apeles*, de *Fidias* ó *Lisipo*, hasta los de el Tiziano, Leonardo de Vinci ó *Rafael* y *Miguel Ángel*, y desde entonces, época clásica del arte puro, hasta *Puvis de Chavannes*, *Delacroix* y *Meissonier*.

Porque ellas son las Diosas que todas las Edades acarician desde que la estatuaria las desnudó para exhibirlas en las plazas públicas, para que sus frentes desafíen allí el viento cargado de ideas que sopla sin cesar en una serie de siglos.

Si esos brazos de piedra pudieran abrirse y cerrarse; si esos labios helados desplegarse pu-

dieran, darían un abrazo y un beso á su modelo, su maternidad legítima. Y eso sucedería en todas partes; en Grecia, la patria ideal de lo bello; en París, « el cerebro del mundo »; en Roma, la ciudad eterna del arte.

En ese quinto piso, vecino del cielo, en ese recinto de vidrio, es imposible no ver que pintor y *poscuse* viven del mismo pensamiento, se identifican en igual aspiración : la conquista de la idea, concebida por él, corporizada en ella. Y como respiran la misma atmósfera moral, comparten de la misma pasión, se queman en el mismo fuego, se bañan en la misma luz, se completan de modo tal, que están identificados.

Porque, en efecto, ¿á qué se debe el nacimiento, la vida del Arte en esos invernáculos de cristal, en los que se aclimatan las flores del ideal, las plantas delicadas del pensamiento? ¿Á qué se deben lienzos con vida, broncees con expresión, mármoles con alma, esfinges con espíritu? ¿Á qué se debe esa que me permitiré llamar *literatura plástica*? Á ellas, redentoras de muertos antiguos. Á ellas, espejos límpidos que reproducen las imágenes nuevas. Á ellas, moldes divinos de creaciones inmortales que inspiran las obras maestras de los hombres, siendo ellas las obras maestras de Dios...

Inundado el mundo con sus perfecciones re-

producidas, á ellas se debe el refinamiento del gusto, las sutilezas de la elegancia, el lujo de ciertas manufacturas y el impulso de ciertas industrias.

En efecto, entre las aristas de una montaña nevada, los contornos de una camelia blanca, la silueta de una cara griega, y los perfiles de una ojiva morisca, de un chapitel corintio ó de un objeto de arte, hay parentesco de consanguinidad, porque hay la *común paternidad* del dibujo, ese idioma mudo, esa expresión suprema del progreso. La belleza animada, refleja sobre la belleza inorgánica...

He ahí los pañales de oro en los que la arquitectura y la ornamentación se envolvieron en su infancia. He ahí una de las fuentes de la riqueza, fuente más fecunda en Francia é Italia que en ninguna otra parte, pues los artefactos ingleses y sobre todo alemanes, no son más que imitaciones.

* * *

Y lo más triste es que desbordan los tesoros de su gracia y de su hermosura, sin comprender la grandeza de su misión, muchas veces con el heroísmo de la virtud triunfante, casi siempre con la inconsciencia de su perfección.

Dejan correr el curso cristalino de su vida

transparentando sus encantos. Mariposas de luz, cansadas de aletear, le dicen á la sombra: « ¡ déjame dormir! »... Y, duermen, rendidas de deleitar los ojos, de embriagar los sentidos, de enardecer las facultades, de convertirse en Hadas, Ninfas, Vestales, Afroditas, Odaliscas, Sibilas, Reinas, Madonas, Vírgenes, Ofelias, Huríes, Diosas, Santas, Mártires, Ángeles, Venus, Sílfides, Ondinas, Sirenas, Étaires griegas, Cortesanas romanas, Bacantes del segundo Imperio, Minervas, Euménides, Helenas, Cloes, Bayaderas, Bohemias y Gitanas. Duermen cansadas de llevar túnicas hebreas y ropajes etruscos. Duermen, como en las ramas duermen las aves, como en las cuerdas duermen las notas, como en las nubes duermen los rayos, como en las piedras duermen las chispas, como en la noche duerme la luz... Y, despiertan aureoladas, peregrinas, en efigie, de todas las zonas, que se exhiben en los templos, los museos, los palacios, las galerías, las plazas, los jardines y los salones de la nobleza.

Si una vez, así desparramadas por la civilización, pudieran unir á su vida estatuaría la existencia humana, es seguro que esas estatuas, al ver á sus *poseuses*, tornaríanse más frías aún con la impresión. Si tuvieran sensibilidad, al ver sus modelos, caerían de sus ojos inmóviles lágrimas de mármol. Si fueran transparentes, se

vería en su fondo el alma del *modelo*, como se ve una especie de resplandor de luna, al través de una lámpara de porcelana blanca.

Porque, en definitiva, ¿qué son esas estatuas? ¿Carnes convertidas en mármol, difuntos del Olimpo, *poseuses* petrificadas, hijas de Lot?... Pero hijas inmortales que no irán á confundirse jamás con el polvo de los muertos... No importa que no hablen nunca el lenguaje de ultratumba del Comendador y Doña Inés... ¡Conversan con la posteridad!...

Lloran, algunas, eternamente, sobre las lápidas del Heroísmo, del Genio ó la Virtud, manteniendo eternamente dolorosos sus rostros de granito, acaso porque están condenadas á vivir rodeadas de tumbas, de cipreses, allí, en medio de la vasta soledad de la muerte, proyectando sus propias sombras sobre las riberas de la eternidad...

Los modelos hacen así el bien, y se lo hacen á sí mismos, sin solución de continuidad, porque si son la apoteosis perpetua del pasado, los monumentos del amor en los que palpita el recuerdo, son también la idolatría del Arte.

Un suspiro lento, siquiera sea de tarde en tarde; un sollozo apagado, completarían su perspectiva y su misión, ya que son, en los cementerios, eternos testigos del eterno adiós...

¡ Ah ! ¡ mármoles inmutables y silenciosos !

¡ Nosotros, que os contemplamos, caeremos, todos, al abismo del no ser, en tanto que vosotros pasaréis en revista las generaciones venideras en gloriosa longevidad! Las contemplaréis perdurablemente, sin pestañear, sin tregua, á toda hora, sin estremecimientos, sin afán, sin angustia, sin frenesí, sin lamentos. Sí, callados, inertes, en ese día pavoroso sin ayer ni mañana...

Vuestras fisonomías impregnadas de antigüedad, empalidecidas con el tiempo, reflejan un misterio, por que todo el mundo sabe vuestra edad, todos admiran vuestra eterna juventud, todos conocen al autor de vuestros días, pero nadie sabe el nombre de la mujer en la que fuisteis modelados, de esa mujer á la que debéis la existencia, y el arte su poesía. ¡ Sarcasmo humano! ¡ Enigma doloroso!

Vuestra existencia artística es la continuación de la existencia real de vuestros modelos, y casi podría decirse que sus sentimientos sobreviven petrificados en vosotros... Y, sin embargo, ¿quién es esa mujer? ¿Cómo se llama? ¿En el hueco de qué tumba descansan sus despojos? ¡ Tal vez mientras su cuerpo marmolizado sigue de pie en el mundo, su alma ha volado al cielo rodeada de un coro de ángeles que entonaban el salmo de la virtud y del martirio!

*
* *

La misión del «modelo» humano es verdaderamente superior. Los sacerdotes fervorosos de la religión del Arte lo adoran, porque significa la psicología de la inspiración, la estenografía de sus alientos líricos y el molde estético de sus obras maestras. Y como es la verdadera corporización de la belleza, nunca mejor aplicada que al modelo, la frase de Platón : « lo bello es el esplendor de lo verdadero ». Ciertamente, porque lo bello tiene que ir á remolque de la naturaleza.

Hay más. El estilo, las formas, las líneas, la luz, la sombra, la tonalidad, tienen su historia, su índole y sus zonas; y es el modelo quien presta siempre la índole á ese estilo, las líneas á esas formas, la intensidad á esa luz, la obscuridad á esa sombra, el vigor á esa tonalidad, las etapas á esa historia, el colorido local á esas zonas.

Y no se crea que el modelo sirve sólo de *medium* á objetivos convencionales y pasajeros de determinados pueblos. Es la norma de las tendencias innatas, universales y eternas de la humanidad, que en todos los tiempos y en todos los climas ha revelado su propensión intuitiva.

tiva á dibujar los pensamientos y las cosas tomadas *del natural*.

Tal se nota desde las penumbras ultrahistóricas, hasta la magnificencia con que alumbra el luminar de la civilización contemporánea. Por eso las formas del pensamiento materializado se encuentran en esos monstruos artísticos, promiscuidad de hombros y Dioses, de mujeres y sirenas : en esos injertos de barbarie y de arte que los Faraones imprimieron en las pirámides de Egipto; los aztecas en sus templos; los incas en sus *chullpas*; los griegos en sus quimeras; los salvajes desnudos de los bosques en los troncos de los árboles; la India en los Dioses de sus pagodas subterráneas; los alarifes en sus mezquitas y en las tarbeas de sus aljamas.

De ahí nace que los contemporáneos, cuando quieren penetrar á la conciencia de un siglo, van á escudriñar cuadros y estatuas que no son otra cosa que las imágenes y las efigies de la *poseuse*, soñada ó real.

Así se explica que las generaciones que quieren embeberse en el espíritu del pasado, hacen romerías y jubileos para contemplar esas obras, legado de civilizaciones antiguas, restos de tiempos difuntos.

Así se explica que el alma de Grecia sea un alma siempre contemporánea, que sus ideales

sean siempre los ideales modernos, y que esa Era sea siempre la Era áurea del arte, excepto para algunos modernistas como Gavarni.

¡ Poder grandioso ! ¡ Reunir el ideal retrospectivo al ideal coetáneo ; corporizar el pasado y el presente, la muerte y la vida, en esos fantasmas cuyos rostros de piedra se bañan en los reflejos de un mundo antiguo ! ¡ Arrancar de cuadros vivos que caminan y hablan, cuadros inmóviles y mudos !

Prestan su alma que atisba por sus pupilas, y prestan su cuerpo que inspira en sus contornos, para retratar á los ángeles, las santas, y aun á la Madre de Dios, que se ostenta de pie, sobre un mundo azul y bajo un disco de luna que le sirve de dosel.

Resumen de modo tal, la suprema belleza física á la suprema belleza moral. Realizan así, la alianza del cielo con la tierra, la dualidad de lo divino y de lo humano. En estas pinturas místicas son dignos de mención, *Orsel, Flandrin, Tyr, Périn, Fra Angélico, Andrea del Sarto y Miguel Ángel*. Todos los pintores venecianos, y por eso las iglesias de Venecia son verdaderos Museos de pintura y escultura.

Tanto es así la verdad, que en Grecia se dedicaban sus carnes y se atribuían sus formas á las Divinidades para entregarlas á la idolatría de la religión y al fanatismo de la belleza. Es

que allá se tomó el cuerpo humano, y con razón, como el tipo ideal del arte pagano.

* * *

Pero vino el cristianismo á maldecir la carne, á esconderla en el claustro, á lacerarla con el cilicio, y á arroparla con las túnicas de los santos. Los moldes, así, se rompieron; *Apolo* y *Venus* no fueron más que ensueños retrospectivos. El sol del arte se eclipsó en el seno de una noche bíblica, en la que sólo se vieron desnudos Adán en el Paraíso y el Nazareno en la cruz.

¿Eso fué todo? No. Se discernió á *la carne* el diploma de triunviro de los enemigos de la humanidad, al lado de su cofrade *el demonio*. Se puso un abismo entre el cuerpo y el alma sacerdotal, ese abismo cuya magnitud y profundidad están maravillosamente dibujados en Jocelyn. — Y en vez de ver en la mujer el ángel de la casa y el modelo del arte, se le dijo con San Agustín : — « mujer, tú eres la puerta del infierno !... »

Las artes plásticas y pictóricas decayeron de tal manera, que podría decirse : los moldes se destrozaron en pedazos entre los dedos del artista; la corona y el cetro de la belleza cayeron

de la frente y las manos del *modelo antiguo*, y empalideció la fisonomía de la civilización.

Cosa muy natural, porque mientras el modelo no sea originariamente reproducido, sufrirá en lo más íntimo la personalidad del cuadro, habrá en él ese aspecto inexplicable de luz falsa, de vida prestada, de ausencia dolorosa de *realismo* ó sea de la devoción de la verdad.

Ingres y Delaroche lo han comprendido así, y por eso en la pintura del desnudo rivalizan con Delacroix : lo colocaron sobre un altar risueño...

No hay la menor duda de que el modelo es el oriente del artista y el alma del Arte. Rafael debe su inmortalidad á que su vida, casi ideal, estuvo rodeada de la aureola del Genio y de la aureola del amor. Por eso ha dado á sus Madonnas una expresión ideal, incomparable, de virginidad. Es el pintor por excelencia de la Mujer. La pinta, según el caso, divina y humana, santa y cortesana. La Fornarina, romana de belleza deslumbradora, fué la querida, el modelo, el ángel inspirador del pincel delicado de Rafael. La conoció bañándose los pies en las riberas del Tíber. Deslumbrado de su belleza, se apasionó de ella locamente, y aun se dice que ese amor fatal lo llevó temprano á la tumba. El cuadro célebre que está en la Galería Barberini en Roma, es el retrato

de la Fornarina, en actitud llena de gracia y de abandono, — la cabellera negra aprisionada en una redecilla de oro, mostrando en su carnación los menores hoyuelos, que parecen formados por el dedo del amor, carnación llena de verdad impecable. Se han hecho varias copias de ese retrato que figuran en los Palacios Borghese, Sciarra y Albani. Todos sus cuadros tienen el mismo origen : *La Madonna de San Sixto*, de Dresde; *La Madonna de Foligno*, de Roma; *La Bella Jardinera*, del Louvre, y *La Virgen de la Silla*, de Florencia. Estos cuadros son adorables y adorados, porque son hechos como él los imaginaba al través del amor idealizado y embellecido por la Fornarina.

Respecto á Tintoreto, su hija fué su modelo, en sus mejores cuadros, como *Las Bodas de Santa Catalina*, dos retratos admirables de su hija, *La Mujer adúltera*, y *Susana en el baño*. El Tintoreto confesaba que sin su bello modelo, no habría pintado jamás sobre el lienzo idealidades tan perfectas.

Lo mismo puede decirse de Leonardo de Vinci. *La Gioconda*, cuadro inmortal del Museo del Louvre, es el retrato de una Madonna, de Monna Lisa, mujer hermosa de Francisco Giocondo, florentino. Vasari, notable crítico de arte, dice que Vinci rodeó su modelo de músicos, cantores y bufones, para mantener en sus

labios su sonrisa divina. Los « estudios » que Vinci ha hecho de Monna Lisa son numerosos. El cuadro del Louvre ha inspirado páginas entusiastas á Michelet, Théophile Gautier, Gustave Planche, George Sand, Vasari y otros.

La sonrisa, palabra muda de contento ó de amor, expresión de la ironía, máscara del sufrimiento, cielo azul de la esperanza, ¿quién te hizo inmortal? Es el engima de los artistas, es el encanto de todos los que contemplaron la Gioconda en el Louvre. El pincel de Leonardo de Vinci, supo sorprender en la luz de las pupilas y en los labios de Monna Lisa, un misterio risueño, una armonía divina entre las facciones sensuales y el alma sensitiva de esa mujer que fué la adorada de los delirios y el modelo de las celestes inspiraciones artísticas de aquel Genio italiano. Ese cuadro, ó mas bien ese retrato, ha probado cuan grande y cuan eterno es el imperio de la Belleza sobre los hombres, aun sobre los Tartufos esotéricos que se deleitan con ella, sin confesarlo.

El célebre Tiziano Vecellio, llamado el Ticiano, es una de las glorias más puras de Italia; personificó la Escuela Veneciana, como Miguel Ángel personificó la Escuela Florentina, y Rafael, la Escuela Romana. Jamás se vió tanto naturalismo en la poesía y tanta poesía en el naturalismo, porque tenía el ritmo de las be-

llas formas, que él las dibujaba ebrio de placer, de felicidad y de amor en los brazos férvidos y desnudos de Flora, su amada y su modelo, á la que le dedicó un culto confundido con el culto del Arte. Al pincel del Ticiano y á la belleza de Flora, se deben cuadros inmortales como la *Venus acariciada por Adonis*, *María Magdalena*, cuando se le presentó Jesús, bacantes, ninfas, retratos de mujeres que inmortalizaron su paleta opulenta y voluptuosa, maestra en dar vida, colorido y dulzura á la carne estremecida por luz intensa. Carlos V admiraba á Flora.

Carlos V habría hecho bien de poner también á Flora sobre su pedestal, porque ella tejía las coronas de gloria que coronaron la frente del Ticiano. No se concibe el Genio sin el Modelo.

No es posible, no, pretender edificar el ideal sin los materiales de la belleza. Sólo *d'après nature* se puede llegar á la realización técnica de la idea. Sólo á esa condición hacen los genios poemas, dramas, idilios, sobre tejidos de lana, sobre las piedras de las canteras. Sólo á esa costa vive airosa, esbelta y lozana la flor del pensamiento, ante el desfile de los siglos que pasan jadeantes, aspirando el perfume de esa flor que no se marchita jamás...

Sólo la familiaridad entre el artista y el modelo puede producir la identidad entre lo ideal

y lo real, si se pretende que las obras obtengan títulos nobiliarios en la aristocracia del arte; si se quiere que vivan en las paredes de los templos, de los salones aúlicos y de las galerías, para desde allí proyectar la luz de la historia y hablar con los acentos de la naturaleza.

He ahí por qué, fábula ó realidad, admito la verosimilitud del turista aquél que, á fuerza de contemplar extasiado todas las tardes á la Magdalena de la catedral de Amberes — obra del pincel de Rubens, — concluyó por enamorarse de ella, al punto de sufrir con su recuerdo, su silencio y la imposibilidad de alcanzar su amor; al punto de encontrar glacial la belleza de las demás mujeres, y, con su propia indiferencia y melancolía inusitadas, inspirar celos acerbos á su propia esposa; al grado de perder el sueño y la paz del alma; al extremo de llorarle sangre el corazón por encontrar siempre sumergida en una especie de ensueño místico, siempre en la actitud de « la arrepentida », nunca de la amante, á esa imagen febril de sus delirios, á esa perdonada de Dios.

Al verla ciega, sorda, inmóvil, inconsciente y muda, se transportaba. Mas, al propio tiempo, veía brillo en sus pupilas, pensamiento en su cara, sonrisa triste en sus labios, inteligencia en su expresión, calor en su hermosura. Su mirada lo seguía sin parpadear, y él esperaba que diera

un paso, que hiciera un gesto, que hablara una palabra, porque parecía que se purpuraba su semblante, y que un sollozo oculto hinchaba su pecho, y que temblaban los pliegues de su veste carmelita. Espió á su redor, se trepó sobre un sitial, y cuando iba á dar un beso en la frente de su Magdalena adorada, el suizo de la iglesia se presentó y frustró esa tentativa de sacrilega profanación...

* * *

No es que un movimiento sugestivo lleve á los naturalistas á hacer el himno de la carne, la Odisea de la materia, como podrían creer los críticos incipientes y estultos; no. Es que la *poseuse* no es sólo una mujer, no es sólo el modelo de un cuadro. Es *un símbolo* que condensa teorías y esencias artísticas, dentro de la armonía suprema de las líneas humanas. Es *una escuela*. Es la reversión al pasado; es la reviviscencia del espíritu helénico en el culto de la forma. Es « el esplendor de lo verdadero » tanto en el pasado, como en este siglo moribundo.

Y así como la fe perseguida se refugió en las catacumbas, la belleza sacrificada se refugia en el *atelier* para salvar la carnación opalina, la palpitación del colorido, la armonía de las líneas y la sonrisa de los perfiles.

Y se salvan, porque la imaginación solitaria no podrá nunca sustituir á la realidad en configurar con perfección la materia.

Nada prueba más acabadamente estas verdades, que esa gran florescencia del arte que se llama el Renacimiento.

Hasta entonces, el espíritu judío redujo lo bello á un espectro galvanizado; á una actividad glacial; á un espíritu automático; á un aspecto aridísimo.

Pero el espíritu pagano del *Renacimiento* revivió el *simbolismo* y la idolatría de la forma. Las creaciones plásticas tomaron inmenso desarrollo, y volvió á refinarse el gusto artístico. La virtud, el fanatismo, el martirio, la fe, la gloria, el sacrificio, se corporizaron en las imágenes iluminadas por una claridad sobrenatural. Y nunca el espíritu se encarnó más en el *naturalismo*. ¡ Nunca el resplandor celeste se reflejó mejor en las obras geniales!

Desgraciadamente, la mano sacrílega de la Reforma religiosa pretendió destruir el simbolismo misterioso, la pompa del culto católico, la poesía del poema que principia en un pescbre y termina en una cruz, tan bien caracterizados por el genio de Chateaubriand. La aridez de una iglesia protestante, al lado del esplendor de un templo católico, son la mejor comprobación de esta verdad.



Recién iniciado en América el arte, fomentado en Buenos Aires por el Ateneo, la Escuela Estímulo de Bellas Artes y la Colmena Artística, he querido tributarle este homenaje humildísimo, personificándolo en un sér que todos lo vemos en todas partes, en forma de Dianas, Safos, Minervas, Aspacias, Mesalinas, pastoras, vírgenes, bailarinas, odaliscas, grisetas, santas compungidas, mártires torturadas, Agripinas moribundas y Cleopatras fulgurantes. Un sér que surge de los *ateliers*, de esos proveedores de flores, plantas, árboles, frutos, paisajes, mares, montañas, ríos, cielos y abismos, noches y auroras, ciudades y desiertos, vírgenes y mundanas, hombres y mujeres, niños y ancianos, muertos y vivos, virtudes y crímenes, cunas y tumbas, idilios y tragedias, Dioses y demonios, inviernos con su blanco sudario de hielo y primavera con sus fiestas de flores. Admirables recintos que en ámbitos estrechos condensan el Universo entero... Calabozo sin rejas de la *po-seuse*, condenada á desesperante inmovilidad, ya desnuda, ya cubierta con un velo que es el sudario de su castidad.

* * *

¡ Triste y dura existencia ! ¡ Cuántas veces, al contemplarla, he meditado en la tortura que fué el precio de su pudor virginal ! ¡ He comprendido entonces sus congojas íntimas cuando por vez primera sentía en su belleza desnuda aplacarse la sed del arte ! ¡ Víctima ajada con miradas y deseos ! ¡ Inmolación moral coronada de ensueños !

Rompe el misterio ; descubre el secreto ; marcha con dolor sus azahares. Ave recién herida, quisiera esconder el rostro bajo el ala del pudor, esa ala ensangrentada y rota... ¡ Cuánto debe costarle el convertirse en la casta musa de las castas inspiraciones !

Traga una lágrima, oculta un sollozo en el pecho, ruega al pintor que no haya público, y comienza á hacer la transfusión de su sangre y la trasmigración de su alma, mediante *el étalage* de sus carnes, á tanto la hora.

Y más tarde, quizá, al través de su silencio, de su quietud, el corazón de esa estatua viviente ha dado un latido. No se juega con el fuego impunemente... Dos mariposas no se envuelven en la llama sin quemar sus alas... Tras la conjunción de dos astros por la ley de la atracción, es inevitable el choque...

* * *

En veces la mujer se esfuma, y sólo queda el modelo : músculos, ángulos, carne y perfiles. Pero también se desgarran el velo de la estatua, cae la máscara fría del arte que cubría el fuego del amor.

El escultor ordenó á la *poseuse* que bajara de la tarima para descansar, y ella descendió, desperezándose, después de tanta quietud del cuerpo, de tanto errar del espíritu.

Él se puso á tararear un trozo de *Rigoletto* : con dulcísimo acento : ¡ la voz humana sale del alma ! Entre nota y nota, una mirada á *Mademoiselle Marthe*, — entre caricia y caricia, una puñalada.

Despidió al aprendiz, que daba golpes monótonos á un bloque, con pretexto de comprar cera, y después de hondo silencio, exclamó :

— ¡ Solos !...

Marthe lo miró con seriedad.

— ¡ Hermosa mía ! la dijo, aproximándose con pretexto de estudiar su cabeza, hasta que sus mejillas se juntaron casi, y ella, rechazándole suavemente con la mano :

— ¡ Galanterías banales ! ¡ Adoración de un día !

— ¿Cómo? ¡ Cuánta energía ! No olvides que yo rompo el mármol...

En ese momento volvió el aprendiz y se puso á mezclar cera plástica con arenilla, terebentina, grasa y fécula : esa masa informe la envolvió en un lienzo húmedo.

El escultor, agitado, volvió á despedir al aprendiz, y pasó después la mano temblorosa por la frente de su *poseuse*.

Ella, exasperada :

— Yo no soy para ti más que una estatua...

— ¡ Y bien ! ¿ Por qué ? Porque vives en el regazo del arte... Ama á un artista. Por mi parte ya no puedo resistir en silencio tanta impresión. ¡ Qué feliz si consigo tu afecto !

— Hizo Marthe un gesto ; imposible comprender si de dolor ó desagrado.

— Así, colérica, estás más hermosa, la dijo.

— Me voy, debo *poser* en casa del pintor de *Bleau*.

— ¡ Ah ! ¿ te vas ? He ahí una peculiaridad de la profesión de *poseuses* : *inspirar* á la vez á diversos artistas... Suspiró ella, y calló ; los ojos bajos, el rostro encendido, se puso á golpearse con un martillete en la palma de la mano, con aire de encantadora niñería. Contemplándose después en el espejo y arreglando su peinado :

— ¡Qué fea estoy!

— Más linda que aquella estatua, pero más fría, dijo el artista, señalando una efigie de Marthe.

La indiferencia oculta el afecto, como las cenizas esconden fuego... ¡Pobre mujer! Una lágrima corrió por su mejilla empalidecida. ¡Esa lágrima era el poema del silencio!

Entraron en ese momento un fundidor, un aprendiz y un peón con el traje cubierto de polvo harinoso, un saco lleno de arcilla amasada y un balde con agua lechosa.

Dijo el primero al artista :

— Señor, ya está fundido el bronce. Traigo á estos camaradas para que hagan pronto la pasta de la estatua...

— Está bien.

— Vengo también á felicitar á usted porque acabo de saber que en pocos días más se celebra su matrimonio con la condesa de Devo...

Un alarido de Marthe interrumpió esa revelación. Temblorosa, pálida; rugidos sordos agitaban su pecho.

El artista, de pie entre dos bustos de mármol, se confundía con ellos por la blancura súbita, el silencio y la inmovilidad.

Ella saltó, ebria de ira, y con el martillo que tenía entre manos, golpeó una y diez veces aquel mármol, su propia imagen. Le rompió un

brazo, le partió el seno izquierdo, y dijo á gritos :

— ¡ La pena del Talión !

Y él, asiéndola de la mano :

— ¡ No mutiles á una inocente, no asesines á una indefensa !...

— ¿ Qué? ... ¡ Cobarde !... ¡ Estoy en mi derecho !

— ¡ No ! ¡ Porque esa obra no te pertenece !

— ¡ Puedo hacer *de mí* lo que yo quiera !...
¡ Esa estatua soy yo !. Esa estatua es Marthe en mármol...

— Es mi obra y...

— ¡ Sí, y es tu gloria ! Pero yo fuí el alma de esa gloria. Tú le diste la vida : yo puedo darle la muerte. ¡ Y yo también concluiré así !...

Jamás volvió á saberse nada de ella.

Esos *ateliers*, tan apacibles casi siempre, son á veces un escenario de *Shakespeare*. Con la diferencia de que todos sus dramas son entre bastidores...

* * *

Un *atelier* estaba cerrado; sin fuego y sin luz. Ayer en la flor de la juventud y de la gloria, hoy cubierto sobre una mesa con un manto de flores, rodeado de parientes que ahogan sus sollozos y de amigos que lloran de ro-

dillas. Nunca estuvo más hermoso. Las facciones rígidas, la boca entreabierta y risueña, parecía dormido. Se confundían el primer frío de la muerte y el último latido de la vida. ¡Artista desgraciado! El exceso de labor cerró sus ojos para siempre, dejando inacabado su último busto... ¡El mundo no comprende á esas víctimas del pensamiento!

Una mujer bizarra y hermosa se abre paso, solloza como una plañidera, besa esa frente que ella ha inspirado tanto, y desaparece con palidez siniestra, la caballera desgredada y los ojos llenos de resplandores trágicos...

En la noche flota su cadáver en el Sena. No pudo sobrevivir. Era el modelo de aquel busto inconcluso. Fué desde entonces modelo... de sentimiento y de virtud.

* * *

No hay en el *atelier* solamente la nota trágica. Suele haber algo de *vaudeville*.

Una señora de aire magistral, distinción típica, lujo imperial y belleza melancólica, tocó la puerta de uno de esos «santuarios». Se anunció como candidata de *poseuse*. El artista quedó estático. La desnudó, giró en torno de ella, contemplándola ávido de la cabeza á los pies. Belleza incomparable que inspiró al artista bríos

heroicos. Él palpó su triunfo. Ella se sentía adivinada. Jamás el esplendor de la carne lo había embriagado así. Su corazón latía con violencia delante de esa desnudez mística, divina y sensual á la vez.

— Señora, le pagaré lo que usted me pida. Con semejante modelo estoy seguro de una obra maestra. Le confieso que ésta es una victoria sin combate, y que mi cuadro no tendrá precio.

— ¿Y yo qué precio tengo? repuso ella.

Tres horas por día, á 20 francos la hora, fué lo convenido.

Empezó su esbozo con embriaguez de gloria, con efervescencia artística. Al tercer día, el cuadro avanzó mucho; al cuarto, ella faltó... El pintor estaba sobresaltado y febril; comprimía su cabeza como para retener su inspiración hasta que volviese su modelo. Se paseaba desesperado en todo sentido y con la vista sobre el lienzo, murmurando :

— Mi obra maestra !... Voy al Salón !... ¡ Cuarenta mil francos por lo menos !

El portero le entregó la siguiente carta :

« Señor : no piense más en mí. Tomo en el Havre el vapor para Nueva York. Le devuelvo la plata, porque es dinero lo que me sobra. Mis adoradores me creen la perfección de la belleza humana. Fui á buscarlo á usted para ver si el

talento sancionaba los juicios del amor... Ahora es usted quien debiera ser pagado por mí... Perdone la molestia. ¡ Adiós! »

Era una excéntrica y acaudalada norteamericana, hija de Georgia.

* * *

Pero ya que he seguido las huellas de un tipo social en sus irradiaciones artísticas, históricas y personales, permitidme dar el toque final, tocar las puertas de su buhardilla.

Á la dudosa claridad de la tarde, cuando empiezan á titilar en el *boulevard* las lámparas de luz eléctrica, se retira sola á su hogar á preparar su sustento, — el espíritu fatigado, los músculos entumecidos. Llega al último piso, á su pobre morada. Pocos muebles vetustos de tapices destripados. En el fondo, un calorífero de hierro que sirve de cocina y de chimenea. Un depósito de carbón; pendiente una fiambrera de alambre en que están enjauladas una lonja de carne y unas hojas de legumbre. Las fotografías de sus padres á la cabecera de su cama. Un cuadro de dos viudas enlutadas, abrazadas y llorosas, que simbolizan la Alsacia y la Lorena. Su propio retrato, al óleo, de Odalisca, tendida en un diván otomano de mullidos y encarnados cojines. Una lamparilla sobre

una mesa blanca de pino, ilumina con tenuidad esa mansión, que hospeda el desengaño, la orfandad, el sufrimiento y la miseria. Más parece un granero. Rincón sin ecos, cuna vacía, jaula desierta, estancia triste, nido ignorado, prisión sin rejas, hogar sin luz...

* * *

Permitidme también asegurar, al concluir, que en esos hombres de aspecto soñador, melenas largas y *toilettes* descuidadas, encontré espíritus delicados, caracteres dulces, almas selectas, corazones sencillos, más que en ninguna parte. No sé si dependa eso del divorcio de las miserias del mundo, de su misión de apóstoles de lo bello ó de su vida claustral y solitaria. Llenos, con altiva humildad, de candidez y talento, me hacen la impresión de monarcas destronados, repletos de dolores, pensamientos y virtudes especialísimas. Viven como suspensos entre el cielo y la tierra, en perpetua observación, en constante deslumbramiento, sorprendiendo bellezas que resplandecen más en sus ojos, como las gracias de la mujer amada brillan más y mejor en la pupila del amante.

Los hemos visto ya en sus grandezas. Pero no hay sólo rosas en su camino... Su aprendizaje es penosísimo. Pasan días y noches con-

templando la labor del maestro y ayudándole en todo, batallando con la miseria. ¡ Qué horas tan largas y qué cadenas tan pesadas antes de sentarse en el taburete del artista ! Y, entonces mismo, ¡ cuántas tardes invernales sin fuego, cuántos días sin sol, cuántas noches sin sueño ! Su conciencia es un campo de batalla en que la fantasía y la realidad se disputan con encarnizamiento su preponderancia y su imperio.

En su interior, la intuición de la gloria; afuera, un ser anónimo que pasa codeado, inadvertido, entre los oleajes de la multitud... ¡ Y, sin embargo, sus amarguras no son menores que las del vencido de Farsalia ó del prisionero de Santa Elena !

Ante las grandes injusticias, caen del entusiasmo al desengaño, como cae el hierro candente el agua helada. Y con razón; puesto que están aturcidos con los aplausos á las mediocridades...

Al fin desfallecen, y experimentan el deseo de la soledad y el anhelo de la muerte. En su caída son víctimas de los sátiros sin conciencia; de los zoilos sin criterio; de los negociantes de cuadros, judíos del arte que debieran ser arrojados á latigazos del templo...

El hombre concluye por desterrar al artista : su visual disminuye; su mano está torpe; su cincel pesado; su inspiración es una esclava re-

belde que no le obedece ya. Falta el ambiente á su corazón y el aire á sus pulmones. Quisiera tomar su martillo para romper una á una las cabezas de sus estatuas...

Recordemos á *Laberge*, el pintor de los bosques sombríos, que expiró con el pincel en la mano contemplando ramajes verdes y troncos musgosos, al dibujar su último cuadro, *la selva de Virieu*; á *Marilhat*, el orientalista ilustre, á quien empujó á la tumba el clima de Dongola, de Abisinia, de Siria, del Alto Egipto, del Cairo, de Alejandría, del Líbano y de Jerusalén, ayudado ese clima en su perfidia por decepciones artísticas que consumieron de melancolía su existencia.

No olvidemos á *Correggio*, el artista lombardo que al reproducir la fisonomía pálida de la Italia nerviosa y triste, al dibujar paisajes formados con rebaños en libertad, viñas solitarias, plantas que con dolor caían al suelo ó se enredaban en ruinosos muros, en mármoles mutilados ó en estatuas viudas, — cómo *Correggio*, famélico, que al pintar todo eso, con mano divina, enjugaba sus lágrimas por no poder llevar el pan á la esposa y á los hijos.

Me inspiran los artistas veneración, por lo mismo que son pupilas visionarias; pensamientos en continua oscilación; corazones llenos de

inquietudes poéticas; cabezas repletas de fantasmas invisibles; espíritus que viven alternando entre el ensueño solitario y el despertar convulsivo, delante de la realidad del modelo, que es el ideal hecho carne. Y en todo caso, almas en perpetua tensión, espíritus de los que se ha llevado la voluntad, el vuelo de la ilusión creadora, prendida de las alas, para caer después en los abismos, en esos abismos interiores del arrobamiento artístico...

Los venero, porque he visto en ellos, como en nadie, efusiones purísimas, vuelos siderales, accesos líricos y benevolencias socráticas.

Me inspiran veneración los artistas, porque veo en sus frentes una centella caída, ¡no sé de donde!... Porque los he visto agotarse á la luz del sol y de la lámpara. Porque me han hecho soñar, al punto de que recuerdo haber dejado caer la frente somnolente sobre la almohada, con la cabeza llena de arcillas ideales, estatuas de carne, cuadros semovientes y mármoles tibios, calentados con el calor del alma, mármoles bañados con los resplandores del otro mundo...

Me inspiran veneración, porque han conseguido dar cuerpo á mis propias impresiones. Porque no he visto nunca á manos humanas recoger mejor las indicaciones de la naturaleza

para dar á su conjunto la vitalidad de la idea, tras luchas nobilísimas.

Acaricio la esperanza de que, en fuerza de ello, se me perdone, si no he podido pintar bien al pintor, su modelo y su taller.

DEDICATORIA

Á LOS SEÑORES GENERALES NARCISO CAMPERO
Y ELIODORO CAMACHO.

Que me sea permitido tocar, en el Centenario de la Independencia de América, con respeto reverencial, las puertas de los sepulcros de estos dos soldados ilustres y letrados, para jurar que conservaré siempre religiosa devoción por su memoria.

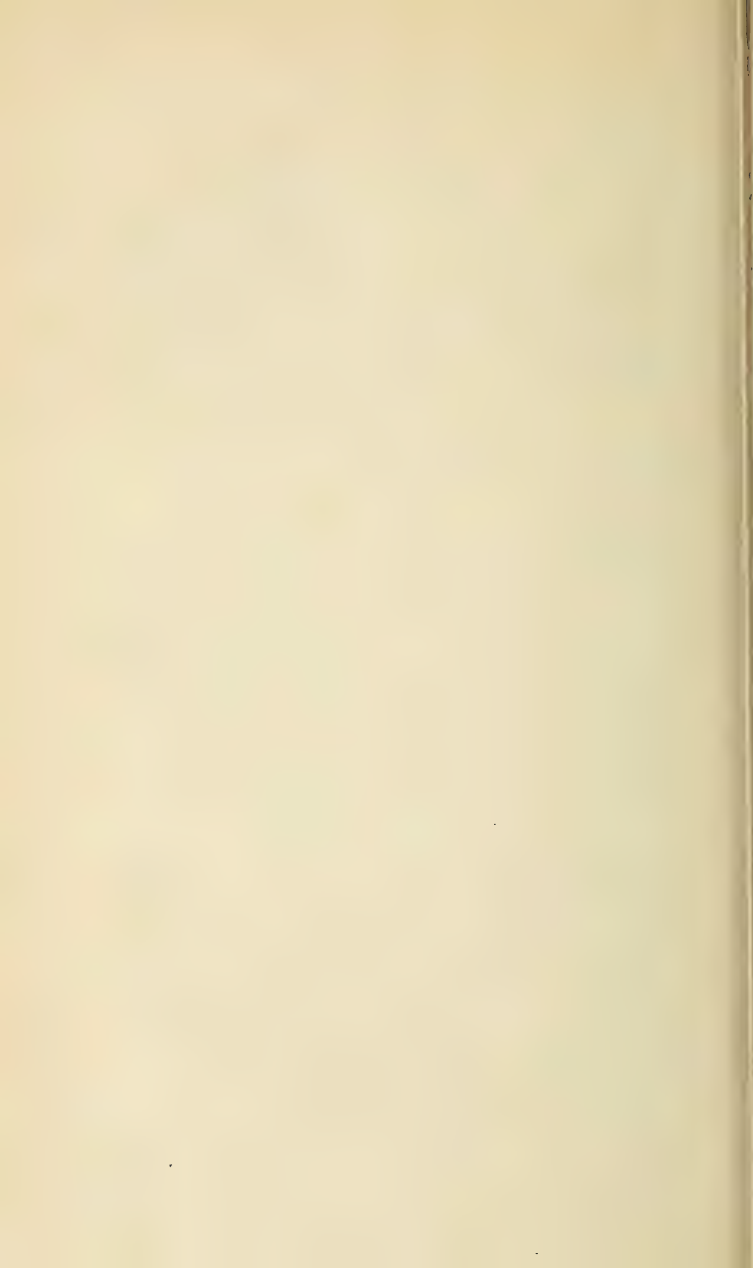
Fueron ambos los ciudadanos más puros, los héroes más replandecientes de la historia de Bolivia, — dignos de sus mayores en la nueva Iliada de la emancipación de un Continente. ¡ Completaron esa obra grandiosa ! ¿Cómo? Campero, el hidalgo típico, siendo un Presidente ejemplar, digno de Sucre. Camacho, el modelo del patriotismo, más que Presidente, renunciando, con virtud republicana, á tomar las codiciadas insignias del poder supremo. Ambos, rodéandose de los arreboles del heroísmo por

la Libertad y la Independencia, dentro y fuera de las fronteras nacionales.

Que este homenaje de un humilde compatriota, llegue hasta el umbral de su gloriosa inmortalidad, ya que la ingratitude no les ha erigido las estatuas que reclaman el deber cívico y la conciencia nacional.

J. DE L.

Bruselas, abril de 1910.



BIOGRAFÍA DE DON JOSÉ JOAQUÍN DE LEMOINE

I

SOPADA ya mi incipiente pluma para trazar los rasgos biográficos de la vida y de la fisonomía moral del gran patricio don José Joaquín de Lemoine, me asaltó el temor de que se atribuya el espíritu de estas páginas á afectuosa parcialidad, no por la generalidad de mis conciudadanos, que son muy patriotas, sino por algunos que debieran ser diplomados en el « arte de la emulación », en desconocer el mérito ajeno, en empañar la gloria de otros, hasta con detrimento de la verdad histórica... Vale decir, en desterrar la luz... Es por eso que en estas páginas, cedo el campo y la palabra á los personajes, realistas y patriotas, que figuraron como actores principales sobre el tablado del escenario histórico de la Independencia, así como á historiadores distinguidos, bolivianos y

extranjeros, que han destacado la figura política del señor de Lemoine en los cuadros de gobelinos, tejidos con los hilos de oro de las tradiciones coloniales, de esa época en la que los resplandores de la libertad iluminaron la densa obscuridad del humo sobre los campos de batalla.

Antes de trazar estas líneas, he consultado á Pedro Ignacio de Rivera, actor principal de la revolución del 25 de Mayo de 1809, y Síndico y Procurador General del Ayuntamiento; al General Díaz Velez; á M. A. Tardio, del Consejo de Su Majestad y Alguacil Mayor de Corte de la Audiencia de la Plata; al propio cabildo de la ciudad de la Plata en oficio dirigido al Excmo. Virrey de Buenos Aires; al General colombiano don Carlos María de Ortega, Presidente y Comandante General de Charcas; á los redactores de los partes oficiales de las batallas de Salta, de Tucumán, de Guaqui y de la Plata, así como al General don Eustaquio Antonio Díaz Vélez. Innumerables son los documentos oficiales en que se hace mención del señor de Lemoine, así como en varias obras históricas, tales como la de Urcullo; doctor Manuel Sánchez Velasco, Secretario de Cámara de la Real Audiencia; Manuel José Cortes, Muñoz Cabrera; José Domingo Cortés; Valentín Abecia; Samuel Oropeza; Jorge Delgadillo, etc.

Cierto, renuncio por manera tal, á ser el arquitecto de un edificio histórico, para limitarme á la misión modesta del obrero que acumula sus materiales de construcción. ¡ Que los pequeños bloques que acarreo sobre mis espaldas, sean ubicados por otros en el terreno de las glorias nacionales, ya que al precio de ellas, se rompieron las cadenas de un continente cautivo, se desterraron para siempre las coronas de oro recamadas de gemas, simbólicas de las autocracias, hoy caducas, ayer providenciales, ... ya que esas glorias han vislumbrado el mundo !

Dada la deficiencia de la historia del Alto Perú, y el imperdonable descuido en investigarla, un átomo más en aquel edificio, una palabra nueva en aquel inventario de sacrificios patrióticos durante 15 años, no son, ciertamente, menospreciables.

II

Mientras hervía en las entrañas de la América el sentimiento de la Libertad, la mano de la Providencia parece que acumulaba las circunstancias propicias para que esa hermosa cautiva vilipendiada por la Metrópoli, rompiera

sus cadenas para arrojar sus rotos eslabones sobre el rostro de extranjera tiranía.

En efecto, para la bélica preparación de un nuevo orden de cosas, sirvió por mucho el ejemplo grandioso ofrecido por la colonia británica de la América del Norte el 4 de junio de 1776, en que consumó su independencia, gracias á la hábil dirección de Wáshington, secundado poderosamente por los franceses Rochambeau, La Fayette y otros.

Además, las nunca vencidas, siempre vencedoras legiones francesas del dominador del mundo, invadían el territorio de España, debilitando su cetro, símbolo, entonces, de su poder absoluto, « divino » y casi mundial.

Carlos IV abdicaba la Corona en favor de su hijo Fernando VII, debido á una revolución que estalló en Madrid. Carlota, hermana de aquél, pretendió, infidentemente, el dominio y señorío de las colonias hispanas.

El trono de Francia, como es sabido, trabajaba, solapadamente, para arrebatar á la Corona de España el dominio de las colonias americanas, hoy Repúblicas independientes. La Princesa Carlota, á su vez, conspiraba para incorporarlas á la Monarquía portuguesa. Fernando VII es arrastrado á Bayona, y aprisionado.

La Gran Bretaña, como la Francia, preten-

dió también clavar en América la bandera de la conquista, pero el heroico pueblo Argentino, resistió á la invasión, en Buenos Aires, en la gloriosa guerra de la « Reconquista », y las naves inglesas, vencidas, tuvieron que partir hendiendo y ensangrentando las aguas del Plata, como cetáceos heridos.

Las maniobras de los patriotas pusieron en anarquía á sus dominadores, al propio tiempo que conspiraban para destruir el andamiaje podrido de su poder, hasta ocasionar la prisión del Presidente don Ramón García Pizarro.

Al propio tiempo, el gran luminar de la Revolución francesa, cuyos resplandores iluminaron tantos siglos de autocracia, se reflejaron también sobre la frente hermosa de la joven América. Su corazón se sintió henchido de amor incandescente por la Libertad, ante el ejemplo sobrehumano de aquel pueblo que, según la expresión de Peiletán, « ningún otro pueblo tiene nada de comparable, por la impulsión rápida dada al progreso de la humanidad, por la altura de los ideales, por la magnificencia de la abnegación, por los milagros humanos de las victorias materiales y morales, por la potencia indestructible de los resultados obtenidos... » Ese milagro se operó con la manumisión de la América esclavizada... Uno de esos resultados, fué la Odisea de su Independencia.

III

El régimen de la opresión ibérica contribuyó también por mucho á ese sacudimiento continental. La conquista á lo Nemrod; la expoliación del pueblo en provecho de los magnates; el quinto de los bienes pagados al Rey; los privilegios expoliatorios; la corrupción administrativa constituída en sistema de gobierno, etc.

Al propio tiempo que los opresores, como el traidor General José Manuel Goyoneche, Guardia de corps que fué del Rey don Carlos IV, y el tiranuelo sanguinario y senil don Vicente Nieto, Mariscal de campo, desesperaban al pueblo. En las entrañas de éste fermentaba ígnea la rebelión.

Los patriotas conspiraban día y noche, y, á Dios gracias, un hombre providencial, ungido del Destino, con genio en el cerebro y un volcán en el corazón, de pie sobre la cumbre del Monte Sacro, dominaba con la mirada el azul firmamento del Nuevo Mundo, y hasta sus últimos confines, abarcaba el horizonte de su misión de redentor de un hemisferio.

Sobre ese pedestal, digno de su heroísmo,

juró dar la libertad á América. ¡Cumplió su juramento, y dió á Bolivia su nombre patronímico!... — « ¡Bolívar! El nieto de un partícipe de tus glorias, se inclina reverente para bendecir tu memoria!... »

¡Coincidencia celeste! En la falda de esa montaña sagrada, al pie del Aventino, el pueblo romano recibió el bautismo de la Libertad, y canonizó la majestad de sus Derechos políticos y civiles.

IV

Buenos Aires, la gran capital de la gloriosa Nación argentina, fué el teatro en el que se preparó uno de los más insignes acontecimientos de la Historia Universal. ¡De la cumbre de los Andes, trasmontados por San Martín, todos los siglos venideros contemplarán su gloria!...

En efecto, allá, de acuerdo íntimo con el Alto Perú, se encendió la hoguera continental de la revolución, en la que se inhumó, para siempre, la dominación europea. Se fundieron en el fuego sagrado de esa hoguera los cetros y las coronas, símbolos de esa dominación.

Oigamos á su representante, al Excmo. Vi-

rrey del Perú, don José de Abascal y Sousa, Teniente General de los Reales Ejércitos, marqués de la Concordia Española, gran cruz de Carlos III y de Isabel la Católica. Oigámosle en su Informe presentado á su sucesor don Joaquín de la Pezuela. Dice así :

« El pernicioso ejemplo de insubordinación y falta de respeto á las leyes y á las autoridades, que ofreció la ciudad de Buenos Aires á los demás pueblos de la comprensión del Virreinato, y aun á toda esta América, el 14 de agosto de 1806, repetido después con mayor desacato el 13 de Enero del siguiente año, y que produjo la escandalosa independencia de la plaza de Montevideo, protegida por los mismos revoltosos que abrigaba la misma capital, como vecinos y como miembros de su Ayuntamiento, según la prudente conjetura que ministran las ocurrencias del 1.º de Enero de 1809, *son sin duda origen de los movimientos que padecieron después en la Plata (Chuquisaca) y sucesivamente en la infeliz ciudad de La Paz.* »

Infeliz. ¿Por qué? ¿Porque se lanzó con heroísmo á decapitar la Monarquía en América! — Pueblo guerrero y valiente, cuando es preciso, y que lleva ahora bien su nombre, poniéndose al servicio del orden y del progreso nacional.

La Audiencia de Charcas (Sucre) y La Paz,

obraban de acuerdo con Buenos Aires, sigilosamente, para preparar los acontecimientos guerreros sobrevenientes.

Con cuánta razón dice el eminente escritor chileno Benjamín Vicuña Mackenna, refiriéndose á Sucre, cerebro entonces del Virreinato : *fué la cuna volcánica de la revolución.*

Chuquisaca, fundada en 1623, con sus magníficos Colegios y su célebre Universidad de San Francisco — Javier, fué desde el principio del siglo XVII, el centro de la ilustración del continente.

Ahora bien, en esa cuna ígnea nació uno de los heroes americanos más sobresalientes, don José Joaquín de Lemoine y Villavicencio, el 20 de marzo 1776.

De esa cuna, dice el distinguidísimo escritor boliviano doctor Jorge Delgadillo : « Chuquisaca fué la madre inspiradora de los célebres, ilustres argentinos Moreno y Casteli, y de los ilustres chuquisaqueños, Monteagudo, los dos Zudáñez, Alzérreca, Michel, Mercado, Pulido, *Lemoine*, Paredes, y otros, que ardían en sentimientos de libertad, y que, *de acuerdo*, como estaban, *con las juntas secretas de Buenos Aires*, se constituyeron en « heraldos de la nueva idea », y partieron á las principales ciudades del Alto Perú con objeto de propagar el incendio revolucionario. »

Escribir la biografía de uno de esos heraldos, sería seguir la corriente de los sucesos sobre el álveo histórico de mucho tiempo de conspiraciones, precursoras del 25 de Mayo, sería seguir la cronología de 15 años de guerra, cuya historia está recamada de sacrificios, heroísmos, privaciones, destierros, angustias, mártires, heridos y muertos, la historia de batallas sin cuento.

El señor de Lemonie afrontó todos los sacrificios con estoicismo patriótico, con entusiasmo incomparable, hasta que vió enguinaldada su patriótica esperanza de saludar con su propia mano, agitando en el aire su kepi de guerrero, la alborada libre de las Repúblicas independientes del Continente Hispano-Americano. Para trazar su biografía completa, habría que seguir al estadista en su obra administrativa como experto funcionario público en diversos puestos, y entre ellos, los de Ministro de la Guerra y Ministro de Hacienda, pues era soldado y hacendista á la vez. Á eso debió su hermosa fortuna confiscada por la Metrópoli é invertida en parte en los gastos de la guerra.

Pero, como tengo indicado, dejo de lado mi paleta y mi pincel, para librar á otros la tarea de trazar su retrato moral de cuerpo entero, por más que es doloroso hasta el presente, que cuanto se ha escrito á su respecto, no pasa de

la magra agrupación de someros datos relativos á su vida.

Su belleza moral correspondía á su hermosura física. Estatura mediana, fornido, complexión de mucha longevidad, maneras cultas, presencia distinguida. Su rostro, con la intensa blancura del nardo, tenía facciones de finura casi femenina, — nariz aquilina; grandes ojos de claridad celeste, encuadrados por cejas que parecían dos pinceladas perfectas; labios finos, plegados, perfilando la boca diminuta. El cráneo semejaba modelado por la Musa de Benvenuto Cellini, y era ligeramente ralo y completamente nevado por los inviernos de la vida; y en el frontal brillaba un reflejo espiritual y aristocrático. *Anima sana in corpo bello* (1).

V

Tal es la imagen del gran repúblico que tanto contribuyó á la « emancipación de la América », nacida entre pañales de luz el 25 de Mayo de

(1) Por orden de la Municipalidad de Sucre mandé hacer con un pintor romano un retrato al óleo del Sr. de Lemoine que fué colocado en el salón municipal de Sucre, con gran solemnidad.

1809. Esta fecha inmortal es al propio tiempo el frontispicio de oro de la libertad de un continente, y la inmensa urna cineraria de trescientos años de teocracia hebrea, de fanatismo medioeval, de tiranía cesárea y de obscurantismo misterioso... Sí, misterioso, porque como dice muy bien el esclarecido historiador boliviano Manuel José Cortés : « La esclavitud no tiene historia. » (*Ensayo sobre la Historia de Bolivia.*)

Esos tres siglos transcurrieron desde que las carabelas españolas desembarcaron en el Nuevo Mundo á Colón, al hombre providencial, cuya inspiración supo perforar todas las sombras del gran misterio geográfico del planeta.

El señor de Lemoine, su hermano Fortunato, que murió en Buenos Aires de neumonía á causa de sus constantes viajes nocturnos y de sus penalidades de conspirador y guerrero, y su hermosa y heroica esposa, Teresa Bustos Salamanca de Lemoine, que todo lo sacrificó por la patria, contribuyeron á que Pizarro decretara la prisión de innúmeros patriotas, entre ellos, la de Lemoine y su esposa, pues como el mismo Pizarro le decía á Sanz : « El horizonte estaba denso y los ánimos electrizados. »

Quiso ese esbirro desplegar el terror. Entre esas personas contábase á los Ministros, los

miembros del Ayuntamiento, de la Universidad y del Cabildo Eclesiástico. Hizo transportar las armas á la Audiencia ó Palacio Presidencial. Reforzó sus tropas, cargó los cañones, y, tras ese aparato bélico, amenazó ese octogenario enfurecido, con muertes y proscripciones nuevas, pues las prisiones y los cadalsos estaban á la orden del día.

La señora de Lemoine mandaba entonces sigilosamente á un sirviente mudo á los conjurados con cartas cosidas en el forro de sus vestidos, y firmadas con los seudónimos convenidos de « Parra » y « Viña ». Muchas de esas cartas fueron dirigidas á don José Benito Alzérreca, cuya casa era el foco de la conspiración, y remitidas muchas otras, por otros medios, á Buenos Aires, pues allí estaba la alta dirección de la insurrección, desde 1805, es decir, desde que el gobierno inglés invadió Buenos Aires con la expedición á cuya cabeza estaban el Almirante sir Home Pophan y el General Williams Carr Beresford.

La señora de Lemoine, histerizada con la conspiración, vendió sus joyas para convertirlas en balas y pólvora.

Una de esas cartas fué descubierta, y el General Nieto la hizo desterrar entonces á Lagunillas, á pie, con sus pequeños hijos, sin abrigo y sin sustento.

Otros personajes fueron desterrados por Nieto á Casas-Matas. El señor de Lemoine emigró á Buenos Aires. Confiscados sus bienes de fortuna, conspiraba en la capital Argentina con Belgrano, Casteli, Saavedra, el doctor Moreno, Diego Puyrredón, Díaz-Vélez, Balaustro, Encalada, doctor Peña y otros patriotas distinguidos que formaron después en Buenos Aires la Junta de Gobierno.

El Tribunal Realista no se dió cabal cuenta de los alcances de la situación, y contaba mucho sobre sus poderosos armamentos y sobre la impotencia de un pueblo en apariencia inerme, pero no contaba con el patriotismo de éste que precipitaba los movimientos subversivos.

Las patrullas nocturnas, presididas por el Conde de San-Javier y el Alcalde Juan-Antonio Fernández, recorrían las calles de Sucre.

El señor de Lemoine, que había sido desterrado dos veces, la primera á Buenos Aires, como se ha visto, y la segunda á Salta, volvió á Sucre como mensajero de sus compañeros bonaerenses.

Su esposa para entonces, había sido trasladada á pie de Lagunillas, donde fué desterrada, á Oruro, siendo encerrada en un reducto, prisión sombría, infecta y húmeda. Allí contrajo una enfermedad al corazón, y cuentan las crónicas de esos tiempos que se puso histérica al

saber que sus pequeños hijos fueron puestos literalmente en la calle pública por las autoridades, y que de allí los recogió la caridad social. En efecto, su hijo Jacinto fué tomado por el Cura de la parroquia; Eulogio, mi padre, por una familia caritativa; sus hijas Indalecia y Calixta, niñas de nueve y diez años, por dos monasterios, y así sucesivamente.

Refiriéndose á estos acontecimientos, dice el ya citado y respetable historiador doctor Manuel José Cortés en su *Ensayo sobre la Historia de Bolivia* :

« Pero el pueblo supo aprovecharse de ellas (las desavenencias de los realistas), y el 25 de Mayo se destituyó á Pizarro, á lo que se prestó la Audiencia, sin conocer el espíritu que animaba al Alto Perú. Mientras la Audiencia obraba tan candorosamente, y en especial la juventud, que siempre inicia los grandes acontecimientos, creía llegada la hora de separar la América de la España. Los más entusiastas para realizar este designio fueron los jóvenes Zudáñez, Monteagudo, Fernández, *de Lemoine*, Paredes, etc. En todas partes, dice, se formaban *sociedades secretas*. »

El eminente magistrado, publicista é historiógrafo doctor Valentín Abecia, relata también al respecto, después de haber desentrañado los Archivos nacionales y privados de la época colonial, refiriéndose al señor de Lemoine :

« Notable patriota, dice, que contribuyó con el contingente de su sangre, de su fortuna, y de su numerosa familia, para legarnos una patria libre.

» Fué el Capitán de la Guardia que custodió á Pizarro en la Universidad, adonde fué trasladado el 26 de Mayo por la noche.

» Estuvo en la acción de Guaqui como Capitán de la primera Compañía de « Granaderos patricios » de la Plata, donde fué herido (1). Su bizarro comportamiento le valió de parte de Casteli una recomendación ante el Gobierno de Buenos Aires.

» Perteneció al ejército de Güemes en Salta, y fué Edecán del Gobierno en Buenos Aires.

» Ha desempeñado en Bolivia muchos destinos públicos, como el de Vocal del Tribunal Nacional de Cuentas, Ministro de Hacienda y Ministro de la Guerra. Fué esposo de la señora Teresa Bustos, el prototipo de las patriotas del Alto Perú.

» Nació en Chuquisaca el 20 de marzo de 1776, y murió en la misma ciudad el 27 de junio de 1856 (2). »

(1) Antes de recibir esa herida en el brazo derecho, cayó muerto bajo sus piernas su caballo de batalla. (J. DE L.)

(2) « *Conmemoración del 25 de Mayo de 1809 en Sucre, capital de Bolivia*. Edición municipal. 1889. Sucre, Imprenta Boliviana, 56, Ayacucho. »

VI

Volviendo á la rememoración cronológica de los hechos, debe advertirse que el pueblo casi desarmado, fué bombardeado por los cañones de la autoridad. Corrió su sangre copiosamente. El espectáculo de los cadáveres tendidos y diseminados, lo condujo al paroxismo de la indignación. Las oleadas rugientes del gentío inundaron como avalanchas calles y plazas. La Casa Pretorial estaba erizada de armas.

Según la irrefutable exposición del mismo Alguacil de Corte don Manuel A. Tardío, se vió siempre agitando á las multitudes á Zudáñez, Michel, Paredes, de Lemoine y Malavia. « De noche los vi también á la luz de la luna », dice ese servidor fidelísimo de la Monarquía — « Alcancé á oír sus voces », agrega después.

En tales momentos, en tal situación, se apoderó del alma colectiva del pueblo la satiriásis de la sangre y de la venganza.

Varios ciudadanos acudieron á la torre de la catedral para dar el toque de arrebató conveñido y convocar al pueblo hirviente á la cita suprema de la guerra, al *rendez-vous* continental de la Libertad.

El señor de Lemoine, ese hombre superior que

con la palabra y con la acción supo encarnar el movimiento revolucionario, ese ciudadano que hizo vibrar en el alma grande de las multitudes el sentimiento de la patria, en una época prodigiosa, corrió á la iglesia de San Francisco, trepó á su torre, y venciendo los obstáculos que le oponían los seides de la opresión imperante, tocó con su propia mano sus campanas en compañía de su hermano Juan Manuel de Lemoine.

¡ Sentencia estrepitosa de la Independencia de un continente entero; sentencia dictada desde esa altura, en horas tan augustas, por esas lenguas de bronce que se agitaron en el pináculo de la casa de Dios, y en la cumbre de los acontecimientos !...

Temblaron los tiranos. La lucha comenzó. El pueblo libertó por la fuerza á Zudáñez que fué sacado en triunfo de la prisión hasta la casa del señor La Iglesia.

Las masas populares, amenazadoras, intiman á Pizarro la entrega de los cañones, y la obtienen. Piden después la entrega de los fusiles, y Pizarro contesta con descargas cerradas al populacho amotinado. Sigue corriendo la sangre... La puerta de la Presidencia es demolida con cañones cargados de piedra. Los ciudadanos están armados de lanzas, puñales, escopetas, pistolas y palos.

Un centinela cae á los pies de Pizarro, que, aterrorizado, ¡ entrega las armas y se rinde !...

Ya hemos visto que fué aprisionado, y que el señor de Lemoine fué el Capitán de la guardia que le custodiaba.

La prisión de Pizarro tuvo lugar á las tres de la mañana del día 26 de Mayo. « Pizarro se entregó, dice Tardío, para conservar su vida y su caudal. » — La plebe arrancó su retrato del hospital de Santa Bárbara y lo hizo pedazos, el día antes, 25 de Mayo. Los jefes de Pizarro fueron reducidos á prisión y sometidos á juicio en Consejo de Guerra.

Por tal manera, llegamos á ese día inmortal, á la efeméride luminosa del 25 de Mayo de 1809.

Vino después en la heroica Buenos Aires la deposición del Virrey Cisneros, sustituido por una Junta de Gobierno formada principalmente de elementos americanos.

¡ Coincidencia admirable ! Tuvo lugar tan grande acontecimiento, un año después de la revolución boliviana que acabamos de narrar, vale decir, en su aniversario, el 25 de Mayo de 1810.

Parece que hasta con la identidad de las fechas históricas, quería el Destino aproximar moralmente á las dos hermanas afectuosas que más se vincularon en el sacrificio y en la glo-

ria — Bolivia y la República Argentina, — que preparan ahora las grandes fiestas Olímpicas del Centenario de su nacimiento político, fiestas del alma de América á las que concurrirán seguramente los manes, las almas divinizadas, de los héroes de Mayo.

VII

No puedo terminar estas notas someras, sin recordar que, como se ha visto, el patricio eminente entregó el alma á Dios el 27 de junio de 1856.

No puedo tampoco abstenerme de reproducir en el texto de estas escasas páginas, el siguiente párrafo de uno de los anexos que me fué remitido por el eminente, ilustrado y virtuoso ciudadano doctor Valentín Abecia.

« 2.º El señor de Lemoine fué enterrado en la antigua capilla del cementerio público. El 25 de mayo de 1879 se trasladaron sus restos al « Panteón de hombres notables », primera sección de nichos del nuevo Cementerio, al lado de José María Serrano, Manuel Ascencio Padilla y otros. »

Autores santos de milagros humanos, dormidos para siempre; hombres que parecían levantarse sobre sí mismos, que obedecían á una

impulsión común : ¡ la creación de la Patria, y el pensamiento de la Gloria !...

La fiebre de su patriotismo, su energía desesperada ante los peligros supremos, su santa abnegación, llegaron á fatigar al Destino adverso, consiguieron triunfar, sin elementos bélicos, sobre una Nación entonces poderosa, sobre cuyos dominios « no se ponía el sol ». Son los cíclopes de la Historia de América. — Fueron siempre amigos, nunca rivales... ¡ Ese es el secreto de su grandeza !...

¡ Qué pequeños somos comparados con ellos !... Para indemnizar tan grande diferencia, oremos, sí, oremos en sus tumbas con cristiana devoción !

Vuelvo á ceder la palabra al eminente doctor Valentín Abecial. Dice así respecto al señor de Lemoine :

« Su epitafio, que fué trasladado juntamente con sus restos, es el siguiente :

« Aquí yace Joaquín de Lemoine, uno de los
» fundadores de la Independencia Sud Ameri-
» cana, magistrado íntegro, patriota puro, ciu-
» dadano virtuoso, murió lleno de mérito, llo-
» rado por sus amigos, por los buenos bolivia-
» nos y por sus hijos desolados. — 27 de junio
» de 1856. »

¿ Ese sepulcro modesto, esa piedra sagrada, quedará muda?... ¿ No dirá nada al corazón de mis conciudadanos?... No es ella, no, una sim-

ple frontera entre la vida y la muerte, es una puerta majestuosa colocada entre la Patria y los confines de la inmortalidad...

Sus nietos y sus bisnietos, tenemos el derecho de llorar y de gemir al verla olvidada...

Los antiguos Faraones, tanto como los modernos, construyeron grandes necrópolis á sus grandes hombres, para corporizar la gloria, para dar alma al patriotismo y para perpetuar el instinto de la inmortalidad humana.

Consolémonos con la esperanza de que la Historia vendrá á realizar un día su *obra de resurrección*...

¡ Ese día llegará !... porque, si el patriotismo fué la Religión de nuestros mayores, los contemporáneos haremos de sus tumbas los altares en los que la Historia se inspire con beatitud, para canonizar su memoria. Allí irán á mezclarse nuestros votos por el porvenir de la Patria — ayer íntegra, hoy mutilada, — con la confesión contrita de nuestras miserias morales: sí, irán á confundirse con nuestras plegarias á Dios, para pedirle, humildes, la *resurrección* de la « fraternidad » de aquellos tiempos maravillosos y heroicos.

VIII

Concluiré. He empleado en estas líneas sinceras, el oro de la verdad, oro de 18 quilates, que formará el tesoro del pasado y será la riqueza moral del porvenir. Los niños en las escuelas alimentarán con él su corazón, y los ciudadanos, aun los más humildes, se sentirán engrandecidos al ver que descienden de los triunfadores de la Justicia y del Derecho, de los legionarios de la Libertad, de los mártires de la Religión del patriotismo.

Las *sombras* de los héroes de Mayo, conmovidas con el estrépito de las fiestas esplendorosas del « Centenario », abandonarán sus tumbas para regocijarse contemplando la inmortalidad de su obra...

Al dejar mi pluma humilde, me parece mirar esas *sombras*, se me figura oír las voces de mando de Bolívar, San Martín y Sucre, proclamando á los ejércitos del 25 de Mayo. ¡ Y dejo esa pluma, temblorosa de veneración por su memoria !

Bruselas, abril de 1910.



RASGOS BIOGRÁFICOS
DE
DON JOSÉ JOAQUÍN
DE LEMOINE

Y SU ESPOSA

DOÑA MARÍA TERESA BUSTOS SALAMANCA DE LEMOINE

POR EL DR. VALENTÍN ABECIA

UNO de los próceres más notables de la Independencia Sud-Americana, ha sido sin duda don Joaquín de Lemoine, así como su esposa doña María Teresa Bustos, puede considerarse como una de las principales heroínas sacrificadas por la ferocidad realista durante la guerra de los 15 años.

El patriota de Lemoine, miembro de una distinguida familia y lisonjeado por los bienes de fortuna, se ocupaba desde principios del siglo del comercio, y desempeñó honoríficamente el año de 1802 el cargo de Capitán de granaderos de las milicias regladas de esta plaza. — Llega la fecha gloriosa del 25 de Mayo de 1809, en que la prisión del doctor Jaime Zudáñez se pre-

senta como la causa ocasional para manifestar al mundo entero el sentimiento de libertad que detenida y seriamente se había elaborado en la histórica ciudad de La Plata (1); de Lemoine es uno de los primeros en llevar á cabo iniciativa tan trascendental. — Una hora de combate (2) entre el pueblo inerme al principio y armado de cañones más después, con la guarnición de Pizarro, fué el primer lampo de Libertad en este continente desde la Audiencia de Méjico hasta la de Buenos Aires. — ¡ Cuánta gloria á Chuquisaca, germen fecundo de la libertad y democracia y causa eficiente de multitud de nacionalidades! — Cedemos la palabra al doctor Pedro Ignacio Rivera, actor del 25 de Mayo y diputado después al Congreso del Tucumán, en la breve descripción que hace de aquel histórico hecho, en un escrito presentado al general Sucre el año 26 y publicado ese mismo año en la ciudad de Buenos Aires. — Dice así :

« En efecto, la noche del 25 de Mayo de 1809 se libró el apremio de los Oidores Usos y Ballesteros, del Fiscal López y del Regidor Anívarro y de los doctores Zudáñez. No fueron encontrados en sus casas, y sólo fué apremiado el

(1) Nota autógrafa del Presidente Vicente Nieto.

(2) Urcullo. Apuntes, página 35.

doctor don Jaime Zudáñez, á quien encontré en la esquina del colegio de San Cristóbal (hoy seminario), que lo llevaban preso. En este conflicto, gratifiqué á unos muchachos para que gritasen por las calles pidiendo favor para la patria; y recordando que la señal de nuestra reunión era el entredicho de las campanas, mandé á la torre de la catedral á dos de los comprometidos, y cuando ellos subían, había tenido la misma ocurrencia el notable patriota don Juan Manuel de Lemoine (hermano de Joaquín), para subir personalmente á la torre de San Francisco, para que resonasen las campanas en ambas torres. Se llenó la plaza de gente; se acobardaron los enemigos; se comprometió el Arzobispo á entregar á los presos, y efectivamente, hizo poner en libertad al doctor Zudáñez. En este estado tan crítico, estando los Oidores en acuerdo en casa del decano La Iglesia, entré á él y representé, que el Presidente Pizarro había mandado preparar la artillería con carga doble contra el pueblo indefenso, y que para llevar á cabo sus sangrientos propósitos, había pedido auxilio al gobernador de Potosí, quien se hallaba en medio camino con tropas armadas. Pedí en conclusión, que, sin pérdida de momento, se tratara, tanto de evitar el mal que se temía, como la defensa del pueblo. El Tribunal nombró de Comandante General á don

Juan Antonio Álvarez de Arenales, y mandó un Oidor con doce abogados que persuadiesen al Préndente entregara la artillería para sosegar al pueblo y evitar los funestos resultados de la guerra.

« Tuvo buen efecto la Comisión en su principio, pero al estraer la última pieza, mandó el Presidente hacer fuego, y quedaron en la casa varias víctimas inocentes. Se enfureció el pueblo y continuó el fuego de la Presidencia, y viendo ensangrentada la guerra, volví á entrar al acuerdo, y haciendo mérito de las muertes de unos vecinos que no tuvieron con qué ofender, ni cómo defenderse, pedí se oficiara al tirano, para que hiciera dimisión de su cargo. Se le pasaron dos oficios, y habiendo obedecido al segundo, reasumió toda la autoridad un Tribunal compuesto de un viejo inepto y dos jóvenes inexpertos. »

Estudiadamente hemos apelado á reproducir el documento anterior con el objeto de formar criterio histórico, porque la historia debe escribirse con datos tomados de primera fuente y que sean coetáneos, si es posible, de los acontecimientos que se han realizado.

Una vez que don Vicente Nieto llegó á esta ciudad á fines de diciembre del año 1809, y evidenciado de que el acontecimiento de La Paz no era más que emergencia del 25 de Mayo,

hecho corroborado con la salida de fuerzas tanto de Buenos Aires como del Bajo Perú á sofocar la revolución de Chuquisaca, sin tener conocimiento de las aspiraciones de Indaburo en La Paz, tomó la medida de hacer presos á principios de Febrero á 23 individuos, muchos de los cuales fueron despachados á Lima, como el doctor J. Zudáñez, el asesor de la Presidencia doctor Romano, el Oidor Ballesteros, el Comandante Juan A. de Arenales, mientras otros de nuestros compatriotas emigraban á las Provincias Argentinas. Entre estos últimos se contaba á don Juan A. Fernández, que con sus cuatro hijos doctores emigró á Salta, á don Juan Manuel de Lemoine, don José Joaquín de Lemoine y su hijo Fortunato, los doctores Ulloa, Claudio Baptista, Juan Bautista Villegas, José Salinas, Benito Alzérreca, Manuel Graz, Bernardo Monteagudo y otros.

Algunos de éstos volvieron con el primer ejército auxiliar Argentino. Monteagudo vino en calidad de Secretario de Castelli. Baptista y de Lemoine se alistaron como militares. Es desde esta época que empieza una nueva fase en la vida de don Joaquín de Lemoine.

Al principio trabajó por difundir y comprometer á sus conciudadanos en la causa de la Libertad; ahora era preciso sostener esos principios con el hecho práctico de sacrificar la vida,

sellando con su sangre la causa del 25 de Mayo. — En efecto, se alista como Capitán de la primera Compañía de Granaderos Patricios de La Plata, y marcha al Desaguadero. — En la sorpresa de Guaquí, según informaciones del General Díaz-Vélez que tenemos á la vista, fué uno de los que se batió esforzadamente, habiendo sido de los últimos que abandonó el campo de batalla. — Retiradas las huestes patriotas después de los desastres de Sipesipe á las Provincias Argentinas, enrolóse en el segundo ejército á órdenes del General Belgrano, y cúpole vencer en las batallas de Tucumán y Salta.

Mientras tanto la familia de Lemoine, que empezó á sufrir vejaciones bajo Nieto y Goyoneche en represalia al patriotismo de don Joaquín, era víctima de la persecución y saña de los realistas, como veremos después.

Fracasado el segundo ejército auxiliar en Vilcapujio y Ayoma, así como el tercero que vino á órdenes de Rondeau en Viluma y Venta y Media, más de 300 patriotas de posición, así como muchas familias chuquisaqueñas tuvieron que emigrar definitivamente á las Provincias Argentinas.

Una vez don Joaquín de Lemoine en Buenos Aires, recibió el grado de Teniente Coronel, y fué nombrado Edecán. Es de suponer que la poca estabilidad de la política Argentina por

esos tiempos, lo alejó de las esferas oficiales, y tomó como los demás emigrados una ocupación para atender á las necesidades económicas de la vida. Estableció una panadería y vivía de este trabajo, más feliz que otros que, poseedores de fortuna y posición social en sus lares de Chuquisaca, se ocupaban de torcer cigarros, de aserrar maderas y de ejercicios mecánicos para atender á su subsistencia.

Dejaremos un momento á de Lemoine en Buenos Aires, donde perdió á su hijo Fortunato, para hablar de su cara consorte, que sufre las depredaciones más inauditas en el Alto Perú por sus ideas liberales. Copiamos á la letra lo que dice la obra de *Ilustres Americanas*, primera edición en París, año de 1825 (1).

« ¡ Qué de ejemplares brillantes de consagración patriótica no ofrecen las mujeres de Chuquisaca, Cochabamba y La Paz !

» Luego que estalló la revolución en estas ciudades, se vió al bello sexo animado de un entusiasmo extraordinario. El General Nieto, instruído de la adhesión de las chuquisaqueñas al nuevo sistema, proscribía á muchas señoras distinguidas, después que sofocó *la primera conmoción popular acaccida en la ciudad de La Plata*

(1) Librairie Américaine, rue du Temple, 69, Paris.

ó *Chuquisaca*, en 1809. Á Doña Teresa de Lemoine, de una de las principales familias y que se había señalado por su amor á los derechos de su país, le confiscó los bienes, la condenó al destierro de Lagunillas (1) y la obligó á trasladarse allí, con nueve criaturas, á pie, por caminos escarpados y desiertos, sin el menor auxilio para su manutención y abrigo. La resignación y firmeza que mostró esta señora, harían honor á una romana del tiempo de la República. No se inmutó cuando le intimaron la cruel sentencia, no se humilló ante el tirano : en vez de pedir perdón, que quizá habría obtenido, dijo á los que se compadecían de su suerte : *La aurora de nuestra felicidad acaba de nacer : una nube pasajera la obscurece : para disiparla hemos menester constancia ; ¿y podrá haber patriotismo si se renuncia á esta virtud?* En efecto, se mantuvo en su destierro, hasta que los patriotas la sacaron en triunfo. »

El escritor chileno José Domingo Cortés, aunque de exprofeso ó por mal sugestionado, no hace figurar, sino escasamente, las notabilidades de Chuquisaca en su « Diccionario Biográfico Americano », adelanta algunas noticias más sobre nuestra heroína.

« Teresa Bustos de Lemoine, dice Cortés, fué

~~~~~

(1) La Laguna.



una de las heroínas de la independencia de Bolivia. Nacida de una de las familias más notables de este país, desde muy niña, por su belleza y su elevado carácter, llamó la atención; joven ya, se decidió de una manera enérgica por la causa americana. Fué vivamente perseguida, sus bienes se confiscaron, y sufrió un duro destierro en Lagunillas. Los tiranos de su país la obligaron á trasladarse al lugar de su destierro con nueve criaturas, á pie, por caminos fragosos, sin alimentos y casi sin vestidos. Todo lo sufrió con invicto ánimo esta mujer admirable, sin flaquear un solo instante, ni someterse á pedir compasión á sus perseguidores. Vuelta á Sucre, después, libertada por los patriotas en medio de los aplausos del pueblo y vestida en traje militar, siguió luchando por la causa de la patria. Fué nuevamente tomada por los españoles y encarcelada en un calabozo húmedo y malsano en compañía de otros reos políticos. Éstos fueron fusilados en la misma prisión á vista de la virtuosa heroína : ella estaba condenada á ser la última de las víctimas. Sin embargo, no se cumplió tan bárbara orden; pero la ejecución de sus compañeros de infortunio y la vista de tan atroz espectáculo, la postraron con una enfermedad violenta. Cuando algunos días después fueron á leerle la conmutación de la pena de muerte, la noble mártir

estaba loca. Murió pronto : sus hijos pequeños fueron recojidos y educados por la caridad pública. ¡ El pueblo pagó su tributo de admiración y de gratitud al santo martirio ! »

Nos resta decir que doña Teresa era natural de la provincia de Cinti, que sus bienes confiscados se valoraron en más de 80,000 pesos, y que su muerte acaeció en esta ciudad el año 1818, después de haber regresado de su segundo destierro de la ciudad de Oruro.

Qué esplendoroso mosaico podría formarse con las heroínas chuquisaqueñas, dignas émulas de los venerables varones del 25 de Mayo de 1809. Juana Azurduy de Padilla, la Amazona Americana, sin rival desde el país de los aztecas hasta las costas patagónicas; María Teresa Bustos de Lemoine, cuyas virtudes y trágico fin acabamos de recordar; Mercedes Tapia, la aradora que recibió á Castelli á las puertas de esta ciudad, y que con sus palabras hizo humedecer las encendidas mejillas de los guerreros, discurso que pasará á las generaciones venideras, como modelo de valor y virtud cívicas; Mercedes Tapia, tan perseguida por los seides de Goyoneche, y que muere súbitamente de placer al saber la victoria de Salta; Juana y Mercedes Cuisa, chuquisaqueñas, hermanas del guerrillero del mismo nombre que asediaba

la provincia de Cinti, y que fueron conducidas al cadalso en la plaza de Potosí, en julio de 1812, después de haber sufrido 200 azotes en público cada una, y habérseles cortado las lenguas y las manos por mano de verdugo, sin haber dado señales de dolor ni suplicar á sus mutiladores, por el delito de ser hermanas de un patriota; son otras tantas constelaciones en el horizonte americano, que empezó á lucir el 25 de Mayo de 1809.

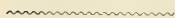
Vuelto el señor de Lemoine á su país, después de la victoria de Ayacucho, fué considerado por los Gobiernos y sus conciudadanos, fruiciones que no llenan el espíritu de las almas grandes, después de la pérdida de la esposa, de la desorganización de la familia y extinción completa de los bienes de fortuna. ¡Sin embargo, el Alto Perú estaba libre, consolábase esta sola idea!...

Fué nombrado Vocal del Tribunal de Valores, puesto que desempeñó por algunos años, hasta 1835. Concurrió como diputado á la Asamblea extraordinaria de 1836, y en seguida desempeñó el portafolio de Hacienda, hasta la época de la Restauración, habiendo posteriormente vuelto al Tribunal de Cuentas. Murió en Sucre, su país natal, el año de 1856, en edad muy avanzada (1).

(1) El señor de Lemoine nació el 20 de marzo de 1779

Nada más natural, señores, que la rememoración, de los hechos que interesan á la Humanidad. Las naciones, los continentes, los pueblos y los individuos, todos tienen el deber de tributar culto á los genios que la Historia nos enseña.

Esta tarea noble y elevada, esta veneración por los que fueron, está encomendada principalmente á la juventud, que en todos los países es la fuerza viva y la que refleja la cultura intelectual. La juventud es, señores, la que tiene que llevar al seno de las masas la idea y la palabra para operar ese movimiento continuo de redención que se llama progreso. Es á la juventud, señores, á quien toca hacer la apología de los grandes hombres, que han señalado con su aparición sobre la tierra un nuevo orden de fenómenos sociales, que jamás podrán extinguirse; es á la juventud sucrense, especialmente, que le toca recordar en el día de hoy á los que empezaron á labrar la piedra angular sobre la que se levantó más tarde el edificio de tantas nacionalidades constituídas en la Sección Sud-Americana.



y murió el 27 de junio de 1856. Casó en segundas nupcias con doña Josefa Pavón, ilustre señora bonoarense. Los hijos del primer matrimonio fueron Fortunato, Francisco, Indalecia, Hipólito, Calixta, Victorino, Joaquina, Jacinto, Eulogio y Leocadia.

Señores : El templo es sublime y la ocasión propicia : Ahora 80 años este agosto local sirvió de prisión al Presidente Pizarro, y hace 64 años que aquí mismo se hizo la « declaración de nuestros destinos » por la libérrima Asamblea de 1825, que confirmó la trasfiguración política y social del Alto Perú.

Pregunto, señores : ¿la generación actual ha correspondido á los sacrificios de los que llamaron la atención del mundo entero en el 25 de Mayo de 1809? ¿Hemos conservado la integridad del territorio como nos lo recomendaba el virtuoso Sucre, al ausentarse de Bolivia? ¿La docta Chuquisaca ha incrementado el sedimento de su antigua civilización? Triste es decirlo, señores, la guerra civil nos hizo olvidar todo, y sus consecuencias han colocado á la República en un marasmo progresivo. Nombres ilustres olvidados; hechos gloriosos contradichos por el miopismo provincial; muchas veces los intereses lugareños en pugna con la honra nacional.

Empero, señores, no desesperemos : no; la ciudad Sucre, la musa boliviana, la primogénita de la revolución americana, el asiento que fué de la Real Audiencia de Charcas, la ciudad que lleva el ilustre nombre de la víctima de Bertrúecos, reaccionará, no lo dudéis, en pro de sus gloriosas tradiciones. La ciudad Sucre, corresponderá á su nombre, porque no sólo es la

capital espiritual de la República, sino la capital moral, real y efectiva, por ser un gran pueblo. Sí, señores, porque « la grandeza de los pueblos no se mide por lo espacioso de sus plazas, lo anchuroso de sus calles, la riqueza de sus monumentos ó el número de sus habitantes, ella se mide por la grandeza de alma de sus ciudadanos, por el sentimiento de su dignidad. »

VALENTÍN ABECIA.

---

ALGUNOS DATOS PARA ENRIQUECER  
LA BIOGRAFÍA  
DE DON JOSÉ JOAQUÍN DE LEMOINE

---

1.º El retrato que se acompaña es copia fotográfica que hice tomar el año de 1884 de un retrato al óleo que poseía su hijo don Jacinto de Lemoine.

2.º El señor de Lemoine fué enterrado en la antigua capilla del cementerio público. El 25 de Mayo de 1897 se trasladaron sus restos al « Panteón de hombres notables », 1.ª sección de nichos del nuevo cementerio, á lado de José Mariano Serrano, Manuel Ascencio Padilla y otros. Su epitafio, que fué trasladado juntamente con sus restos, es el siguiente : « *Aquí yace el señor Joaquín de Lemoine, uno de los fundadores de la Independencia Sud-Americana, magistrado íntegro, patriota puro, ciudadano virtuoso, murió lleno de mérito, llorado por sus amigos, por los buenos bolivianos y por sus hijos desolados. 27 de junio de 1856.* »

3.º Se remite autógrafo un oficio del General

colombiano don Carlos María de Ortega, Presidente y Comandante General del Departamento de Charcas, de junio 1.º de 1825, dirigido al General Sucre y en el cual se hace mérito de los servicios que de Lemoine había prestado hasta ese entonces al país.

4.º El señor de Lemoine figura en el parte oficial de la batalla de Guaqui, dado en 24 de Junio de 1811 por el jefe Juan José Viamont y firmado en Calamarca, así como en el dado en la Plata el 18 de julio del mismo año. Asimismo el General don Eustaquio Antonio Díaz Vélez, otro de los jefes divisionarios, dice que el Capitán de Granaderos de Chuquisaca don Joaquín de Lemoine fué contuso á plomo. Este parte está firmado en Oruro el 29 de junio de 1811. Ambos partes son dirigidos al Presidente y Vocales de la Junta Gubernativa de Buenos Aires, y se hallan publicados en « *Partes Oficiales y documentos relativos á la guerra de la Independencia Argentina.* — *Publicación oficial.* — Buenos Aires 1900. » Tomo 1.º, páginas 121 y siguientes.

5.º En la misma obra y volumen se encuentra el parte de la batalla del Tucumán (24 de Setiembre de 1812), y en las páginas 189, 190, 191 y 192, los estados de prisioneros, muertos y heridos, firmados por don Joaquín de Lemoine.



6.º En el parte de la batalla de Salta (20 de febrero de 1813), dado por el General Belgrano, señala éste á don Joaquín de Lemoine (página 262) como segundo Comandante del batallón de Pardos y Morenos, con el grado de Sargento Mayor.

7.º Don Joaquín de Lemoine tuvo un hermano, don *Juan Manuel de Lemoine*, que fué actor en el 25 de Mayo de 1809, Capitán de una Compañía, y emigró á las Provincias Argentinas durante la guerra de 17 años.

8.º *Fortunato de Lemoine*, hijo mayor de don Joaquín, fué escritor en Buenos Aires de 1820 á 1823, y editó *El Correo de las Provincias*; era además agrimensor.

9.º El nombre de don Joaquín de Lemoine, Capitán de una Compañía, se halla consignado en lugar preferente entre los iniciadores de la Independencia, en una placa de bronce, al pie de la estatua que por Ley del Congreso de 1906 se ha erigido á don José Bernardo de Monteagudo en la plaza de Sucre, y que se inaugurará el 25 de mayo de 1910.

10.º Se acompañan varios folletos relativos á la revolución del 25 de Mayo de 1809, señalándose en algunos las páginas donde se hace referencia á don Joaquín de Lemoine.

11. Don Ramón Manuel de Abecia, teniente de Granaderos Patricios de la ciudad de La Plata, en la Compañía que mandaba el Capitán

don José Joaquín de Lemoine, concurrió á la campaña que terminó en Guaqui. Fué ahijado de matrimonio de don Joaquín y emigró á las Provincias Argentinas, donde continuó como militar hasta su muerte. El Congreso de Buenos Aires lo declaró ciudadano americano, por sus servicios, á pesar de ser natural de Vizcaya, según testimonios que el suscrito conserva en su poder. Se indica esta circunstancia, para explicar por qué el suscrito tomó á su cargo el escribir el esbozo de tan meritorio patriota.

VALENTÍN ABECIA.

Sucre, octubre 14 de 1908.

---

Plata, junio 1.º de 1825.

*Al Excmo. Sor. Jral. en Jefe del Egto. Libertador  
D. Ant. José de Sucre (1).*

El ciudadano Joaquin de Lemoyne ha puesto en mi mano la representacion que tengo el ho-

~~~~~

(1) El original autógrafo de este importante oficio, que es una hermosa página de la Historia del Coloniaje, reza en poder del autor de este libro, y en esta copia se ha respetado su ortografía (J. DE L.)

nor de acompañar á V. E. instruida con los Despachos de Administrador de correos q. obtuvo del Presidte. D. Martin Rodriguez, confirmado por el Jral. Rondeaut, y de la Autoridad Directorial de Buenos Ayres.

Puedo asegurar á V. E. sin equibocacion, q. este buen patriota ha sido uno de los mas perseguidos por el Gobno. Español, y q. sus buenos sentimtos, le hacen digno de la mayor consideracion. Así resulta de todas las informaciones q. se me han hecho, consignando esta materia á una posterior deliberacion de V. E., he creido conveniente suspender el cumplito, de un decreto q. obto D. Jose Manl. Mendoza, para q. V. E. se sirva comunicarme las órdenes q. tubiere abien.

Dios guarde á V. E.

C. M. d. ORTEGA (1).

(1) General colombiano don Carlos María de Ortega, Presidente y Comandante General del departamento de Charcas. (J. DE L.)



LA CONDICIÓN JURÍDICA DE LA MUJER

CONFERENCIA DADA
EN EL ATENEO DE BUENOS AIRES

Introducción

EL cristianismo, tan grande que todavía abraza el porvenir, despertó en la conciencia humana el sentimiento de la igualdad del hombre, realizada ante el derecho á través de dieciocho siglos de lucha.

Pero si el cristianismo ha emancipado al hombre, el catolicismo ha esclavizado á la mujer. El catolicismo, arraigándose en el seno de la familia por el catequismo del espíritu femenino, ha reducido á la mujer á la condición de una pobre sierva, tímida y nula; ha hecho de la mujer cristiana la mujer devota, pobre sér semineutro, medrosa del hombre, espíritu pueril, con más miedos que convicciones, con más fingimiento que verdad. Preciso es confesar que

el hombre ha sido cómplice de esta disminución moral de la mujer para hacer imperar con mayor eficacia la ley del más fuerte. Empero, la lucha está empeñada con el propósito de levantar el espíritu femenino para elevarlo á la dignidad de fuerza propia.

El decoro de la mujer es una enemistad con el hombre. ¿Por qué no ha de ser una noción perfecta del deber dentro de la libertad moral y social?

Hay que tomar un término medio entre los dos extremos en que está colocada la mujer : ni ficción, ni perversión : ingenuidad y fuerza moral deben ser los fundamentos de su carácter.

Esta es la mujer que se columbra en un porvenir no lejano, como fruto de la corriente económica del siglo. La mujer tiene que trabajar, tiene inevitablemente que costearse su existencia ó colaborar de una manera más positiva en la familia; eso se ve venir, — ha empezado á suceder. La mujer de la clase media, que en la raza latina, particularmente, no hace sino labores internas de hogar, tiene que salir á la calle, tiene que dejar de ser paloma enjaulada, y en esa disciplina del trabajo honrado, donde todo es verdad y dignidad, allí ha de vigorizarse su espíritu pusilánime, y fuerte en el deber y la moral, será el más dulce amigo del

hombre, como es ya la mujer inglesa y la norteamericana.

Educada así la mujer para las carreras armónicas de su sexo, será más libre, más altiva, más inteligente, más verídica; las reservas del sexo débil y el candor y la inocencia serán rasgos infantiles transitorios y no cualidades permanentes que representan la ignorancia de la vida y del deber en estado de reclusión.

He ahí los ideales con proyecciones más ó menos dilatadas que han formado el feminismo, cuestión del siglo, que no va á resolverla, sin embargo, bien que muy adelantada se la transmite en herencia al otro que se aproxima.

El feminismo como el socialismo, no ha unificado sus aspiraciones, no ha uniformado sus tendencias hacia un fin bien determinado. Allá va, allá va con su prédica ardiente, ora juiciosa ó desequilibrada, siempre ganando terreno, probablemente hasta que la satisfacción común detenga el movimiento.

Puede decirse que empezó con el siglo, conquistándose espíritus superiores, y hoy el debate se extiende por Alemania, Inglaterra, Rusia, Francia, Suiza, Norte América y todos los países donde la intelectualidad marca nuevos rumbos.

Cada partidario propone ó exige lo que le sugiere la pasión con que abraza la causa. Así

como en el socialismo se ha llegado á la síntesis temeraria de que la propiedad es un robo, en el feminismo no falta quien pretenda que la honestidad es inmoral.

Y el feminismo, como el socialismo, tiene sus *comunistas*.

Augusto Bebel, en Alemania, ha escrito un libro que circula á millares, vertido á doce idiomas. *La mujer ante el socialismo*, que empieza la propaganda en estos términos : — Plátón daba gracias á los Dioses, de ocho beneficios : el 1.º de haberle hecho nacer hombre; el 2.º de no haberle hecho nacer mujer. La plegaria matinal de los judíos expresa una idea análoga : « Lado sea Dios, nuestro Señor de todo el universo, que se ha servido no hacerme mujer. » — Luego en un capítulo que se titula *La mujer del porvenir*, hace estos pronósticos : La mujer de la sociedad moderna será independiente, social y económicamente : Su posición ante el hombre será de libertad é igualdad absoluta; será dueña de su suerte; todas las carreras le estarán abiertas lo mismo que al hombre. Ella buscará el matrimonio ó se dejará buscar. El matrimonio será un contrato privado sin intervención de funcionario alguno. La satisfacción del instinto sexual es algo tan personal de cada individuo como, la satisfacción de otro instinto cualquiera.

Hasta ahí el estado de la cuestión en Alemania.

En Inglaterra circula profusamente un romance escrito por la señorita Olive Schreiner, que ha sido llamado el Evangelio del feminismo en la Gran Bretaña, difundiendo estas ideas : la heroína, una niña que recién despierta á la vida, exclama : « ¡ no ser yo una mujer del porvenir ! Acaso, entonces, nacer mujer no será haber nacido con una maldición. Lyndall — así llamada la protagonista — tiene más tarde un novio con quien rehusa casarse, diciéndole : no puedo consentir en ese vínculo, pero llevadme si queréis, cargad conmigo, y cuando ya no nos amemos, nos diremos adiós. »

Tales son las ideas de la juventud femenina en Inglaterra.

Los anarquistas, que son una fuerza moral en perspectiva, tienen á este respecto sus ideales. Nosotros los anarquistas, dice uno de ellos, no vemos en la conjunción de los sexos sino la crisis del amor en vía de procreación : es la atracción natural y recíproca del hombre y de la mujer. El varón, después que ha fecundado á la hembra no le debe nada. Si quiere vivir con ella, tanto mejor ; pero ésto sólo sucedería por un impulso afectuoso y no á título de un lazo insoportable. Ningún deber se deriva de la procreación, que es un acto instantáneo. En cuanto

á la mujer, no tiene mayores deberes, ni siquiera el deber de la lactancia del hijo que ha engendrado. Si á impulsos de su naturaleza se siente vinculada á él, mejor que mejor, pero, en caso contrario, nada debe retenerla.

Esta es la nota más alta en el concierto de la propaganda de la emancipación femenina.

Y bien : descartando las exageraciones y extravagancias de los utopistas, queda de pie el raciocinio sereno, vigoroso, incontrovertible de eminentes pensadores que se han plegado á la causa y sostienen y demuestran que la situación moral y jurídica de la mujer es una verdadera iniquidad. Entre éstos, tal vez el de mayor autoridad, Stuart Mill, se expresa así : « La subordinación de la mujer surge como un hecho aislado y anómalo en medio de las instituciones sociales modernas; es la única solución de continuidad de los principios fundamentales en que éstas reposan; el único vestigio de un viejo mundo intelectual y moral destruido en los demás órdenes, pero conservado en un solo punto, y punto de interés universal, punto esencialísimo.

» No es mi propósito afirmar que las mujeres no sean en general mejor tratadas que los esclavos, pero sí digo que no hay esclavos cuya esclavitud sea tan completa como la de la mujer. Es raro que un esclavo, á menos de estar

unido á la persona de su amo, sea esclavo á toda hora y á cada minuto; en general, tiene el esclavo como el soldado, su tarea ó su tiempo de obedecer; cumplida esa tarea dispone hasta cierto punto de su tiempo, en el cual rara vez se mezcla el amo, mezquina libertad de que no goza la mujer. »

Bastaría el hecho de haber emitido Stuart Mill las ideas que acabo de consignar, para que la causa de la emancipación femenina tuviese un prestigio sumamente respetable, porque se ha dicho de este insigne pensador inglés, que es el piloto intelectual del siglo.

Está, pues, bien acompañado el doctor Joaquín de Lemoine en el tema de su interesante conferencia; y aunque no lo estuviese : ¿Qué cosa más noble, qué situación más grata al espíritu, qué pedestal más envidiable que la tribuna de un Ateneo para subir con un rayo de luz en el cerebro y un anhelo grande en el corazón, á decir á la mujer, á la mitad más bella de la humanidad : yo pienso y batallo por vuestra dicha?

Yo no tuve el gusto de asistir á la conferencia del doctor de Lemoine, ni ocasión, después, de conocer el desarrollo que había dado á sus ideas, pero con todo, é iniciado solamente por su simple enunciación sintética, cuando me ha hecho el honor de pedirme este prólogo, he ac-

cedido gustoso, sin más vacilación que mi insuficiencia, porque la causa no solamente me es simpática, sino que la considero justa y humanitaria.

Cuando después he recorrido las brillantes páginas del doctor de Lemoine, mi espíritu se ha armonizado del todo con sus ideas y sus aspiraciones

El doctor de Lemoine se pronuncia en contra de los derechos políticos de la mujer, porque cree, entre otras razones de derecho público, que encender en ella estas pasiones sería sembrar la zizaña en el hogar.

Prodría agregarse, para justificar más la conveniencia de alejar á la mujer de la vida política, que su espíritu elemental está, por educación, muy lejos de los altos fines morales y sociales que se tienen en cuenta en la constitución de un país.

El desarrollo de la personalidad femenina tiene que ser gradual y lógico.

Á mi modo de ver, lo que va á precipitar su emancipación, es la situación económica del mundo.

Nadie se subordina ni puede ser subordinado si no es mantenido, y van desapareciendo los tiempos en que un hombre puede llevar permanentemente á costas el peso de la familia. No puede ser amo el que no da pan : la fuerza

no es bastante, es menester la protección. Generalmente la mujer que trabaja es independiente del tutelaje paterno. Se ve entonces claro el camino que va á seguir el progreso de estas ideas hasta ser una realidad social. Appreciando la cuestión desde el punto de vista de nuestro estado de civilización actual, tres jornadas nos separan de la mujer ideal de los emancipadores, que se harán, presiento, en el transcurso del siglo xx, y pueden designarse en esta forma :

La mujer que estudia.

La mujer que trabaja.

La mujer que se divorcia.

La mujer igual al hombre ante la moral y la ley.

Este movimiento ha empezado ya aquí con la mujer médica, empleada é industrial, y la fundación del trabajo manual en las escuelas.

El paso más difícil de dar será la reforma del Código Civil. Lástima que el doctor Vélez Sarsfield mirara más al pasado que al porvenir cuando legisló sobre el matrimonio. Eso tal vez perjudica su figura de jurista, aunque haya hecho gala en este punto de apartarse de los códigos antiguos y modernos y conservar las costumbres del país. Es raro que un espíritu tan sagaz haya atribuído á la sociedad Argentina, en aquellos tiempos aldeanos, una estabilidad permanente, cuando sus transformaciones rá-

pidas podían preverse en un porvenir inmediato.

De ahí esas deficiencias, esa falta de garantías prácticas que protejan los bienes de la mujer casada, que nota y comenta muy bien el doctor de Lemoine.

El doctor Vélez ha fundado la familia á ejemplo de las sanas costumbres provincianas de su tiempo, en que el padre de familia era un patriarca, factor de todo; lo menos que podía tener era la administración de todos los bienes dotales y la facultad de disponer de los gananciales, de manera que la mujer tiene que pedir hasta para caramelos, como si fuese una criatura, y tener librada su hacienda absolutamente á la buena fe del marido, pues las escasas trabas que restringen la libre disposición de todos los bienes, las puede romper con la autoridad moral y legal de que está investido de hecho y de derecho.

Es este desamparo legal el que inspira al ilustrado doctor de Lemoine en favor de la mujer casada, pobre sierva de su marido. No creo que la mujer le quede muy agradecida porque ella es *esclavista por virtud*.

Esto no debe desalentar á su espíritu justiciero y civilizador, que hace bien en sublevarse contra una iniquidad que por otra parte menoscaba la dicha común. La causa es hermosa y fecunda, y el doctor de Lemoine debe tener

la satisfacción de contarse entre los primeros campeones que la hacen repercutir en las sociedades sudamericanas, aunque esté lejos de disfrutar plenamente de los beneficios de la victoria que, no obstante, la imaginación puede anticiparle en este convencimiento :

La mujer del porvenir, dueña de sí misma por la fuerza de su espíritu, será más respetada del hombre, y el amor tendrá las exaltaciones y delicadezas que hoy no pueden durar, porque las destruye la posesión soberana del más fuerte.

¶ Para que todos trepen á esa cumbre, será menester que el templo del cristianismo sólo se encuentre en la conciencia humana, y el Vaticano, esa Bastilla de las almas femeninas, sea un recuerdo histórico de la edad candorosa.

OSVALDO SAAVEDRA.

Señoras y Señores :

I

Estas páginas que véis entre mis manos, debían quedar, junto con otras muchas, en iné-

dita obscuridad por algún tiempo más; pero ven ahora la primera luz bajo cielo argentino, debido á la insinuación de mis amigos; á ellos debo el arrojar estas hojas en torno mío como se desparraman las hojas otoñales en torno del arbusto sacudido por el huracán, ese aliento titánico de la naturaleza.

¡Venturoso yo si alguno de los amigos que me escuchan, da cariñosa hospitalidad á una al menos de estas páginas en la memoria del corazón! ¡Feliz de mí si, por lo menos, una de ellas es recogida por la mano de una mujer, para colocarla en el altar de sus recuerdos, siquiera sea porque consagro estas páginas á los derechos políticos, civiles y sociológicos de esa encantadora mitad de la humanidad!

II

Entro en materia. Desde las eras prehistóricas, desde los tiempos étnicos, se han encarnizado las controversias de los pensadores sobre los derechos privados y públicos con que debe revestirse á la mujer en la escena del mundo militante, incurriendo por ambas partes en extremos exagerados, estrepitosos, al punto de que ambos bandos se han arrojado al rostro

mutuamente sus argumentos, incurriendo filóginos y misóginos en obsesiones febriles y explosiones de pindárico lirismo ó de grandilocuencia intemperante.

Los unos levantan el estandarte de la emancipación política de la mujer y hacen de su teoría una trompeta de guerra que llama á combate á la humanidad y le señalan con el índice el camino de la victoria, como el itinerario luminoso de sus destinos y de su felicidad.

¡ Esa es para ellos la solución del problema !

Pintan á la mujer del porvenir abriéndose paso á codazos, entre las multitudes, en las calles y las plazas públicas, para insacular su voto en la urna electoral, sin cuyo concurso se convertiría en la urna cineraria de la libertad... Dibujan su silueta, de pie, sobre una mesa, en medio de los torbellinos del *meeting* popular, perorando en pro de los altos atributos de la soberanía; irguiéndose sobre los estribos de su caballo de batalla, al frente de la ola de fuego de la guerra civil; dando fierro á ese caballo para escalar, como un mosquetero de Dumas, las gradas del Capitolio, trepar á su pináculo y presentarse vencedora en los balcones aúlicos á los ojos del pueblo atónito, con la banda presidencial cruzando diagonalmente su pecho, no henchido por el amor, sino por la ambición... Quisieran verla sobre la barricada; la granada

entreabierta de sus labios cubierta de pólvora; la cabellera desgredada; el fusil al hombro; entregando su seno desnudo, no á las caricias del progreso, sino á los ultrajes de la borrasca plebea, á guisa de Luisa Michel.

¡ Ah ! Si los Michelet, los Girardín, los Stuart-Mill, abogados distinguidísimos de vuestros derechos políticos, os extienden la mano y os conducen, no á los estrados de la sociedad para seguir el compás de la música, al son de delicada galantería, sino para invitaros á depositar el voto en las urnas y ser electoras ó elegidas, decidles sin rubor :

— No podemos acompañaros. Nuestra misión es otra en la vida. Nos esperan nuestros esposos para compartir entre caricias la carga de la existencia; nos esperan nuestros « prometidos » con el alma suspensa para recibir de nuestras manos los tesoros de la esperanza; nuestros hijos lloran y se revuelcan en sus cunas, esperando con sus labiecitos enjutos la dulcísima lactancia maternal; nos reclaman los encantos y los deberes del hogar; no podemos ajar en aquellos equinoccios populares nuestros vestidos de espumilla de seda ó de muselina de la India; nuestras blondas de Alençon, nuestros encajes de Inglaterra, de Bruselas y Chantilly, quedarían allí como nuestras almas, desgarradas en jirones; las orquídeas y las violetas que nos

adornan y embellecen, como nuestras ilusiones, quedarían deshojadas... No agotéis el manantial de nuestras gracias : ¡ ése es nuestro poder ! ¡ Ese es nuestro reinado ! No nos hagáis reinas destronadas, por seguir la bandera de una revolución resplandeciente y falaz... La solución del problema está en nuestra emancipación civil, en ser las iguales del hombre en el hogar, en las relaciones sociales, en el respeto de nuestro testimonio judicial, en la administración siquiera de los bienes que por herencia sagrada nos corresponden ; en la potestad maternal sobre los frutos de nuestra entraña y nuestro amor ; en la disolución por el divorcio de matrimonios desgraciadísimos é imposibles ; en mil cosas por el estilo. No permitáis que pasemos, sin solución de continuidad, de la absoluta autoridad del padre á la absoluta potestad marital, con una vitalidad civil vegetativa y parásita, como sombras de seres humanos en el mundo de los derechos civiles, porque de ese mundo no somos más que proscritas. Nos contentamos con eso. Ir más allá, es desnaturalizarnos. Es concedernos una investidura ilusoria y peligrosa. Porque, en efecto, si nuestros votos femeninos son la imposición de padres y maridos, nuestro sufragio sería un sarcasmo, que no podría servir sino de base deleznable y ridícula al edificio institucional. Si sufragamos, contrariando la

voluntad paternal ó marital, cuando los ánimos están enconados, la atmósfera política inflamada y el suelo tembloroso, el hogar se convierte en el ardiente nido de la anarquía... Si dudáis de ello, imaginad el resultado de la colisión de opiniones políticas, la situación conflictiva, tratándose de un candidato hermoso y un marido suspicaz...

Y aunque en algún pueblo feminista, como el de las antiguas amazonas, imperara nuestra voluntad electoral al punto de obtener mayoría parlamentaria de Diputadas y Senadoras, ¿á dónde iría á dar ¡santo cielo! nuestro triunfo, si estallaba la tormenta en la puerta misma del recinto legislativo, con choques de armas, redobles de tambores, descargas cerradas y estampidos de cañón? Los desmayos y los alaridos no se dejarían esperar; nuestra victoria parlamentaria de un día, devendría nominal. Legisladoras salidas de casa de Moussion (1), veríamos nuestras leyes, huérfanas de fuerza ejecutiva. Salvo, bien entendido, que el desenlace de la tempestad popular fuera una « batalla de flores » en las góndolas doradas de los canales de Venecia, en la Avenida de las Acacias del Bosque de Boulogne ó en la calle de pinos



(1) Casa de peinados y modas en Buenos Aires.

de Palermo. Entonces, respondemos del éxito feliz, porque á esas flores agregaríamos, en el fragor de la batalla, el fuego de nuestras miradas, las emboscadas de nuestra astucia y la táctica de nuestras galas seductoras. Entonces, sí, ¡qué de muertos y heridos en vuestras filas!...

Así podríais expresaros.

Podríais también agregar :

— Somos muy sensibles al reconocimiento por vuestra defensa, ilustres abogados, y sabemos que sois grandes hombres. Pero los más grandes hombres incurren en los más grandes errores; naufragan en océanos de luz zodiacal ó viven cabalgando en las nubes, si bien es cierto que en esas alturas azota sus frentes el viento cargado de ideas de nuestro siglo...

III

Los adversarios de la emancipación política del sexo femenino sostienen que ella conduciría á un cataclismo universal que cubriría de ruinas sociales la faz de la tierra, que demolería los cimientos del doméstico hogar; y prefieren que la mujer permanezca en él conquistando corazones tiernos y no derechos políticos; coro-

nada de azahares y no de lauros; arrobando con el encanto de sus caricias y la música de sus besos al compañero de su existencia íntima; contemplando de cerca, con el alma en los ojos, la cuna del niño dormido, y levantando con mano tierna el velo inmaculado de esa cuna para velar el sueño de la inocencia.

IV

No puede negarse — sea de eso lo que fuere, — que, por ventura, la teoría de la libertad moral y de la emancipación sociológica de la mujer ha ganado terreno inmenso en nuestro siglo. Esclava en los tiempos primitivos, está rompiendo sus cadenas forjadas en el Paraíso, pues en esa leyenda figura como la heroína de la perdición del hombre... Se llegó después á discutir nada menos que en el Concilio de Macón, año 585, si la mujer era ó no un ser intermedio entre el hombre y la bestia. Los ortodoxos la miran todavía como la corporización de las tentaciones del mal, y proclaman el celibato como un ideal, la virginidad eterna como un deber...

Me refiero principalmente á los tiempos en que la mujer, menos que tal, era una esclava;

menos que esclava, era una cosa, y una cosa que entraba en el comercio humano, en la trata, sin distinción de color y de raza.

Repito, los tiempos han cambiado. Y, citándome á mí mismo, aseguraré que hoy, « el hombre es el Rey de la Naturaleza, pero un Rey destinado á vivir á los pies de la mujer ». Es ella el alma del hogar, sin que se la excluya de las irradiaciones de la civilización y de las evoluciones de la intelectualidad moderna. Ahí está, invadiendo el taller, la oficina pública, el consultorio médico, el bufete forense, el asiento curul del Congreso internacional. Sus horizontes se dilatan, y pelea á nuestro lado en la lucha por la existencia.

V

Ese es el hechó. Lo es también que hay mujeres que han sobresalido antes de ahora por la fuerza del pensamiento ó del carácter; se han destacado á la luz de su época en el cuadro social y han dado más brillo á « ese espejo de los siglos » (1) que se llama la Historia. Muchí-

(1) A. de Lamartine.

simos especímenes podrían citarse. Ahí tenéis la potencia intelectual de madame Staël; el aticismo literario de madame de Sévigné; el temple de alma de Isabel la Católica; el heroísmo de Juana de Arce; la grandeza moral de Catalina de Rusia; la figuración resplandeciente de Isabel de Inglaterra; el vuelo filosófico de Hipatia; la fortaleza de la madre de Pausanias; la energía de madame Roland, que en el momento de ser decapitada dió un grito por la libertad en los umbrales de la muerte; la superioridad moral de madame de Recamier y de Ninon Lenclos, que treparon á la cumbre de los acontecimientos; la abnegación heroica de Teresa Bustos de Lemoine, que se puso, en la epopeya de nuestra Independencia, á la cabeza de las filas patriotas, sacrificó su gran fortuna, conspiró sin tregua, fué desterrada á pie con nueve pequeños hijos, hubo de morir en el cadalso y expiró, histérica, de una enfermedad cardiaca en un calabozo húmedo y sombrío de un reducto de Oruro...

La mujer de hoy no ha quedado atrás. Las claridades intensas de nuestro siglo y el espíritu de mutualidad, la impelen adelante. El movimiento feminista de la América del Norte, como del occidente y aun del oriente de Europa, es extraordinario.

VI

Pero ¿se deduce de ahí que el cetro de los poderes públicos debe partirse por el medio para entregar cada una de sus dos mitades á cada uno de los dos sexos en que está dividida la especie humana? ¿Se desprende de ahí que, según la expresión de Montaigne, « el hombre y la mujer han sido fundidos en el mismo molde » y están llamados por igual á idénticos destinos?

Sostienen la afirmativa los que piensan que la difusión de la instrucción pública daría á ambos sexos igual savia vital, igual potencia intelectual, idéntica influencia social. Afirman en tal sentido, los que piden que se establezcan universidades femeninas y se abran las puertas de los tribunales, de los palacios, de los congresos, de los ministerios, para entregar á la mujer una parte del timón del Estado.

Yo tengo para mí que, cubierta de joyas y de flores, se quedaría dormida sobre ese timón, espirando en sus labios los cánticos del amor y de la gloria...

VII

Sostienen lo contrario, los que ven en la mujer gran inferioridad psicológica y fisiológica, y afirman : 1.º, que en igualdad de número y de estudios, de hombres y mujeres, descollará solamente un individuo femenino por 100 masculinos; y 2.º, que la antropología ha comprobado que el cerebro de la mujer pesa una décima parte menos que el cerebro del hombre, llegando el primero á 1.272 gramos, á los 30 años de edad, y el segundo se eleva á 1.424. Tal es, por ejemplo, la opinión científica de Letourneau, Siebold, Waldeyer, Cope y otros muchos. Hay fisiólogos que van más allá : aseguran que en el varón desarróllase más la parte anterior del cráneo, ó sea el frontal; y en la mujer, la parte posterior, ó sea el occipital, y que, como en la primera reside la facultad mental, y en la segunda el instinto afectivo, el hombre es el ser de la idea, y la mujer el ser del sentimiento; que el primero vive para la cabeza y la segunda para el corazón. De estos caracteres embriológicos deducen en la mujer los signos de su tendencia al sentimiento, á la timidez, al pudor, al abandono de la reflexión, á la sen-

sibilidad, á las emociones, al dolor, á la protección del pecho varonil, en el que busca cariñoso asilo, á la ternura que alimenta su alma, á las castas voluptuosidades de la maternidad y á las delicias inefables del amor. Y, como consecuencia de todo eso, su repulsión á los medios de la fuerza y su atracción por las combinaciones del afecto y por los esplendores de la belleza personal.

VIII

Consecuencia : la justicia es la base de la sociedad, y la fuerza es la base de la justicia; y como la fuerza, moral ó material, está reñida con la debilidad de la mujer, ésta no es apta para el ejercicio del gobierno y de las instituciones; su intromisión en esas esferas exóticas le haría perder el prestigio de su belleza y la belleza de su prestigio; sus caricias, apagadas por la lucha diaria, serían menos encantadoras; sus besos menos musicales; su hogar menos inefable; y, nosotros, no tendríamos ya un seno dulcísimo en que reclinar la frente fatigada por las tempestades del alma y por las tempestades de la vida. Seríamos dos seres que ya no se completaban. Las manos de la mujer, encallecidas con el arado, la espada ó la pluma, perderían su

dulzura para la táctica de las caricias en las horas sagradas, misteriosas y divinas...

IX

Ahora bien, ¿por qué lado inclinaremos el fiel de la balanza? ¿Franqupearemos ó cerraremos las puertas del Gineceo á *la mujer ciudadana*?

Mi opinión es, y conmigo la de publicistas modernísimos como M. L'Esterno, que, dejando aplazada en nuestra época la cuestión de los derechos políticos de la mujer, deben los legisladores ampliar sus derechos civiles, porque es indiscutible que, si la mujer dejó de ser esclava de la sociedad, es aún esclava de los códigos, y que éstos sancionan el despotismo que sobre ella ejerce el hombre.

Desgraciadamente, según L'Esterno, muchísimos moralistas, casi todos, se han limitado en sus debates á idealizar ó deprimir á la mujer, respecto á sus condiciones morales y á su rango social, sin detenerse en su condición jurídica, de que aquel autor se ocupa exclusivamente. Pensemos primero en acordarle la suma de los derechos civiles que la habiliten para el comercio humano y para la economía de la vida.

Hasta hace poco estaba resignada á su vasa-

llaje civil, á la restricción de sus derechos, reñida con el progreso moderno, y á su irritante desigualdad con el hombre en la sociedad conyugal. Y de eso depende, acaso, que la legislación, aun de los países más avanzados, conserve al través de una serie de siglos como en arca sagrada, el legajo del obscurantismo antiguo y de la barbarie ortodoxa de la Edad Media, « esa época vergonzosa de la humanidad », como dice Pelletan, en la que se pretendía sepultar en las tinieblas la conciencia humana, en nombre del dogma; y sepultar á la mujer en el claustro, en nombre de Dios...

En Grecia y Roma empezó á elevarse tanto el rango de la mujer, que se le dieron siluetas de Diosa y perfiles de ídolo. En Francia después, tras la revolución francesa, « esa madre fecunda de las ideas modernas » (1), se produjo igual tendencia saludable, pero el fanatismo paralizó ese progreso en la ciudad eterna, y la oligarquía napoleónica en Francia. No obstante, desde que la aurora de la Reforma apareció detrás de la mortaja ensangrentada de María Stuart, debían sepultarse en el ataúd de María Stuart todas las leyes civiles que esclavizan, envilecen ó por lo menos inhabilitan á la mujer.

(1) Víctor Hugo.

X

No ha sido así. El matrimonio es un cúmulo de desigualdades entre los dos jefes de la sociedad conyugal, cuyas prerrogativas — sobre todo las sancionadas por la naturaleza — debieron ser idénticas.

He aquí el vínculo primordial que entre los cónyugues establece el derecho civil moderno : « El marido debe protección á la esposa, y la esposa respeto y obediencia al marido... » No veo para qué hubiera que cambiar los términos reglamentarios que marcan las relaciones entre la esclava y el amo. Para éste, el derecho autocrático de la protección, — para aquélla, ¡ el deber aislado del respeto y la obligación incondicional de la sumisión ! ¡ Dependencia humillante ante la sociedad ! ¡ Autoridad moral amenguada ante los propios hijos ! Eso hace de la potestad marital un poder absoluto, una verdadera autocracia. ¿ En dónde están las dos mitades de un mismo ser, asociadas ante la ley civil, reunidas al pie de los mismos altares, refundidas en el fuego de un mismo amor ? ¿ Por qué se arranca así á la hija del seno maternal, para entregarla víctima de la inequidad ? ¿ Así

se dignifica la misión de la esposa? ¿Así se ennoblece la misión de la madre?

XI

Si no hubiese contrato nupcial, el marido es el *administrador legítimo* de todos los bienes del matrimonio, incluso *los de la mujer*, tanto de los que llevó al matrimonio, como de los que adquirió después por título propio. (Art. 186 del Cód. Civil Argentino.)

Todo entra ahí; bienes dotales, gananciales, acervo completo de la sociedad conyugal... Cierto es que para evitar el despilfarro de *la dote de la mujer* hay ciertas prescripciones desde el art. 1243 hasta el 1260. Pero es más cierto aún, 1.º, que la disposición prohibitiva de enajenar, se refiere sólo á los bienes inmuebles (art. 1253 del Cód. Civil) y, 2.º, que la fortuna, por cuantiosa que sea, puede estar toda ó en su mayor parte en bienes muebles y semovientes, y que, aun en el caso contrario, el usufructo puede representar una fortuna anual de la que el marido dispone sin limitación. En tanto que la mujer sólo puede enajenar y administrar lo suyo con autorización del marido. (Art. 1252 del mismo Código Civil.) He aquí un caso :

XII

La música de las bodas se ha apagado. El tiempo y la práctica de la felicidad han marchitado sus guirnaldas. Una que otra nube ha pasado por el cielo raso del hogar. La esposa aportó un millón de pesos al matrimonio, en dinero y bienes muebles, y no puede administrar sus bienes. El esposo no trajo un peso, y administra el millón. El tapete verde y la fiebre bursátil evaporaron esa fortuna. La catástrofe es un hecho. La esposa instaura la acción de *separación de bienes*, porque la de *divorcio* no era procedente. El abogado no ha sabido tomar las medidas preventivas que la ley sugiere; el proceso se prolonga, y cuando él termina favorablemente para la consorte, el tesoro está agotado. El esposo ha muerto. La viuda, cubierta de luto y de miseria, habitaba los arrabales. Ese cuadro sombrío depende de que la mujer en general no tiene la administración de los bienes, ni siquiera del usufructo.

Hay más. En vísperas del desastre final, cuando el esposo había perdido energías morales, pudo la esposa salvar el último resto de su peculio adventicio. Era imposible. La ley le

exigía autorización marital ó autorización judicial.

XIII

Sólo la muerte puede disolver el vínculo del matrimonio... Según nuestro divorcio vigente, en el mundo están condenados á vivir moral y materialmente separados; jurídicamente unidos, sin libertad, sin el derecho de las segundas nupcias. (Art. 219 del Cód. Civil.) Más todavía : el absurdo de semejante tiranía pesa aún sobre los extranjeros que contrajeron matrimonio en países en que es disoluble el vínculo conyugal, porque en caso contrario no lo habrían contraído. Con la circunstancia agravante de que puede disolverse en todas las naciones de Europa y en la América del Norte, menos en España y las Repúblicas Sudamericanas. Pues bien, esos extranjeros vienen á la Argentina en busca de progreso... y no pueden desvincularse ni en los casos más graves. He aquí un drama :

XIV

Hay un cónyuge que ha atentado contra la vida de la compañera de su existencia. La jus-

ticia lo ha encontrado con el puñal en la mano. Se sustancia el proceso, y se llega á la plenitud de la prueba judicial del acto delictuoso. Se aplica la pena de ese delito, es verdad; pero ella es siempre la esposa del homicida; el vínculo indisoluble del matrimonio no se ha roto; ¡ ella sigue siendo la carne y los huesos de la carne y los huesos de un criminal! Aristocrática y pura, sigue llevando el nombre de un presidario. Cumplida la condena, arroja él su blusa azul y su gorro numerado, y vuelve al hogar á exigir de la mujer, en nombre de la ley, respeto, sumisión y administración de los bienes. ¡ Santo cielo! En las postrimerías de este siglo de luz, se llama á eso derecho civil, potestad marital, indisolubilidad del matrimonio, jefatura de la sociedad conyugal (1).

XV

Bella y joven, ligó una mujer su suerte al predilecto de su corazón, contra viento y ma-

~~~~~

(1) El célebre debate habido en París entre Dumas hijo y el abate Vidieu ha demostrado hasta la evidencia, con la fuerza probatoria de la estadística y de la historia, que hay menos casos de separaciones conyugales y mucha más moralidad doméstica en los países en que existe la disolución del vínculo entre los consortes.

rea. En una retirada casa de campo, en medio de un huerto de jazmines y de rosas, erigían los desposados, al resplandor de su luna de miel, el castillo de sus esperanzas, ó recorrían el diorama de sus recuerdos. Apuraban en taza de oro el elixir de la ventura. Todas las dichas han sido una mentira; todos los amores una balada alemana, una leyenda eslava, al lado de esa dicha y de ese amor. El tiempo se desliza como un reflejo dulce. ¡ Benditos sean el perfume de tantos recuerdos y la luz de ventura tanta !...

Más tarde vino un eclipse... Ella adquirió la evidencia de que otra mujer había compartido de su felicidad. Tras un drama lleno de peripecias y movimiento, recurre esa mujer á la ley, en demanda de divorcio. Se inicia el juicio interminable y lento, con su séquito de prueba instrumental; de deposiciones testimoniales; de informes periciales de cartas; expresiones de agravios, comparendos, providencias interlocutorias, embargos preventivos, artículos de previo pronunciamiento. La sentencia definitiva es un fantasma que huye; la sanción de la ley, una sombra que se desvanece... El demandado ríe. La demandante se desespera. El despecho, la amargura, la indignación y el abandono del esposo y de la Justicia, la conducen al vértigo... Sorprendida ella en delito *infraganti*, el esposo hunde el puñal en su co-

razón, en nombre de la ley. ¡ Á eso se llama derecho humano ! ¡ He ahí los códigos modernos ! ¡ Esa es la condición jurídica de la mujer ! (*En el Código Penal de Baviera es autorizado este homicidio, comprendiéndolo en el derecho de legítima defensa. En el Código Uruguayo está incluido en las causas de exención de responsabilidad criminal. En el Español, art. 8.º, inciso 4.º. En el Francés, arts. 321, 328 y 329. En el Austriaco, art. 127. En el Brasilero, art. 14. En el Boliviano, art. 13, inciso 5.º.*)

## XVI

Decididamente, esa condición civil, más que una injusticia, es un sarcasmo. La pucela enamorada ha cedido á las tácticas del seductor. Dió el primer grito de la primera maternidad. La abandona él impunemente porque la paternidad no es investigable, según muchos códigos, como los de todas las Repúblicas hispanas del Centro y Sur de América, de Francia, Nápoles, Holanda, Cerdeña, Hesse, Haïti, etc. Por suerte, el argentino ha reaccionado. (Artículo 325 del Código Civil.)

Esa desgraciada, que es madre antes de ser esposa ; ese niño inocente, que es huérfano antes

de ser hombre, están á merced del reconocimiento voluntario de la paternidad natural. Más, todavía : esa paternidad es comprobada ó reconocida; habrá pan en ese hogar, porque la mujer ha obtenido de su seductor pensión alimenticia, por ministerio de la justicia. Poquísimos días después, el padre, por medio de la fuerza pública, arranca de los brazos de la madre la primicia de su amor, el precio de su deshonra, el hijo de su entraña, y se ve sola, sin hermosura, sin honor, sin dicha, sin amante y sin hijo, según aquellos códigos.

## XVII

Después de las restricciones civiles que acabáis de escuchar, después de los cuadros jurídicos que acabáis de ver, hay otros muchos casos que no amenguan en importancia y en trascendencia sociológica, por más que no tengan igual intensidad moral en sus consecuencias.

Así, por ejemplo, el que una mujer no pueda testificar en juicio civil, ó en un instrumento público ó privado, es ponerla al nivel del incapaz ó del niño. — Artículos 990 y 3705, Código Civil Argentino. — Si hay dos testigos femeninos y un solo varón, se pierde, por insu-

ficiencia de prueba, la más justa de las causas. El más auténtico de los instrumentos queda inválido, si no hay otros medios de prueba.

Pero la anomalía llega á su colmo cuando se recuerda que la palabra jurada de la mujer no tiene ni inspira fe para comprobar un contrato ó un acto del estado civil, pero lo tiene para evidenciar una falta, un delito ó un crimen. No puede contribuir á la eficacia de una obligación civil ó comercial, pero puede con su testimonio decidir de que un hombre sea encerrado entre rejas, ó de que su cabeza sea cortada sobre el patíbulo. ¡ Cuántos dramas pueden desprenderse de aquí !

¿ Queréis uno ? Imaginad que un testador tiene infames herederos, no forzosos, sino legítimos, y que expira donde hay sólo mujeres, dejando en testamento ológrafo el todo ó parte de su fortuna á un amigo noble, á una familia desvalida. Su última, sagrada voluntad, no ha podido cumplirse.

Y si es cierto que, según León de Richer, el código de Napoleón restringe mucho la condición de la mujer; si es cierto que los códigos sudamericanos han copiado al de Napoleón, lo es también que la legislación italiana ha dado un paso adelante permitiendo la testificación de la mujer en lo civil, gracias á la iniciativa de Salvatore Morelli, que ha sido seguida por la

Cámara de Diputados en 1877 y por la de Senadores en 1878.

### XVIII

Á iguales ó más graves consideraciones se presta el que la mujer no pueda ejercer la tutela. Á una pariente consanguínea, tía ó prima, por ejemplo, no puede discernirse la guarda de un menor y el derecho tutelar de administrar sus bienes, pero sí á un extraño cualquiera. La mujer á este respecto es similar á los dementes, los menores, los sordomudos, los privados de razón, los fallidos, los ausentes, los vagabundos, sin oficio ni profesión conocida, los enemigos del pupilo, los que malversaron sus bienes, etc., etc. No importa que á la mujer, por ley natural, por lazos de sangre, debiera corresponder la guarda del menor. No importa que ella tenga honestas y brillantes condiciones personales y sociales. No importa que un pupilo sea víctima de una persona vacía de afección y exhausta de deberes domésticos. La imaginación más estéril podría dramatizar en la práctica esta injusticia. (Artículo 398 del mismo Código Civil.)

## XIX

Pero qué mucho que se niegue á la mujer la guarda del hijo de su amistad ó de su parentesco, si se le niega la tutela del suyo propio, en el siguiente caso. Dice la ley civil : « La viuda que, teniendo bajo su potestad hijos menores de edad, contrajese matrimonio, debe pedir al juez que les nombre tutor... Si no lo hiciese, es responsable con todos sus bienes... » Como se ve, pierde en segundas ó ulteriores nupcias la potestad sobre sus hijos menores habidos en matrimonio anterior. Viene un tutor á reemplazarla. Un hombre extraño la sustituye en nombre de la ley para ejercer un derecho sacratísimo que debiera ejercerlo en nombre de la naturaleza. ¡La ley civil derogando la ley natural! ¿No clama al cielo tanta iniquidad? (Art. 95 de la Ley de Matrimonio, de 12 de Noviembre de 1889.) Pero lo más perfectamente injusto es que esa invasión á los derechos de la maternidad, se verifica sólo cuando los hijos tienen bienes... Si no tienen fortuna, la guarda corresponde á la madre, y ésta les debe protección y alimentos, y protección y alimentos quiere decir *tutela*.



En efecto : « tienen los padres obligación y derecho de *criar* á sus hijos, *alimentarlos*, elegir su *profesión* y *educarlos* no sólo con los bienes de ellos ó *de la madre*, sino con los *suyos propios*. » (Art. 265 del mismo Cod. Civil.)

« Esas obligaciones en la madre subsisten aunque el hijo tenga mala conducta... » (Art. 284 del mismo Código.)

« Esa madre que ha perdido, por *matrimonio ulterior*, la potestad sobre sus hijos, tiene todas las obligaciones maternas respecto de ellos; aunque los hijos estén ausentes, están autorizados á contraer deudas para satisfacer sus necesidades, *aunque sólo tengan madre* y ésta haya contraído *ulteriores nupcias*. » (Art. 284 del mismo Código.)

Ya lo véis : en este último caso, tiene todos los deberes y ninguno de los derechos de la maternidad.

## XX

¡ Qué extraño es que así sea, si bajo muchos respectos podría decirse que es un ente incapaz de adquirir derechos y contraer obligaciones, á la inversa de toda persona jurídica, pues su existencia civil es con frecuencia ideal ! (Art. 30 del mismo Cód. Civil.)

Su incapacidad es general. Lo es siendo menor, y, si en tal condición se casa, su incapacidad relativa, pero vasta, se hace perpetua; llena de ilustración y talento, está al nivel del adulto. (Art. 55, inciso 2.º, del mismo Cód. Civil.)

## XXI

Su entidad moral, su personería jurídica, están completamente absorbidas por el marido que la representa ante la justicia, en la práctica de todos sus derechos, pues la mujer está en el rango del menor, del demente, del sordomudo, del ausente, en cuanto á facultad representativa, por más que llegue á la edad madura, que tenga mente preclara, que sea una diva por su voz y su oído, que esté con las alas del alma pegadas al hogar, durante la ausencia del esposo. (Art. 57, inciso 4.º, del mismo Cód. Civil.)

## XXII

La mujer menor de edad, que se casa, pasa de una dependencia á otra; no tiene autonomía social, no puede representarse á sí misma, ni

contratar, ni donar, ni hipotecar, ni comprar, ni administrar lo suyo, porque « el marido es el *administrador legítimo* en todos los bienes del matrimonio, incluso los de la mujer, tanto de los que aportó al matrimonio, como de los que adquirió después por títulos propios... » Vale decir, que no tiene ni la libre disposición, ni la simple administración de los gananciales debidos á su trabajo, al sudor de su frente. (Art. 52, Ley de Matrimonio.) Aun los bienes dotales están comprendidos en la autocracia marital. (Art. 1276 del mismo Cód. Civil, Administración de la Sociedad.)

### XXIII

Es cierto que existen las « capitulaciones matrimoniales », ó « contratos nupciales », según la expresión del Código Argentino; pero en América no se llevan á la práctica, porque ni la mujer entre nosotros tiene la audacia de imponer á su prometido, en un contrato, la reserva, por su parte, de administrar lo suyo — contrariando las prácticas sociales y la mente uniforme de nuestras leyes, — ni el hombre aceptaría tan humillante imposición que contraría la altivez de la raza latina, y que po-

dría evitarse acordando á la mujer el libre albedrío de administrar ó no su patrimonio. Además, las capitulaciones, ó contrato de matrimonio, no puede beneficiar todos los bienes de la mujer, porque este es al respecto el dictado de la Ley : « La esposa no podrá reservarse la administración de sus bienes, sea de los que lleve al matrimonio, ó sea de los que adquiriera después por título propio. Podrá sólo reservarse la administración de *algún bien raíz* ó de los que el esposo le donare ». (De la Sociedad Conyugal, artículo 1226 del mismo Código.) Y ésto rige aquí, cualesquiera que sean las leyes del domicilio en que el matrimonio se celebró. (Artículo 4.º, Ley de Matrimonio.)

## XXIV

El impedimento de la mujer para contratar se hace extensivo á la adquisición á *título gratuito*. Puede en ésto ser fácilmente víctima del capricho, las malas pasiones ó la insensatez de su consorte. El odio al testador ó donante de su esposa puede impedir á ésta el ser heredera ó donataria. (Artículo 55, Ley citada.) Eso, en tesis general.

Concretamente al respecto, no puede acep-

tar por sí y ante sí una herencia, porque sólo pueden aceptarla « los que tienen la libre administración de sus bienes ». (Artículo 333, mismo Código Civil.) Y ya hemos visto que la mujer no la tiene en general. Si el marido se niega á la aceptación, puede la mujer perder una fortuna.

Y aun suponiendo que el marido autorice á la mujer para la ejecución de un acto civil, puede revocar arbitrariamente su autorización, en una viaraza autocrática, por un acto pasional ó un sentimiento mezquino. (Artículo 61, Ley citada.) Tampoco puede la mujer aceptar la donación entre vivos sin el requisito indicado. (Artículo 1808, inciso 7.º, Código Civil citado.)

## XXV

Inútil es decir que, si no puede la mujer casada aparecer en juicio como actora ó demandada, tratándose de sus propios intereses, menos puede representar á otros, aunque se trate de persona á quien la ligan vínculos de sangre ó de afección. (Artículos 1894, 1895, 1896, de dicho Código Civil, y Artículo 55 de la Ley citada.)

## XXVI

*Señoras :*

Á vosotras me dirijo principalmente, puesto que se trata de vuestros derechos y vuestros destinos. Por más que publicistas soñadores os hablen de investiduras oficiales y derechos políticos, abandonad la utopia. Dejad al hermafroditismo norteamericano el correr á las urnas electorales. No permitáis que la mujer del porvenir sea un andrógino humano. En cambio, estad seguras que sois huérfanas de la Ley y víctimas de los Códigos, de esas Leyes que los hombres han hecho por sí y para sí...

He concluído.

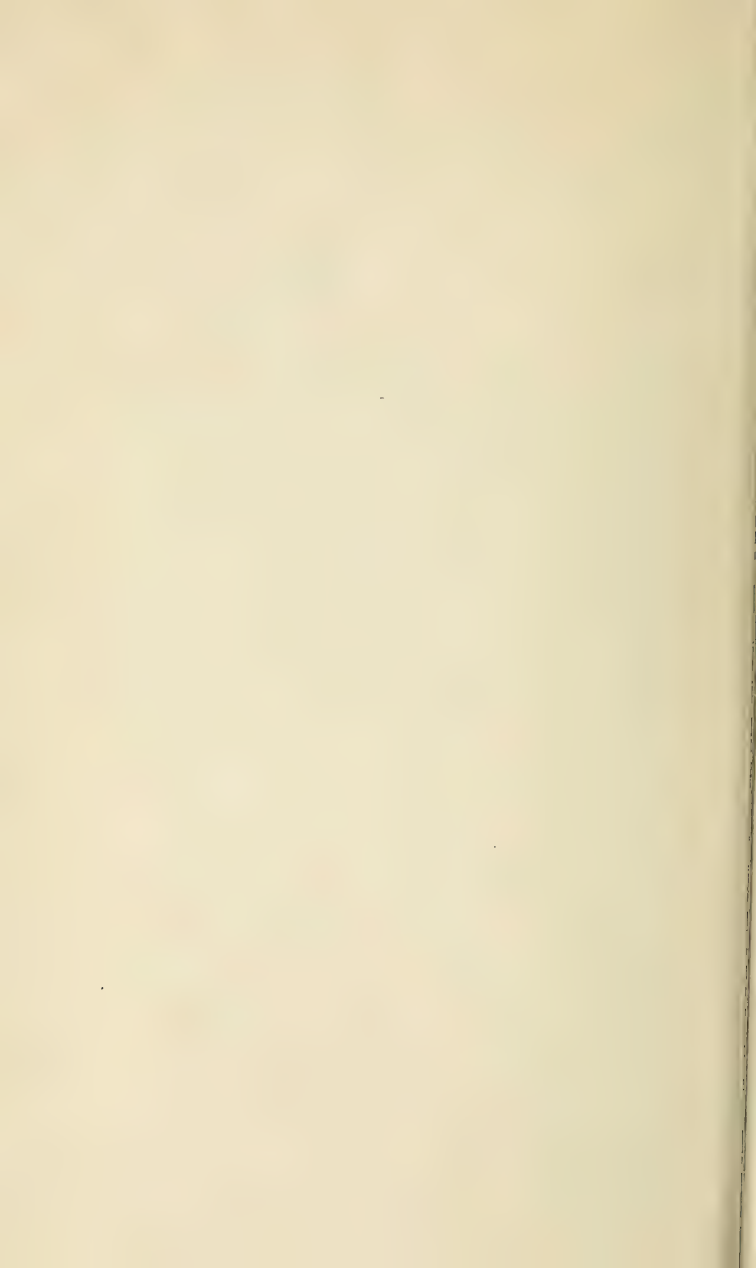
Buenos Aires, 1897.

FIN



# ÍNDICE







# INDICE

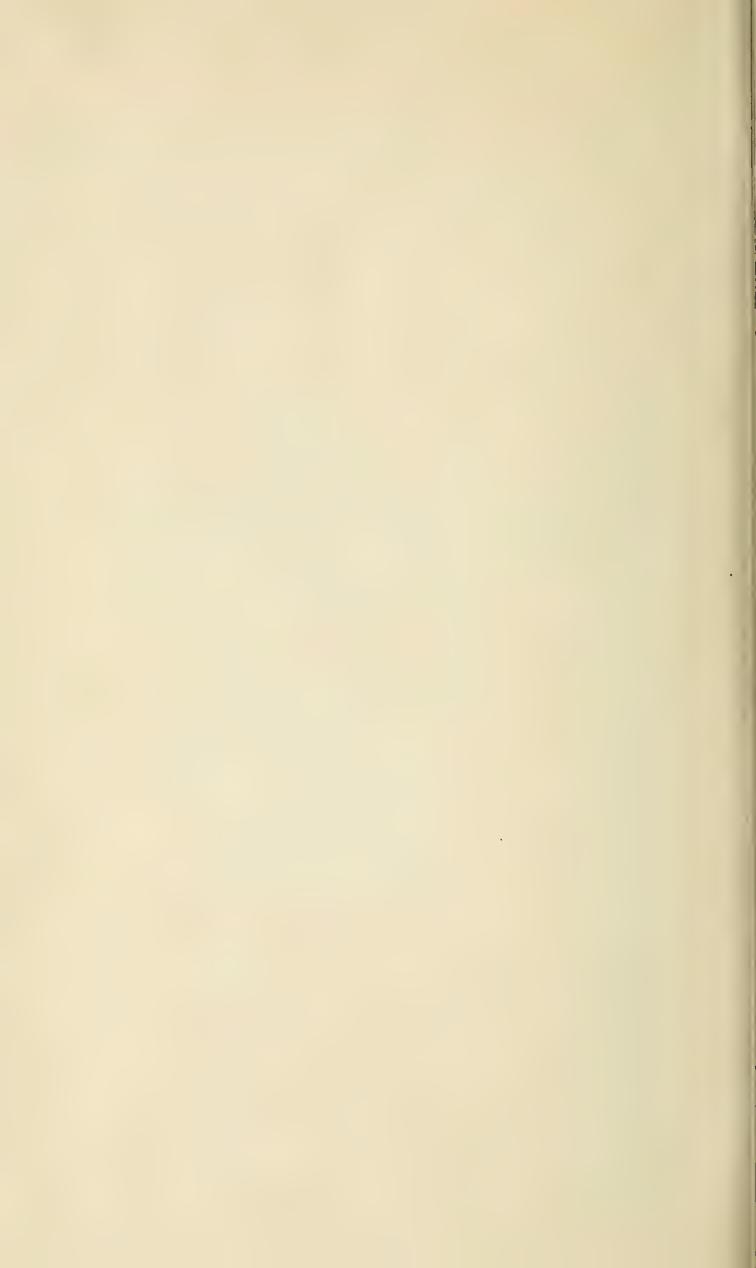
---

|                                                            |     |
|------------------------------------------------------------|-----|
| Dedicatoria. . . . .                                       | 9   |
| Prólogo . . . . .                                          | 11  |
| Episodio de la Guerra Grande . . . . .                     | 17  |
| La Rabona. . . . .                                         | 29  |
| El Postillón . . . . .                                     | 53  |
| « ¡Courage ! » « ¡Courage ! ». . . . .                     | 65  |
| Páginas libres . . . . .                                   | 79  |
| Los tres diamantes. . . . .                                | 97  |
| La guerra terrestre ante el Derecho Internacional. . . . . | 111 |
| Artistas y modelos . . . . .                               | 131 |
| Biografía de Don José Joaquín de Lemoine . . . . .         | 195 |
| Rasgos biográficos de Don José Joaquín de Lemoine. . . . . | 219 |
| La condición jurídica de la mujer... . . . .               | 239 |

---



Paris. — Imp. PAUL DUPONT (Cl.). THOUZELLIER, D<sup>r</sup>. — 1872. 12



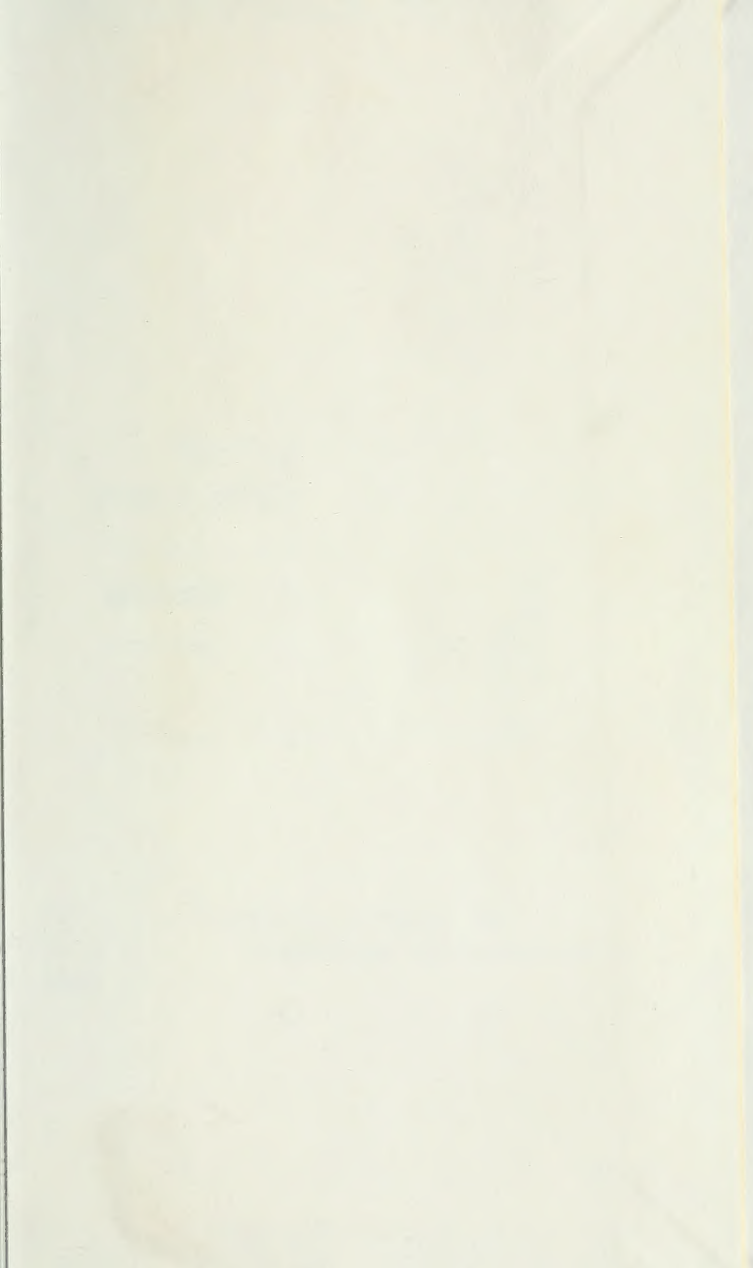














PLEASE D  
CARDS OR SLIP

UNIVERSITY C

Lemoine, Jo  
Diamante

PQ  
7819  
L4D5

Lemoine, Joaquin de  
Diamantes sud-americanos

UTL AT DOWNSVIEW



D RANGE BAY SHLF POS ITEM C  
39 10 13 06 07 017 9